

GILLIAN LARKIN



*El Asesinato
Reclama*

El Asesinato Reclama

Gillian Larkin

El Asesinato Reclama

Un misterio de Julia Blake (Libro 8)

Por

Gillian Larkin

Copyright 2025 por Gillian Larkin

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación sin permiso de la autora.

Se trata de una obra de ficción. Cualquier parecido con cualquier persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

Esta versión ha sido traducida del inglés original utilizando AI.

Índice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

Capítulo 1

«¿Os habéis peleado?»

Julia Blake levantó la vista de la pantalla de televisión que estaba limpiando. Se encogió de hombros y dijo: «No que yo sepa». Volvió a la televisión.

Louisa continuó: «Caín, ¿qué ocurre? Está claro que hay ambiente entre vosotros dos. Vamos, dímelo, no me gusta verte así».

Caín Andrews apartó la mirada de la ventana que estaba limpiando. Se encogió de hombros exactamente igual que Julia. Miró rápidamente hacia Julia y luego miró a Louisa. «No tengo nada que decir sobre el asunto. Voy a empezar con las ventanas de la cocina».

«Hazlo tú», dijo Julia con voz cortante, sin mirar hacia él.

En cuanto salió de la habitación, Louisa se acercó a Julia y le dijo: «Ya sé que soy una más de tus clientes, pero creía que éramos amigas. Sé que algo va mal. ¿No puedes decirme qué es?».

Julia suspiró y se enderezó. «Caín ha estado distante conmigo esta mañana y no sé muy bien por qué».

«¡Sí sabes por qué!» Caín irrumpió de nuevo en la habitación y agitó un plumero amarillo ante Julia. «Sabía que empezarías a hablar de mí en cuanto saliera de la habitación».

Julia apartó la mirada. Louisa levantó las manos. «Lo siento, Caín, es culpa mía. Estaba siendo entrometida. No es asunto mío».

Julia miró directamente a Caín y le dijo: «Por favor, no levantes la voz así, no delante de nuestro cliente». Captó la mirada dolida de Louisa y añadió: «No delante de nuestra amiga».

A Caín se le vio el plumero por última vez y salió furioso de la habitación.

Julia bajó la voz y dijo: «Creo que sé lo que le molesta, es un malentendido, eso es todo. Hablaré con él más tarde. De todos modos, cuéntame cómo te va en el trabajo. ¿Cómo te llevas con los niños?».

Louisa se llevó las manos al pecho y se le iluminó la cara. «¡Oh! ¡Es maravilloso! ¡El personal es estupendo! ¡Los niños son maravillosos! Y todo gracias a ti. Si no me hubieras empujado a buscar ese trabajo, bueno...».

Julia sonrió. «Al final lo habrías conseguido. Mamá me ha dicho que vas a matricularte en la universidad para obtener más títulos».

Louisa asintió. «Así es. Ahora pensarás que estoy loca, pero voy a estudiar magisterio. Tardaré un tiempo, pero lo conseguiré. Tu madre es una gran profesora y me ha ayudado mucho a

encontrar el curso adecuado».

Julia dijo: «Mi madre es la fuente de todo conocimiento. Quería que fuera a la universidad y obtuviera un título. Pero la vida se interpuso». Julia miró hacia la estantería. «Le daré un repaso a esto».

Louisa puso la mano en el brazo de Julia. «Entonces parecías muy triste. ¿Qué te pasa?»

«Nada. A veces me pregunto cómo sería mi vida si hubiera ido a la universidad. Si hubiera conseguido un trabajo mejor, con prestaciones como vacaciones y pensión».

«Creía que te gustaba tener tu propio negocio. Tu madre dice que siempre estás ocupada».

Julia le dedicó una media sonrisa. «Me gusta mi trabajo y ser mi propia jefa. Es sólo que a veces... desearía que las cosas fueran diferentes». Su sonrisa aumentó. «Ignórame, estoy teniendo un momento. Creo que terminaré abajo dentro de unos minutos y luego subiremos».

Louisa sonrió. «¿Quieres que se lo diga a Caín o lo harás tú?».

«No hace falta. Lo he oído todo». Caín entró en la habitación con la cabeza alta y la mirada apartada de las dos mujeres.

«¡Mira por dónde vas!» advirtió Julia.

Caín chocó contra el sofá. Un tinte rosado apareció en sus mejillas. «Estoy bien, no me ha dolido. Me voy arriba».

Julia lo observó dirigirse hacia las escaleras. Sacudió la cabeza y le dijo a Louisa: «Ni que tuviera casi treinta años. Se comporta como un adolescente enfurruñado. Había olvidado lo duros que pueden ser los adolescentes».

«¡Aún puedo oírte!» gritó Caín.

Louisa se echó a reír. «No sé qué os pasa a los dos, pero espero que lo solucionéis».

Julia no pudo evitar reírse también. «Seguro que sí. Hablaré con él en el coche».

Julia ignoró las miradas enfurruñadas y los suspiros exagerados de Caín mientras limpiaban el resto de la casa de Louisa. Cuando llegó la hora de irse, Julia le deseó buena suerte a Louisa con sus estudios. Caín añadió de mala gana sus buenos deseos.

Julia se dirigió al coche, metió la bolsa de la limpieza en el maletero y se sentó en el asiento del conductor. Esperó a que Caín se abrochara el cinturón antes de marcharse. No dijeron ni una palabra mientras Julia conducía hacia la casa de su próximo cliente. El ambiente en el coche iba en aumento. Caín estaba tan callado como una estatua, una estatua que intentaba ganar un concurso de enfurruñamiento, a juzgar por la expresión de su cara.

Cuando estaban a dos calles de la casa de su cliente, Julia se apartó a un lado de la carretera y apagó el motor. Se volvió hacia Caín y le dijo: «¡Bien! Vamos allá».

Caín se cruzó de brazos. «¿Qué cosa? Incluso su voz tenía un tono enfurruñado.

«Dime por qué te comportas así».

«¿Así cómo?»

Julia respiró hondo e intentó calmarse. No funcionó. «Como una adolescente enfadada a la que han mandado a su habitación sin té, y le han quitado el teléfono, y le han cortado Internet, y...».

La boca de Caín se levantó ligeramente por una esquina. «Vale, ya me hago una idea». Se giró en su asiento y la miró directamente. «Estoy disgustada, has herido mis sentimientos. Creía que éramos amigos».

Julia arrugó el ceño. «Somos amigos. ¿Qué he hecho?»

«El viernes pasado, cuando te pregunté qué ibas a hacer esa tarde, fuiste muy brusca conmigo. Y esta mañana, cuando te he preguntado por tu fin de semana, has vuelto a ser insolente conmigo, como si me ocultaras algo».

Julia asintió lentamente. «Ya veo. ¿Algo más?»

«¡Sí! ¡Te oí hablar por teléfono con esa tal Ellen Parks el viernes por la mañana! Hablabas de un trabajo de limpieza. Sé lo que está pasando. Vas a despedirme y a contratar a esa Ellen Parks. Seguramente la entrevistaste el viernes por la noche, por eso no pudiste decirme lo que estabas haciendo». Le brillaron los ojos y apartó rápidamente la mirada.

Los propios ojos de Julia empezaron a hormiguear ante su mirada dolida. Con voz suave le dijo: «Caín, ¿te has sentido así todo el fin de semana?».

Él se encogió de hombros y murmuró: «Puede que sí. Venga, sácame, me da igual». Le dio la espalda.

Julia le dio un golpecito en el hombro. «No voy a despedirte, ¿por qué iba a hacerlo? Pero tienes razón sobre Ellen Parks, quedé con ella el viernes por la noche. ¿Quieres saber por qué?

Capítulo 2

Caín se volvió hacia Julia. «Te escucho».

«Vale. Conozco a Ellen Parks desde hace tiempo. Tiene su propio negocio de limpieza, pero limpia oficinas, no casas».

Caín soltó un grito ahogado. «¿Vas a trabajar con ella? ¿Vas a dejarme?»

le espetó Julia. «¡Sigue así y me lo plantearé! Ellen y yo tenemos un acuerdo en lo que respecta a las vacaciones. Ser autónoma significa que no puedo coger vacaciones fácilmente. Mis clientes siguen necesitando que les limpien la casa. Estoy segura de que algunos esperarían una semana más, pero eso no es muy profesional. Me gusta ofrecer un servicio fiable. Ellen piensa lo mismo, al igual que otras limpiadoras que conocemos. Decidimos trabajar las unas para las otras cuando alguien quiere tomarse un tiempo libre».

«Eso tiene sentido. Entonces, ¿vas a hacer algún trabajo de limpieza para Ellen?».

Julia asintió. «Así es. Ya hice un par de semanas para otra limpiadora a principios de año, para acumular mis propias vacaciones, por así decirlo. Ellen me ha pedido que haga su trabajo de limpieza esta semana. Limpia una oficina en Leeds. Fui con ella el viernes para ver exactamente lo que hace». Julia hizo una pausa. «¿Por qué me miras así?».

«Si querías tener una semana libre, ¿por qué no me pediste que limpiara yo sola? Conozco a todos nuestros clientes y sé cómo les gusta que limpien sus casas. Tendría que coger el autobús para ir a cada casa, pero me las habría arreglado».

Julia tragó saliva y miró por el parabrisas. Dijo: «No quería molestarte».

Hubo un silencio incómodo. Julia se volvió cuando oyó el sonido del cinturón de seguridad de Caín al soltarse.

Caín levantó la barbilla y dijo: «Es evidente que no confías en mí, Julia. Comprendo por qué. Sé que he cumplido condena en la cárcel, pero creía que lo habíamos superado. Pensaba que te había demostrado lo que valía». Movi6 la mano hacia la puerta del coche. «No puedo trabajar para alguien que no confía en mí. Adiós».

Julia dejó escapar un suspiro exasperado. «¡Sabía que ir a ese club de teatro aficionado te afectaría! ¡Deja de ser tan teatral! Claro que ya he superado todo eso de la cárcel. Sé perfectamente que estabas encubriendo un delito cometido por tus hermanos, aunque no quisieras admitirlo ante ti misma. Hay una razón por la que no te pedí que me cubrieras».

«¿Y cuál es?»

«No puedo decirlo».

Caín asintió lentamente. «Ha sido un placer trabajar contigo. Adiós».

Julia pulsó los cierres de su lado del coche. «No vas a ir a ninguna parte. Espera, tengo que hablar con papá». Julia sacó el teléfono y enseguida estaba hablando con su padre. «¡Tengo que decírselo! Sé que quieres decírselo más tarde, pero nos está poniendo las cosas difíciles». Hizo una pausa y miró a Caín.

Caín se acercó y gritó: «¡Hola, Ray! Soy yo, Caín».

Julia continuó con su conversación: «¡Si no se lo dices ahora, lo cancelaré todo!». Le pasó el teléfono a Caín. «Papá quiere hablar».

Caín cogió el teléfono y le sonrió con cariño, como si Ray lo estuviera mirando de verdad. Julia sacudió la cabeza, la relación entre su padre y Caín nunca dejaba de sorprenderla. Era una buena relación, Caín necesitaba una figura paterna.

El mal humor de Julia empezó a evaporarse al ver cómo cambiaba la expresión de la cara de Caín. Se quedó con la boca abierta y sus ojos se abrieron tanto que Julia estuvo tentada de poner las manos debajo de ellos por si se le caían.

A Caín se le quebró la voz al decir: «Ray, no puedo creerlo. Es muy amable. ¿Estás segura? Sí, por supuesto. Gracias. Hablaré contigo más tarde. Gracias». Le devolvió el teléfono a Julia, con los ojos brillándole por segunda vez aquel día.

Julia habló un momento con papá y luego terminó la llamada.

Caín se aclaró la garganta. «Tu padre, Ray, quiere que me vaya de vacaciones contigo».

«Lo sé», dijo Julia con una sonrisa.

«Nos ha reservado un camarote, uno para ti y tu madre, y otro para él y para mí».

«Yo también lo sé».

«Dijo que podemos ir a pescar, y jugar a los dardos y al billar. Todo el día si queremos. Podemos ir en bici y patinar. Dijo que podemos probar el tiro con arco. Si queremos». Sacudió la cabeza lentamente, como si intentara mantener sus pensamientos en un mismo sitio. «Lo ha pagado todo. Nos vamos dentro de dos semanas. Nunca había estado de vacaciones».

«Eso no lo sabía. ¿Entiendes por qué no podía pedirte que me cubrieras? En cualquier otro momento no lo habría dudado. Papá pensaba invitarte a tomar el té el viernes y decírtelo entonces». Julia sonrió. «Me alegro de que te lo haya dicho ahora. No quería tener que mentirte toda la semana sobre mi trabajo extra de limpieza».

Caín bajó la mirada hacia su regazo. «Lo siento, no debería haberte acusado así».

«No te preocupes por eso. Debería haberte dicho lo que estaba haciendo. Culpemos a papá de todo».

Caín levantó la vista y sacudió la cabeza con vehemencia. «No. Ray es perfecto. No puedo culparle de nada. Tiene muy buen corazón. ¿Crees que allí harán rafting?».

Julia arrancó el motor. «No tengo ni idea. Mamá y yo vamos allí a relajarnos. No vamos a hacer nada físico, aparte de bañarnos tranquilamente y levantar nuestras copas de vino. Mamá está contenta de que vengas con nosotros, puedes hacer de canguro de papá y mantenerlo ocupado».

Caín le sonrió. «¡No me lo puedo creer! Estoy tan emocionada».

Julia volvió a ponerse en marcha. «Vamos, será mejor que aceleremos. Hoy tengo trabajo extra de limpieza. Tengo que estar en la oficina de Leeds a las 6 de la tarde».

«Yo también».

«¿Qué? ¿Vas a ir a Leeds por algo?».

Caín asintió. «Voy a ayudarte a limpiar ese edificio de oficinas».

Julia le lanzó una mirada de agradecimiento. «Gracias. No podré pagarte nada extra».
«¡No espero que lo hagas! ¿Crees que habrá tiro al plato? Me gustaría probar».

Julia le dio a Caín el nombre del parque de vacaciones para que él mismo mirara todas las actividades en su teléfono. El ambiente entre ellos cambió a uno de entusiasmo cuando Caín leyó en voz alta todas las actividades que se ofrecían.

Seguían de buen humor cuando entraron en las oficinas de la Compañía de Seguros Inkwell poco antes de las seis de la tarde.

Su buen humor no duró mucho.

Capítulo 3

Caín miró el edificio. Tragó saliva y dijo: «¿Tenemos que limpiarlo todo?».

Julia se rió. «No. Sólo los dos últimos pisos, el siete y el ocho. Son las que pertenecen a la aseguradora Inkwell. No debería llevarnos más de un par de horas. ¿Seguro que quieres ayudar?»

Caín apartó la mirada del edificio. «Claro que ayudaré. Has hecho mucho por mí». Volvió a mirar al edificio. «¡Una puerta giratoria! ¡Sólo las he visto en la tele! Vamos». Corrió hacia el primer segmento de la puerta y dio tres vueltas completas antes de detenerse en el interior del edificio.

Julia lo observó con preocupación maternal. Aquel pobre hombre, pasando todos aquellos años en la cárcel por un delito que no había cometido. Y aquí estaba ahora, compensando todas las cosas que nunca había experimentado. Algo tan sencillo como una puerta giratoria era una alegría para él. Julia enarcó las cejas cuando él saltó de nuevo hacia las puertas y completó otras dos revoluciones, con una enorme sonrisa en la cara. Julia le dirigió una mirada mordaz y Caín dejó de empujar la puerta. Julia entró en el segmento tras él y empujó suavemente la puerta. Ella misma luchó contra el impulso de dar unas cuantas vueltas.

Caín miró el interior del edificio. «¡Vaya! Todo parece tan reluciente. ¿Tenemos que limpiar algo aquí?».

«No. Subiremos a las plantas siete y ocho. Los Inkwell son los dueños de todo el edificio, pero sólo tienen oficinas en esas plantas. Y sólo vaciaremos papeleras y pasaremos el aspirador. De vez en cuando habrá que limpiar alguna papelera. Hay muchos escritorios ahí arriba y la gente es sorprendentemente desordenada para decir que se supone que ésta es una oficina sin papeles.» Julia empezó a caminar hacia la recepción.

Cain tiró de su manga y siseó: «¡Julia! ¡Creo que hay un cadáver detrás de ese mostrador de recepción! Parece que lleva muerto un rato».

Julia se rió. «Es Fred. Es el guardia de seguridad, hace el turno de noche para todo el edificio. Es encantador». Su sonrisa se desvaneció cuando miró más de cerca al frágil anciano sentado tras el escritorio. Tenía los ojos cerrados y la boca abierta. «Espero que esté echando una cabezadita. No puedo soportar ver otro cadáver tan pronto».

Como si sintiera que se acercaban, los párpados de Fred se abrieron de golpe. Los miró fijamente durante unos segundos y luego les dedicó una gran sonrisa. «¡Joven Julia! Qué alegría volver a verte».

Julia le dijo a Caín: «Te dije que era encantador, cree que soy joven».

«Probablemente necesite gafas. ¿Es el guardia de seguridad? ¿Estás segura?»

«¡Shh!» siseó Julia. «Te oirás».

Fred se llevó una mano a la oreja y dijo: «¿Me hablabas a mí? ¿Podrías repetirlo? Necesito una pila nueva en el audífono. Las que tengo ahora están en las últimas». Se rió entre dientes e hizo ademán de levantarse. «¡Más bien yo! Dame un minuto y me pondré en pie. ¿Quién es este joven que está contigo?».

Julia se acercó al mostrador de recepción y apoyó las manos en él. «Éste es Cain Andrews, es mi colega. ¿Quieres que me registre? No te preocupes por levantarte, sé dónde guarda Ellen el carrito de la limpieza».

Fred emitió un sonido sibilante al levantarse de la silla. Se enderezó y Julia habría jurado que oyó un crujido procedente de él. Fred tendió una mano tambaleante a Caín. «Encantado de conocerte, jovencito.

«Encantado de conocerte, viejo... eh... Fred». Caín le estrechó suavemente la mano.

Julia anotó sus nombres en un libro y volvió a mirar a Fred. «¿Puedo sacar ya el carrito de la limpieza?».

Fred levantó una mano. «No, deja que lo haga yo. Puede que tarde un momento o dos, pero llegaré». Se frotó la espalda e hizo una mueca de dolor. «Envejecer es una maldición. Nada funciona como antes. ¡Tendrías que haberme visto cuando era joven! En forma y con unos músculos que te harían llorar». Fred se miró los brazos y soltó una carcajada. «Antes era albañil, podía dedicarme a cualquier cosa. Azulejos, fontanería, carpintería, lo que se me ocurriera. ¿Qué querías?

«El carrito de la limpieza. Está en esa habitación detrás de ti», dijo Julia.

«¿Lo cojo?» preguntó Caín.

Fred negó con la cabeza. «No hace falta, joven, creo que puedo arreglármelas». Les dio la espalda y se dirigió hacia una pequeña habitación que había junto al mostrador de recepción. Abrió la puerta de un tirón y desapareció en el interior.

Caín le dijo a Julia: «¿Cuántos años crees que tiene? ¿Setenta? ¿Ochenta? No debería estar trabajando a su edad, debería estar tomándose una cerveza y viendo una partida de petanca».

Julia asintió con la cabeza. «No sabemos cuáles son sus circunstancias. Puede que tenga que trabajar, no todo el mundo tiene un plan de pensiones decente hoy en día. Puede que incluso quiera trabajar, puede que le guste la compañía».

Cain negó con la cabeza. «Espero que no tenga que enfrentarse a nada demasiado grave en este edificio. No parece que tenga energía para gritar «¡Eh! Alto!», y mucho menos para correr detrás de alguien».

Julia volvió a asentir. Frunció el ceño. «Lleva ahí un rato. ¿Quieres ir a ver cómo está?»

Caín se acercó a la habitación y entró. Regresó un momento después, con una mano empujando el carrito de la limpieza y la otra sujetando el codo de Fred.

Fred sonrió avergonzado a Julia. «Me he dado un pequeño revolcón ahí dentro. Ese maldito carrito pesa más de lo que parece. ¿Necesitas algo más? ¿Te acompaño al ascensor?».

Julia echó un rápido vistazo al reloj de pared que había detrás de la recepción. Llevaban allí diez minutos y aún no habían empezado a limpiar. Sonrió amablemente a Fred y dijo: «No, gracias. Sé adónde voy. Ellen me lo enseñó el viernes pasado».

Cain retiró la mano del carrito y la colocó en el otro brazo de Fred. Le ayudó a volver a su silla y Fred se hundió en ella con un suspiro de felicidad. «Gracias. Probablemente te veré dentro de un rato. Hago mis rondas cada hora, me aseguro de que todo esté como debe».

Una expresión de preocupación cruzó el rostro de Caín. «¿Quieres que haga la ronda contigo?».

Fred le hizo un gesto con la mano. «No hace falta. Puedo arreglármelas. Estuve en el ejército, sé cuidar de mí mismo».

Cain parecía inseguro mientras agarraba el carrito y lo empujaba hacia Julia. Julia compartió su mirada, pero no podían hacer nada por Fred.

Cuando estaban en el ascensor, Cain dijo: «No está bien que alguien como Fred trabaje aquí».

«No es asunto nuestro, pero sé lo que quieres decir. Si quieres, puedes ir a verle más tarde».

«Puede que lo haga».

Las puertas del ascensor se abrieron en la planta siete. Caín insistió en empujar el carrito de la limpieza. Julia decidió dejarle.

Entraron en las oficinas de Seguros Inkwell. Julia explicó: «La mayoría de los empleados ya se han ido a casa. Hay algunos supervisores por ahí, creo que tienen una reunión con el gerente a las seis y media para hablar de los asuntos del día. El director tiene un despacho en la esquina de la planta de arriba. Creo que esta parte de la planta es para televentas».

«¿Qué significa eso?»

«Se ocupan de los presupuestos de seguros. Ellen me dijo que se ocupaban de los seguros del automóvil y de la vivienda. Antes hacían seguros de vida, pero ya no». Señaló con la cabeza el extremo superior de la sala. «Esa sección del fondo se ocupa de las reclamaciones».

Caín soltó un pequeño bufido. «Mi abuela solía decir que las compañías de seguros se apresuraban a quitarte el dinero, pero nunca te lo devolvían cuando reclamabas».

Julia sonrió. «Eso también lo dice mi padre. Ya. Empecemos con las papeleras».

Caín no se movió. Algo llamó su atención. De la comisura de los labios murmuró: «Julia, si las miradas mataran, ahora mismo estarías muerta como una piedra».

Capítulo 4

Julia miró hacia donde Caín había fijado su atención. Dio un respingo al encontrarse con la mirada acerada de una mujer joven.

Sin dejar de hablar con la comisura de los labios, Caín dijo: «¿Quién es? ¿Y por qué te mira así?».

Julia se encogió de hombros. «Es una de las supervisoras. Ellen me la presentó el viernes. Se llama Lorraine Carver. El viernes estaba muy sonriente. No sé por qué me mira así, no creo haber hecho nada malo». Julia levantó más la cabeza. «Averigüemos cuál es su problema».

Caín siseó: «¡No os peleéis! No quiero tener que coger a Fred».

Julia le ignoró, esbozó una brillante sonrisa y se dirigió hacia Lorraine. «¡Hola! ¿Te acuerdas de mí? Soy Julia Blake, nos conocimos el viernes. Esta semana hago la limpieza en nombre de Ellen Parks».

Lorraine parpadeó y la hostilidad huyó de sus ojos. Se echó hacia atrás el pelo castaño que le llegaba hasta los hombros y le dedicó a Julia una falsa sonrisa. «Claro que me acuerdo. ¿Estás lista para empezar a fregar? O lo que sea que hagáis las mujeres de la limpieza».

La sonrisa de Julia vaciló. «Me acompaña mi colega, Cain Andrews, está allí. Me he registrado en recepción. ¿Se ha ido todo el mundo?»

«La plebe sí. Sólo queda la dirección». Lorraine bajó la mirada hacia el calzado de Julia, sonrió satisfecha y luego volvió a mirarla a la cara. «Supongo que tienes que vestir así por comodidad. Yo nunca podría llevar zapatos planos, son tan poco favorecedores».

Julia sintió que sus ojos se entrecerraban. ¿Cuál era el problema de Lorraine? El viernes no se había mostrado tan hostil. No quería molestar a los clientes de Ellen, así que Julia se obligó a mantener la sonrisa. «Entonces seguiremos». Giró sobre sus talones y volvió hacia Caín.

Caín dijo: «Todavía te está mirando».

Julia miró el carrito de la limpieza. «Es evidente que está celosa de mi atuendo de trabajo. Caín, empezaremos por este lado de la oficina. Vacía todos los cubos en esta gran bolsa de basura que hay aquí, en el carrito. Ellen me ha dicho que el personal sabe que sólo debe poner cosas secas en sus cubos. Si esta bolsa de basura del carrito se llena, tendremos que bajar al sótano y vaciarla».

Caín arrugó la nariz. «¿Por qué no dejamos la bolsa llena a un lado y luego nos llevamos todas las bolsas llenas juntas?».

Julia le dedicó una sonrisa irónica. «Salud y seguridad. Algún pobre fulano podría tropezar con esta enorme bolsa y hacerse daño. Esto es una compañía de seguros, no lo olvides. Cuando hayamos empezado bien con los cubos, sacaré el aspirador y me pondré con las alfombras».

Julia dirigió a Caín hacia el final del despacho. Su nariz se torció al mirar a su alrededor. «Esto parece una especie de cárcel, peor que la cárcel. Al menos teníamos más espacio. ¿La gente se pasa el día sentada en esas cabinas? Ni siquiera pueden ver a sus compañeros con todos esos tabiques levantados».

«Yo no podría trabajar aquí, me sentiría como un pollo en batería. No nos corresponde a nosotros juzgarlo. Sigamos».

Entre los dos vaciaron las dos primeras docenas de papeleras. Cuando se acercaron al centro de la oficina, Julia volvió a sentir los ojos de Lorraine clavados en ella. La joven estaba de pie cerca de su mesa, con un teléfono móvil en la oreja. Su voz se hizo más fuerte a medida que Julia y Caín se acercaban. «Sí, ya lo sé. Las cualificaciones son muy importantes. No me gustaría acabar en un trabajo sin futuro».

Cain dijo en voz baja: «Puedo pasarle la aspiradora más tarde, si quieres».

Julia le dedicó una pequeña sonrisa. «Vamos a ignorarla». Cogió la papelerera que había junto a la mesa de Lorraine. «¡Oh! ¡Este tiene líquido!».

Lorraine terminó su llamada y miró fríamente a Julia. «¿Hay algún problema?»

Julia cogió la papelerera. «Sí. Ésta tiene líquido, estas papeleras son sólo para cosas secas».

Lorraine sacudió la cabeza y soltó una carcajada. «¿No puedes arreglarlo? ¿No es ése tu trabajo?»

Julia captó el brillo de malicia en los ojos de Lorraine, pero lo ignoró. «Sí, puedo solucionarlo, pero se lo comunicaré a tu jefe. Ellen dijo que ése es el procedimiento correcto cuando ocurre un incidente de este tipo».

Lorraine se puso rígida. «¿Lo es? No lo sabía». Se echó el pelo hacia atrás por encima del hombro. «Tengo que ir a una reunión de dirección». Se alejó rápidamente sobre sus brillantes tacones.

Cain dijo: «Seguro que ha vertido algún líquido en ese cubo para ponerte las cosas difíciles».

«Yo también lo creo. No sé qué he hecho para molestarla. Pondré esta papelerera en el carrito, necesitará un buen lavado».

Julia y Cain siguieron vaciando los cubos. Caín dijo: «Me gusta hacer este tipo de trabajo. Es agradable y tranquilo, nadie te molesta para asegurarse de que lo haces todo bien».

Julia asintió. «Me gustan mis clientes, pero es agradable venir a un sitio donde nadie sabe tu nombre».

Ambos dieron un respingo cuando se oyó la voz de un hombre: «¡Julia Blake! ¿Eres tú?»

Julia sonrió y miró al hombre que había pronunciado su nombre. Se dio cuenta de repente al ver que Lorraine estaba a su lado. Por eso le había caído mal a Lorraine.

Capítulo 5

«¿Quién es? preguntó Caín.

«¿No lo reconoces?» preguntó Julia.

«No. ¿Debería?»

«Puede que lo hagas dentro de un momento. Vamos». Julia bajó por el despacho y se dirigió hacia el hombre que estaba de pie y le sonreía. La mirada de odio de Lorraine era ahora aún más fuerte.

El hombre habló: «¡Pensé que serías tú! Lorraine me dijo el viernes que esta semana iba a haber otra mujer de la limpieza. Cuando me la describió, pensé que podrías ser tú. Ahora ya sabes dónde trabajo». Miró hacia Caín. «Y tú debes de ser Caín, el que hace un trabajo increíble en mis ventanas».

Los ojos de Caín se entrecerraron mientras estudiaba al hombre que tenía delante. De repente, su dedo señaló al hombre. «¡Ja! ¡El Hombre de la Guerra de las Galaxias! Eres tú!»

Julia negó con la cabeza. «Lo siento, Caín tiende a poner apodos a nuestros clientes basándose en lo que tienen en sus casas. Caín, éste es Joe Ingram».

Caín asintió, con una sonrisa en la cara. «¡Me encanta tu apartamento! Todas esas cosas de Star Wars. ¡Y los pósters! ¿Has estado en todas esas convenciones de cómics? ¿Incluso en las de Estados Unidos?

Joe se pasó la mano por el corto pelo castaño y asintió. «Sé que no es propio de una persona de treinta y cuatro años, pero no puedo evitarlo. Lo admito, soy un friki».

Lorraine habló por fin, con tono frío: «Incluso los frikis tienen que madurar a veces. Las circunstancias cambian y tienes que pensar en los demás».

La sonrisa de Joe disminuyó ligeramente y se volvió hacia Lorraine. «Ya lo sé. Hablaremos de ello más tarde». Volvió a mirar a Julia. «Me alegro mucho de verte aquí. Y también conocer por fin a Caín. Cuando pensé que serías tú quien vendría aquí, le dije a Lorraine que tenía suerte de tenerte. Le dije que no podría vivir sin ti. ¿Verdad, Lorraine?

«Claro que sí».

Julia casi podía ver cómo el hielo caía de sus palabras.

Lorraine puso su mano protectora sobre el brazo de Joe y dijo: «Será mejor que nos vayamos, tenemos nuestra reunión de dirección. Puedes hablar con la limpiadora en otro momento».

Joe hizo una mueca fingida a Julia. «Tenemos que informar de los asuntos del día a Karl todas

las tardes a esta hora. ¿Conoces a Karl? ¿Karl Rayburn? Es el gerente».

Julia asintió. «Le conocí brevemente el viernes. Pronto limpiaremos su despacho».

Lorraine apretó con fuerza a Joe. «Tenemos que irnos».

«¿Sois pareja?» preguntó Caín, con una mirada inocente.

Bendito sea, pensó Julia. Eso era exactamente lo que ella quería saber, pero no se atrevía a preguntar.

Joe sonrió a Lorraine y dijo: «Sí, llevamos años trabajando juntos, pero hace poco que empezamos a salir. No sé qué ve en un viejo como yo».

Lorraine le dedicó una sonrisa tensa. «Tú sólo eres nueve años mayor. Llevamos saliendo ocho semanas y dos días».

«Eso es muy preciso», no pudo evitar comentar Julia.

Lorraine le lanzó una mirada que le produjo escalofríos. Lorraine dio completamente la espalda a Julia y a Cain. «Joe, tenemos que irnos ya. No olvides que aún estás intentando causar una buena impresión a Karl».

Joe suspiró. «Es cierto. Julia, pronto tendré una entrevista para un gran trabajo en la empresa. Te lo contaré todo más tarde. Y tendré que presentarte a mi supervisor, Ivor. Pero ten cuidado, tiene fama de mujeriego».

Todavía de espaldas, Lorraine dijo: «Creo que tu amigo de la limpieza estará a salvo».

Joe les saludó amistosamente con la mano y se alejó. Lorraine seguía con la mano en su brazo, como si le preocupara que pudiera huir.

Cuando salieron de la oficina, Cain dijo: «Así que por eso te odia. Cree que eres una amenaza para su relación con Joe. Vaya. ¿No se da cuenta de que eres mucho mayor que Joe?».

«No tanto. De todas formas, las únicas relaciones que tengo con mis clientes son las de negocios. Bien. Volvamos a la limpieza. Voy a sacar la aspiradora. Tienen una aspiradora en cada planta, lo que nos ahorra tener que cargar con una. ¿Puedes terminar el resto de los cubos?».

«Sí, puedo. El cubo del carrito está casi lleno», le aconsejó Caín.

«¿Quieres llevarlo al sótano y vaciarlo?».

Caín negó con la cabeza. «No. No quiero ir solo, gracias».

Julia lo miró fijamente. «¿Por qué no?»

Caín se encogió de hombros y miró hacia otro lado. «No me gustan los sótanos. Podría estar embrujado. Podría haber ratas ahí abajo».

Julia soltó una carcajada. «¿Has vuelto a ver películas de terror? Sabes que no puedes con ellas. El sótano está bien iluminado. No vi ninguna rata cuando bajé el viernes».

Caín le dirigió una mirada mordaz. «No las verás, pero estarán ahí, escondidas en las sombras, esperando para abalanzarse. Bajaré contigo, pero no quiero ir sola».

Julia estudió su rostro. Parecía realmente preocupado. «Vale. Pasaré la aspiradora y luego iremos juntos. ¿De acuerdo?»

«De acuerdo. Gracias».

Pasaron otros quince minutos antes de que estuvieran listos para ir al sótano. Caín empujó el carrito de la limpieza hacia el ascensor y Julia pulsó el botón B. Dio un empujón a Caín. «No hace falta que te quedes tan cerca de mí».

Caín se apartó un pequeño paso.

Las puertas del ascensor se abrieron. Caín dijo: «Ya puedes empujar el carrito».

Julia sacudió un poco la cabeza y puso las manos sobre el carrito. «¿Vas a caminar a mi lado o te vas a acobardar detrás de mí?»

«Me encogeré detrás de ti.

Julia empujó el carrito hacia el lado izquierdo de la habitación. Caín caminó de cerca tras ella. Julia se detuvo delante de un enorme contenedor metálico. Caín se puso a su lado y la ayudó a levantar la tapa.

Julia dijo: «¿Puedes vaciar la bolsa aquí? Gracias».

Caín hizo lo que le decían. Julia cerró la tapa y se volvió hacia Caín. «No ha estado tan mal, ¿verdad?». Agitó la mano por la habitación. «Y este sótano tampoco está tan mal».

Caín señaló hacia la parte trasera del sótano. «No me gusta el aspecto de esa zona. Es oscura y espeluznante».

«Ahí es donde se guardan todos los viejos archivos de papel. Ellen me lo contó. La aseguradora Inkwell funciona desde hace años, creo que desde 1910. Han conservado todo el papeleo de entonces. Caín, no hay nada que temer. Vamos, echemos un vistazo más de cerca y te demostraré que no hay nada que temer».

Caín se acercó al carrito. «No estoy seguro. Parece el lugar perfecto para que se escondan las ratas. O un monstruo del sótano».

Julia lo agarró del brazo y lo llevó hacia el final de la habitación. Caín intentó resistirse, pero Julia era más fuerte.

Julia soltó el agarre cuando se acercaron a bancos y bancos de archivadores metálicos. Aquello era un poco más oscuro y desprendía un viejo olor a humedad, pero Julia no iba a insistir en decirlo.

«Ves, no hay nada que temer», dijo Julia.

Caín asintió lentamente. «Supongo que tienes razón».

Un chirrido salió disparado y pareció destrozar el aire.

Caín gritó y agarró a Julia por el brazo. «¡Las ratas! ¡Son las ratas! Nos van a comer!»

Julia estaba a punto de discrepar cuando el chirrido volvió a salir disparado, junto con un extraño chirrido. Contuvo su propio grito y persiguió a Caín, que ahora corría a toda velocidad hacia las puertas del ascensor.

Capítulo 6

Caín seguía temblando mientras empujaba el carrito de la limpieza hacia la planta ocho. «Te dije que estaba embrujada. No volveré a bajar nunca más».

Julia dijo: «Si fuera una rata, no creo que te hiciera daño. No si la dejaras en paz».

«Ese sonido no procedía de una rata normal. Procedía de una rata que ha crecido hasta alcanzar proporciones gigantescas». Caín se estremeció.

Julia no tenía una explicación para el ruido. «Intentemos olvidarnos de eso ahora. ¿Estás bien para continuar? Aquí dentro vuelve a ser lo mismo. Vaciar las papeleras y luego pasar la aspiradora. Ellen me dijo que lo último que hiciera fuera el despacho de Karl Rayburn».

«¿Estáis bien?»

Caín dio un respingo. «¿Quién ha dicho eso?»

Fred soltó una risita mientras se dirigía hacia ellos. «Yo lo he dicho. Parece como si hubieras visto un fantasma, joven Caín».

«No he visto ninguno, pero puede que haya oído alguno», confió Caín. «Hemos bajado al sótano».

Fred apoyó una mano en la pared y abrió mucho los ojos. «¿No me digas que habéis ido a los viejos archivos?».

Caín apretó los labios y asintió a Fred.

Fred soltó una especie de silbido sibilante. «Eres más valiente que yo. De vez en cuando tengo que bajar allí y asegurarme de que todo va bien. Debo decir que siempre me da escalofríos. Llevo mi gran linterna, lista para golpear a cualquier criatura en la cabeza. ¿Has oído un chirrido extraño?».

Caín volvió a asentir. «Sí, lo oí. Sonaba como si procediera de los no muertos, un grito de angustia y dolor».

Julia soltó un pequeño bufido. «¡Dijiste que era una rata! Y ahora la has convertido en un zombi o algo así».

Caín la miró seriamente. «¿No has oído hablar de las ratas zombi?».

«¡No! Vamos, Caín, tenemos cosas que hacer». Julia miró más de cerca a Fred. «¿Te encuentras bien? ¿Necesitas sentarte?»

Fred se apartó de la pared. «No, un descanso rápido de vez en cuando ayuda a mis viejos huesos. Será mejor que siga con mis rondas. Llámame si hay algún problema de seguridad».

Julia dijo que lo haría, aunque no estaba segura de que Fred pudiera ocuparse de ningún problema de seguridad.

Pasaron los treinta minutos siguientes vaciando contenedores y luego Julia pasó la aspiradora.

Se dirigieron hacia el despacho de la esquina del fondo. La puerta de cristal les daba de frente.

Julia indicó con la cabeza hacia ella. «Parece que la reunión está llegando a su fin. Aquí trabajan muchas horas, son casi las siete y cuarenta y cinco. Eso sí, para nosotros también ha sido un día largo».

La puerta del despacho se abrió y Lorraine salió la primera. La sonrisa se le borró al ver a Julia. Con voz exagerada dijo: «Joe, te espero en el coche». Pasó junto a Julia con la cabeza alta.

Cain murmuró a Julia: «Ignórala, está siendo muy grosera».

Joe fue el siguiente en salir del despacho, con el brazo sobre los hombros de un hombre mayor. «¡Julia! Me alegro de que estés aquí. Éste es Ivor Walsall. Ivor, ésta es Julia Blake, es increíble. Me hace toda la limpieza, estaría perdido sin ella».

Julia miró a Ivor. Guapo, traje caro, pelo oscuro salpicado de canas y rostro ligeramente bronceado. Julia supuso que tendría unos cuarenta años, quizá cincuenta.

Ivor tendió una mano a Julia. Ella la cogió y se dio cuenta de que Ivor la estrechaba con demasiada fuerza. «Ah, Julia Blake. No me extraña que Lorraine se sienta celosa. Será mejor que tengas cuidado con esa joven, no lleva bien la competencia».

Julia retiró la mano. «Yo no soy competencia».

Cain añadió con ayuda: «Julia es demasiado mayor para Joe».

Ivor soltó una carcajada que hizo saltar a todos. Clavó la mirada en Julia. «Creo que Julia tiene la edad perfecta para cualquier hombre».

Julia se tragó el asco que le subía por la garganta. Ya había conocido antes a hombres como Ivor Walsall. Podía guardarse para sí sus miradas y sus ojos centelleantes. Julia miró a Joe y le dijo: «Ibas a hablarme de una entrevista».

«Ah, sí», Joe miró por encima del hombro hacia el despacho de Karl Rayburn. Bajó la voz y dijo: «Ha surgido un puesto en nuestra oficina de Hong Kong. Ivor cree que tengo muchas posibilidades de conseguirlo».

Ivor intervino: «Desde luego que sí. He dado suficientes vueltas a la manzana como para reconocer el talento cuando lo veo. Joe tiene su entrevista mañana. ¿Qué vas a hacer mañana, Julia?»

«Limpiar. Buena suerte con tu entrevista, avísame de cómo te va».

«Gracias. Ahora voy a repasar algunas preguntas con Ivor».

Ivor se acercó aún más a Julia. Julia echó la cabeza ligeramente hacia atrás, aquel aftershave era bastante abrumador. Ivor dijo: «Tengo un escritorio allí, al fondo de la sala. Ya sabes que ésta es la planta de dirección. Soy uno de los directivos. De hecho, soy el subdirector».

«Enhorabuena», dijo Julia. «Joe, ¿no dijo Lorraine que iba a esperarte en el coche?».

«Ah, sí. Le enviaré un mensaje. Puede venir sola a mi apartamento. Seguro que no le importa».

Ivor soltó un silbido bajo. «Le importará. Ten cuidado con ella, Joe, tiene mal genio».

«Parece que hablas por experiencia», dijo Julia.

Los ojos de Ivor reflejaron una mirada acerada. Se volvió rápidamente hacia Joe y le dijo: «Vamos, amigo, tenemos trabajo que hacer».

Joe sonrió a Julia y a Cain y se alejó con Ivor hacia el fondo de la sala.

Cain dijo: «A ese Ivor le gustas».

«No me gusta», respondió Julia.

«Bien, porque no me gusta. Es como una serpiente aceitosa».

«Muy perspicaz. El despacho del señor Rayburn está vacío ahora, aparte de él».

Julia y Cain entraron en el despacho de la esquina. Karl Rayburn les dedicó una sonrisa tensa mientras cogía el teléfono.

A Julia le sorprendió lo cansado que parecía. El viernes no parecía tan cansado. Sintió una oleada de compasión por él, no debe de ser fácil ser el director de una empresa como ésta.

Cain vació rápidamente la papelera. Karl Rayburn salió de la oficina, aún hablando por teléfono, mientras Julia pasaba la aspiradora por su despacho. Volvió a su despacho en cuanto salieron. Cerró la puerta de cristal tras de sí. Julia le lanzó una mirada retrospectiva. Karl Rayburn se pasó una mano por los ojos como si intentara despertarse.

Julia guardó la aspiradora y luego caminó con Caín hacia las puertas del ascensor. Julia miró hacia el final de la oficina, pero no vio a Joe. Sí vio a Ivor Walsall. Estaba de pie y tenía el brazo alrededor de la cintura de una mujer mayor bien vestida. Se reían juntos. Debía de ser su novia.

Cain dijo que iría a ver cómo le iba a Fred mientras Julia iba al sótano a vaciar de nuevo la papelera.

A Julia no le importaba, podía prescindir de su histeria. Además, quería tiempo para pensar. Cuando volvió a mirar a Karl Rayburn en su despacho, había algo muy triste en su expresión. Era como si tuviera el peso del mundo sobre los hombros. Mientras Julia vaciaba la papelera, le deseó en silencio que durmiera bien. Bostezó. Ella también necesitaba dormir bien. Iba a ser una semana dura de trabajo. Le vino a la mente la cara de felicidad de Caín, valdría la pena cuando se fueran de vacaciones. Volvió a bostezar. Se alegraría cuando acabara la semana.

Capítulo 7

Caín estaba como una cuba cuando Julia lo recogió a la mañana siguiente.

Empezó a hablar en cuanto abrió la puerta del pasajero. «Julia, tienes que reservar algunas actividades en el parque de vacaciones porque son muy populares. Ray y yo vamos al curso de asalto del ejército. ¿Te apunto a ti también?». Entró en el coche y se sentó.

«No, gracias. No haré nada de eso».

Caín la miró perplejo. «Pero es el único de su clase en el país».

«No, gracias», repitió Julia. Bostezó. «Lo siento. Sólo he hecho un día largo y ya me siento agotada».

Caín se abrochó el cinturón. «No puedo creer que fueras a hacer todo este trabajo extra tú sola».

«Ya lo he hecho antes». Julia miró con nostalgia por la ventanilla. «A veces me gustaría trabajar para otra persona. Debe de ser estupendo trabajar en un sitio donde te pagan las vacaciones y alguien te hace el trabajo cuando estás enferma».

Caín dijo: «Anoche estuve pensando en eso. Si tuvieras más gente trabajando para ti, podrías tomarte vacaciones más fácilmente».

Julia le miró. «No estoy segura de eso, suena a más responsabilidad».

Caín la miró con sabiduría. «Tienes que expandirte para hacer crecer tu negocio. Tienes una reputación excelente y siempre tienes una lista de clientes potenciales. Podrías tener un ejército de limpiadoras trabajando para ti. Entonces podrías dejar de hacer tanto trabajo de limpieza tú misma y tener un papel más directivo».

Julia sonrió. «Me impresionan tus conocimientos, Caín. Me lo pensaré».

Caín no había terminado: «Podrías ir a clases nocturnas para aprender más sobre gestión». Le dedicó una pequeña sonrisa. «Eso es lo que estoy pensando hacer. Nunca me presenté a los exámenes cuando era más joven, ya sabes, por estar en la cárcel. Quiero aprender cosas, quiero saber más».

«Y deberías hacerlo. Estoy orgullosa de ti, Caín, has avanzado mucho desde aquel día en que te entrevisté, estabas tan nervioso».

«Te ayudaría a convertirte en un buen directivo si estuvieras en mejor forma física. Ese curso de asalto sería justo lo que necesitas. Nos cubriríamos la cara de barro».

Julia se rió. «Lo único que tendré en la cara será una mascarilla de lujo. Y ya estoy bastante en

forma, más o menos. Será mejor que nos vayamos, tenemos un día entero de limpieza y después el trabajo de oficina».

Julia condujo hasta la casa de su primer cliente. Sus bostezos eran frecuentes durante el trabajo de limpieza. A pesar de sentirse cansada, notó que Caín trabajaba más duro y rápido para que Julia no tuviera que hacer tanto. Tal vez tener una flota de limpiadoras amigas sería una buena idea.

Trabajaron duro todo el día, sólo pararon para almorzar rápidamente, y luego continuaron durante toda la tarde.

Julia entró en el aparcamiento de varias plantas de Leeds a las cinco de la tarde y le dijo a Caín: «Llegamos un poco pronto. Deja que te lleve a comer algo. Sé que hoy has hecho más trabajo del que te corresponde. ¿Adónde quieres ir? Hay muchos sitios donde elegir».

Caín dijo: «Hamburguesa y patatas fritas. Con eso me basta. Gracias».

Julia lo llevó a la cadena de comida rápida más cercana. Pensó en pedirse una ensalada de pollo, pero su estómago ruidoso decidió lo contrario. Se dijo a sí misma que necesitaba el chute de energía que sólo una hamburguesa con queso podía proporcionarle. Mañana comería ensalada.

Cuando terminaron de comer, se dirigieron a las oficinas de Inkwell's Insurance.

Julia dijo: «Hemos llegado a tiempo. Aún no son las seis. Si trabajamos deprisa podríamos acabar en menos de dos horas. No empieces a charlar con Fred. Sé que es encantador, pero nos retrasará».

«Ayer tuve una buena charla con él cuando fuiste al sótano. Conoció a su mujer cuando estaba en el ejército. Me dijo que odiaba dejarla atrás cuando tuvo que ir al extranjero. Anotó los lugares a los que iba y le prometió a su mujer que la llevaría a esos sitios cuando se jubilaran».

«Eso suena romántico. ¿Fueron?»

Caín negó con la cabeza. «No, ella murió antes de que él se jubilara. Fred no tuvo valor para ir por su cuenta».

Julia se detuvo ante la puerta giratoria del edificio. «Qué triste. ¿Le has preguntado a Fred por qué seguía trabajando ahora? Ya ha pasado la edad de jubilación».

«Sí se lo pregunté. Dice que se siente solo en casa. Y no duerme muy bien por la noche, así que este trabajo nocturno le viene como anillo al dedo». De repente se le puso cara de asombro. «¡Julia! No pensarás que a Fred le va a pasar algo horrible, ¿verdad?».

«¿Cómo qué?»

«Como que alguien lo asesine. Ya sabes lo que pasa cuando trabajas cerca de alguien, en algún momento suele aparecer un cadáver asesinado. Es como si te rodeara una maldición».

Julia hizo un gesto de disgusto. «No tengo una maldición rodeándome. No olvides que tú también has encontrado cadáveres asesinados. Podrías ser tú la que está maldita».

«No, definitivamente eres tú. Encontraste cadáveres incluso antes de que yo empezara a trabajar para ti».

Julia se quedó pensativa un momento. «Eso es cierto. Estoy segura de que no significa nada. Y estoy segura de que el viejo Fred se pondrá bien».

Caín no parecía convencido. «Pero no te acerques demasiado a él, por si acaso».

Julia suspiró y sacudió la cabeza. «Intentaré mantenerme alejada de él». Se dirigió hacia la puerta giratoria y entró en un segmento. Caín se metió en el de detrás. Julia gritó por encima del hombro: «¡Hoy no se juega con esta puerta!».

Caín no dijo ni una palabra, miraba al frente.

Julia salió por la puerta y le esperó. «¿Caín? ¿Qué pasa?»

Cain señaló hacia la recepción. «Es Fred, está llorando». Caín corrió hacia el anciano y Julia lo siguió.

Fred se estaba secando los ojos con un pañuelo. Levantó la vista cuando oyó que se acercaban Caín y Julia. Les hizo señas con el pañuelo y dijo: «¡No me hagáis caso! Me estoy emocionando. Es mi edad. ¿Cómo estáis hoy? ¿Os saco el carrito de la limpieza?».

«Ya lo cojo yo», dijo Caín. Se dirigió hacia la habitación donde estaba el carrito. Lanzó una mirada mordaz a Julia e indicó con la cabeza a Fred.

Julia se acercó al lado de Fred. «¿Qué ocurre? ¿Puedo hacer algo?»

Fred volvió a secarse los ojos. «No, muchacha, no pasa nada. Es el aniversario de mi mujer, eso es todo. Hoy hace diez años que falleció. La echo mucho de menos. Teníamos todo tipo de planes. No me hagas caso, sólo soy un viejo tonto».

A pesar de haberle dicho antes a Caín que no empezara ninguna charla con Fred, Julia sabía que no podía dejar así al viejo. Dirigió a Fred una mirada amable y le dijo: «Háblame de tu mujer. ¿Dónde os conocisteis?».

Pasaron veinte minutos antes de que Julia y Cain sintieran que podían dejar solo a Fred. Se le habían secado las lágrimas y tenía una sonrisa radiante en la cara. Cuando Julia y Caín se dirigieron por fin hacia el ascensor, él gritó: «Os veré dentro de un rato, pronto haré mi ronda».

Caín entró en el ascensor. Sacudió un poco la cabeza. «No me gusta dejarle. Tengo la horrible sensación de que va a ocurrir algo terrible. ¿Lo sientes?»

«No», mintió Julia.

Capítulo 8

Una mujer entró en el ascensor justo cuando se cerraban las puertas. Tenía un teléfono pegado a la oreja. Les dirigió a Julia y a Caín una rápida sonrisa y pulsó el botón de la planta ocho.

Julia reconoció a la mujer como la que había estado hablando con Ivor Walsall la noche anterior, la que supuso que era su novia. Julia no pudo evitar escuchar la conversación que mantenía la mujer.

«Ivor, no estoy segura. Sé que sigues diciéndome que es lo mejor, pero no me parece bien».

Se hizo el silencio mientras la mujer escuchaba la respuesta de Ivor. Luego dijo: «Supongo que tienes razón. Seguiré con el plan original. Ahora subo, nos vemos enseguida».

Julia y Caín salieron del ascensor por la planta siete. Mientras Caín empujaba el carrito hacia los mostradores, dijo: «Me pregunto qué habrá sido todo eso. ¿Crees que estaba hablando con el mismo Ivor que conocimos ayer?».

«Estoy seguro. Anoche les vi muy cómodos juntos». Entrecerró los ojos. «Me pregunto qué estarán planeando».

Lorraine Carver se dirigió hacia ellos con la barbilla alta y la boca apretada.

«Buenas tardes», dijo Cain alegremente.

Lorraine le lanzó una mirada de disgusto. «Llegas tarde». Dirigió a Julia unos ojos llenos de odio. «Informaré de esto al señor Rayburn. La otra limpiadora nunca llegaba tarde. ¿Por qué llegas tan tarde? Dímelo».

Julia miró a la mujer y le dijo con frialdad: «No trabajo para usted, no necesito decirle nada. Trabajaremos las dos horas acordadas. Si te apartas, podremos empezar».

Las fosas nasales de Lorraine se encendieron y parecía como si quisiera decirle mucho más a Julia. Julia puso la mano sobre el carrito de la limpieza y lo dirigió hacia el primer grupo de pupitres. Oyó un resoplido de Lorena, pero lo ignoró y cogió la primera papelera que había que vaciar.

Caín se acercó a Julia y le susurró: «Se ha ido. Se ha largado por la oficina. No le gustas nada».

«A mí tampoco me cae muy bien». Julia miró el reloj de pared. «Es casi la hora de la reunión. En cuanto se vayan, sacaré la aspiradora y aceleraremos un poco».

Caín miró hacia el otro extremo del despacho. «Creo que Joe intenta llamar tu atención, te está saludando».

Julia suspiró y cogió la siguiente papelerera. «No tengo tiempo de charlar con él. Ignóralo, hablaré con él más tarde si tenemos tiempo».

«Demasiado tarde, viene hacia aquí. Y esa Lorena está a su lado».

Julia tiró el contenido de la papelerera en la papelerera principal del carrito. Sintió que alguien le tocaba el hombro. Se dio la vuelta y se encontró con la cara sonriente de Joe.

«¡Hola! No te entretendré mucho», empezó.

Lorraine le puso la mano en el brazo y dijo: «Ahora tenemos que ir a la reunión».

Joe no apartó la mirada de Julia. «Gracias por tu mensaje de buena suerte de esta mañana».

«¡Le has enviado un mensaje!» chilló Lorraine.

«Sí», dijo Julia. «¿Cómo fue la entrevista? ¿Te vas a trasladar pronto a Hong Kong?».

La sonrisa de Joe vaciló. «No, parece que aún no estoy preparado. Pero fue una buena entrevista, toda una buena experiencia. Seguro que surgirán otros puestos».

Lorraine añadió: «Es lo mejor. No es un buen momento para que Joe abandone el país. ¿Verdad, Joe?»

Joe no miró a Lorraine. Asintió rápidamente con la cabeza y dijo: «Gracias de nuevo. Parece que vendrás a mi apartamento durante muchos años. Será mejor que me vaya. Nos vemos luego. Me alegro de volver a verte, Cain».

Cain dijo: «Hasta luego».

Lorraine consiguió lanzar a Julia otra mirada de disgusto antes de darse la vuelta.

Fred había aparecido silenciosamente detrás de Lorraine y Joe. Lorraine chocó con él. «¡Mira por dónde vas! ¿Qué haces, acercarte sigilosamente a la gente de esa manera? Creo que debería denunciarte al Sr. Rayburn. Eres demasiado viejo para trabajar aquí».

Fred intentó apartarse. «Lo siento mucho, señorita. No pretendía asustarla».

«¡Muévete!» ordenó Lorraine.

«No puedo fallar, me estás pisando».

Todos miraron los pies de Fred. El afilado tacón de Lorraine estaba apoyado en el pie izquierdo de Fred.

Joe jadeó y apartó bruscamente a Lorraine a un lado. «¡Por el amor de Dios, Lorraine! Fíjate por dónde caminas. ¡Esos zapatos son como armas letales! Fred, ¿estás bien? Te pido disculpas en nombre de mi colega».

Fred asintió y le dedicó a Joe una sonrisa acuosa. «Estoy bien. Ha sido culpa mía».

«¡Sí que lo es!» espetó Lorraine.

Joe apartó a Lorraine y murmuró otra disculpa a Fred. Se alejó a grandes zancadas por el despacho, Lorraine se tambaleaba detrás de él.

Julia fue al lado de Fred. «¿Seguro que estás bien? ¿Quieres que te mire el pie? Podría estar sangrando».

Fred le dedicó una pequeña sonrisa. «Estoy bien, de verdad». Soltó una carcajada. «No tengo un buen día, ¿verdad? Os dejo solos. Tengo que seguir con mis rondas». Dio una palmada en el brazo de Julia y se alejó arrastrando los pies.

Caín dijo: «¡No me gusta nada esa Lorraine! ¿Seguro que no puedo derribarla con el carrito? Podría hacer que pareciera un desafortunado accidente».

«No me tientes. No. Ignorémosla y sigamos adelante». Julia echó un vistazo al despacho. «Ya se ha ido todo el mundo a la reunión, sacaré la aspiradora».

Julia pasó la aspiradora mientras Caín vaciaba los cubos que quedaban. Hicieron una visita rápida al sótano para que Julia vaciara el contenedor principal. Caín montó guardia junto a las puertas del ascensor por si aparecía alguna rata vampiro.

Se dirigieron a la planta ocho y pronto vaciaron más contenedores. La reunión de la dirección terminó y la gente salió del despacho de Karl Rayburn. Julia ignoró la mirada que Lorraine le lanzó al pasar.

Las manos de Cain se tensaron sobre las asas del carrito. Murmuró a Julia: «Sólo tienes que decirlo...».

Subieron por la oficina. En un momento dado les interrumpió Ivor Walsall. «Oye, Julia, ¿crees que podrías hacer algún trabajo de limpieza para mí?». Lo dijo con los ojos brillantes. «Siempre me viene bien un poco de ayuda en el dormitorio».

Julia no tenía tiempo para eso. «En este momento estamos ocupados. Perdonad. Perdona, tengo que ir a la papelería que tienes detrás».

Ivor no se movió. «Puedo pagarte bien, mejor que tu tarifa habitual».

«Estamos completos», repitió Julia. Vertió el contenido de la papelería en la principal del carrito y luego devolvió la papelería vacía al suelo. Ivor seguía rondándola, podía sentir cómo la miraba. ¿Por qué todo el mundo quería charlar esta noche?

Julia se volvió hacia Caín. «Voy al despacho del señor Rayburn a por su papelería». Se alejó, sintiendo aún que Ivor la miraba. Si tenía novia, ¿por qué la miraba así? Yuk.

Todos los pensamientos sobre Ivor huyeron de su mente cuando entró en el despacho de Karl Rayburn. Se llevó las manos a la boca y lanzó un pequeño grito.

Karl Rayburn yacía desplomado sobre su escritorio.

Capítulo 9

Julia se precipitó hacia delante y puso la mano derecha junto al cuello de Karl Rayburn. Podía sentir el pulso. Lo agarró por los hombros y lo sacudió bruscamente. «¡Señor Rayburn! ¿Se encuentra bien?» Era un hombre grande y necesitaba muchas sacudidas.

Abrió los ojos y miró a Julia. «¿Qué demonios estás haciendo? ¿Puedes dejar de sacudirme, por favor?

Julia le soltó los hombros. Señaló el escritorio. «Estabas tumbado ahí, desplomado. Parecías muerto».

Karl Rayburn se incorporó y se pasó una mano por la cara. «Puedo asegurarte que no estaba muerto, pero gracias por preocuparte». Dejó escapar un gran bostezo. Julia trató de sofocar el que de pronto la asaltó, pero salió de todos modos.

Karl Rayburn le dedicó una sonrisa irónica. «¿Tú también te sientes cansada? No sé qué me ha pasado estas últimas semanas, parece que estoy cansado todo el tiempo. Debo de estar haciéndome demasiado viejo para este trabajo. Mi mujer, Olivia, no para de decirme que es hora de jubilarse. Quizá tenga razón». Hizo una mueca de dolor mientras echaba los hombros hacia atrás. «Te has hecho un lío».

Julia sintió que se le encendían las mejillas. «Lo siento mucho, sólo pensaba... ¿vacío ahora tu papelera?».

«¿Podrías volver más tarde? ¿Te importa? Tengo que hacer unas llamadas importantes antes de irme a casa. Gracias. Cierra la puerta al salir». Cogió el teléfono y Julia supo que la había despedido. Al salir, echó un vistazo a la papelera rebosante. Sólo habría tardado un minuto en vaciarla.

Julia volvió junto a Caín y le contó rápidamente lo sucedido. Se alegró al ver que Ivor estaba sentado en el otro extremo de la oficina, hablando por teléfono.

Julia miró el reloj. «Son las ocho menos veinte. Vamos bien. Terminemos esta planta y vayamos al sótano para nuestra última visita».

Julia y Cain siguieron con su trabajo de limpieza. Julia no dejaba de mirar hacia el despacho de Karl Rayburn, pero éste seguía al teléfono. No le gustaba dejar un trabajo sin hacer. Siguió vaciando los cubos de basura, mientras Caín se turnaba para aspirar la alfombra.

Se acercaban las ocho cuando se dirigieron al ascensor. Ivor se despidió y Julia le hizo un gesto brusco con la cabeza. Aquel hombre no era de fiar.

«¿Crees que deberíamos ver cómo está Fred? preguntó Caín.

«Puedes comprobarlo cuando baje al sótano», dijo Julia. Entraron en el ascensor.

El mismísimo hombre apareció en la siguiente planta. Las puertas del ascensor se abrieron para mostrar su rostro sonriente. «Hola a los dos. ¿Habéis acabado por esta noche?

«Casi», dijo Julia. «Sólo una última visita al sótano. ¿Cuánto tiempo os quedaréis esta noche?

«Hasta la madrugada. No me importa, así no pienso en mi mujer. Ahora vuelvo a la recepción». Fred se miró los pies.

«¿Tienes los pies bien?» preguntó Cain. «Los zapatos de Lorraine son muy puntiagudos».

Fred levantó la vista y sonrió. «Sobreviviré. No es la primera vez que tengo un encontronazo con esa joven. Para ella, siempre estoy en el lugar y el momento equivocados. Se ha quejado de mí muchas veces al Sr. Rayburn. Él me ha dicho que la ignore. Ni siquiera estoy segura de por qué el Sr. Rayburn me dio este trabajo, debió de sentir lástima por mí».

Julia vio el brillo de las lágrimas no derramadas en los ojos de Fred. «Deja que Caín y yo te acompañemos a la recepción. Puedes contarnos más cosas sobre tus días en el ejército».

«¿Seguro que queréis oírme divagar?».

«Sí, queremos. ¿Verdad, Cain?»

«Desde luego que sí».

Las puertas del ascensor se abrieron en la planta baja y Julia salió primero. Fred apoyó la mano en el carrito de la limpieza mientras Caín lo empujaba suavemente hacia delante. Fred se acomodó en su silla tras el mostrador de recepción y luego charló sobre sus días.

Julia vio a Lorraine pasar por delante del mostrador de recepción a las ocho y cinco sin despedirse. A Julia no le sorprendió. Ivor se marchó cinco minutos después, con el teléfono pegado a la oreja. Levantó una mano en señal de despedida y le hizo un guiño especial a Julia.

Julia echó un vistazo a su reloj. Eran las ocho y cuarto. Tenía los ojos arrugados por el cansancio. Tenían que ponerse en marcha. «Fred, ha sido un placer hablar contigo, pero tenemos que irnos. Podemos volver a hablar mañana».

Fred le dedicó una sonrisa de agradecimiento. «Gracias por escucharme. Me he extendido demasiado».

«En absoluto», dijo Julia, que ya se dirigía hacia el ascensor. Cain le hizo caso y cogió el carrito. Se despidió de Fred y siguió a Julia.

Una vez dentro del ascensor, Caín dijo: «¿Crees que podría adoptar a Fred? Podría ser mi abuelo».

Julia sonrió. «¿No tienes ya un abuelo en alguna parte?».

Caín miró el carrito. «Que yo sepa, no. Apenas me hablo con mi familia. No veo a mamá desde que me fui a vivir con la abuela cuando era adolescente. El marido de la abuela murió hace mucho tiempo, nunca lo conocí».

«¿Tu madre no ha estado en contacto desde que saliste de la cárcel?».

Caín seguía mirando el carrito mientras hablaba: «Le dejé algunos mensajes, pero nunca me contestó». Levantó la vista, con los ojos demasiado brillantes. «Te considero una figura materna. Espero que no te importe».

Julia parpadeó rápidamente. «Claro que no me importa. ¿Es porque te regaña mucho?». Se abrieron las puertas del ascensor.

Caín sonrió. «Un poco».

Julia salió del ascensor. «Bien, porque voy a darte más la lata. Lleva ese carrito al contenedor principal y deja de comportarte como un cobarde. Las ratas vampiro no existen».

Caín tragó saliva. «De acuerdo». Salió del ascensor. Miró a izquierda y derecha antes de dar

otro paso adelante. Dijo: «No te separes de mí».

Julia puso la mano en el carrito mientras Caín lo empujaba hacia la papelera principal. «Ahora vacía la papelera del carrito en él».

«¡Pero entonces no tendré las manos libres para luchar contra nada!».

Julia negó con la cabeza. «Hazlo y ya está».

Caín volvió a mirar a izquierda y derecha. Alcanzó la papelera y la cogió sin dejar de mirar por el sótano. Dio un respingo cuando se oyó un ruido. Gritó y dejó caer la bolsa de basura, cuyo contenido se desparramó por el suelo.

«¡Cain! ¡Sólo era el pitido de mi teléfono! Mira el suelo, hay basura por todas partes».

Cain se dio unas palmaditas en el pecho, se le había ido el color de la cara. «Lo siento mucho. Creía que la rata vampiro jefe me estaba espionando».

«¿Y enviándote un mensaje?» Julia negó con la cabeza. Realmente era un saco de nervios cuando se trataba de este sótano. Se agachó. «Vamos, ayúdame a aclarar esto».

A Caín le temblaban las manos cuando empezó a ayudar a Julia a limpiar.

Julia frunció el ceño al notar algo. Lo cogió. «¿Pastillas para dormir? Y mira, el paquete está vacío. ¿Quién se traería pastillas para dormir al trabajo?»

Cain recogió un puñado de papel y lo depositó en la papelera metálica. «¿Quién sabe? Ladeó la cabeza. «¿Has oído eso?»

«No he oído nada». Julia recogió más basura y la depositó en la papelera. Frunció el ceño al mirar más allá de Caín. «¿Cómo ha llegado la basura hasta allí?».

Tardaron otros diez minutos en recoger hasta el último trozo de basura. Julia se enderezó y se frotó la espalda.

Caín echó otra mirada ansiosa por el sótano. «¿Nos vamos ya a casa?»

Julia apretó los labios y miró a Caín.

«¿Qué? ¿Qué pasa ahora?» preguntó.

«No me siento bien dejando esa papelera llena en el despacho de Karl Rayburn». Miró el reloj. «Son las ocho y media. Tenemos tiempo de subir y vaciarla».

Cain negó con la cabeza. «¡No pienso volver aquí esta noche!».

«Me llevaré la basura a casa. Vamos, no tardaremos ni un minuto».

Julia no tardó en arrepentirse de sus palabras. Cuando entraron en el despacho de Karl Rayburn unos minutos después, lo encontraron tendido en el suelo delante de su escritorio.

Julia señaló con un dedo tembloroso la sangre que había manchado la parte delantera de su camisa. «No creo que esta vez esté dormido». Se arrodilló, le puso la mano en el cuello y le palpó el pulso de todos modos. Miró a Caín. «Está muerto».

Capítulo 10

Julia oyó un grito de angustia detrás de ella. Miró hacia la puerta y vio a Fred con la cara blanca, agarrándose el pecho. Se desplomó en el suelo.

Caín gritó: «¡Fred! No!» Corrió a su lado y se arrodilló. «¡Fred! ¡Abre los ojos! No te mueras!»

Julia se unió a ellos y buscó el pulso en el cuello de Fred. Aquello se estaba convirtiendo en una costumbre. «Sigue vivo. Será mejor que llame a la policía. Quédate con Fred». Se enderezó y sacó el teléfono. Hizo las llamadas necesarias y luego volvió para ver cómo estaba Fred.

Caín tenía la mano apoyada en el costado de la mejilla arrugada de Fred. Le estaba murmurando algo al viejo, pero Julia no pudo entenderlo. Julia tocó a Caín en el hombro. «Creo que está volviendo en sí, sus ojos empiezan a abrirse».

Los párpados de Fred parpadearon mientras intentaba abrirlos. Caín dijo: «Fred, estamos aquí. Todo va a ir bien».

Fred abrió los ojos. Miró a Caín y luego a Julia. «¿Qué hago en el suelo? ¿Me he tropezado con algo? Caín, pareces muy preocupado. ¿Qué te pasa?»

Caín cogió una de las manos de Fred. A Julia le conmovió su preocupación por el anciano. Caín dijo: «Te has desmayado».

«¿Me desmayé? ¿Por qué iba a hacerlo? No soy de los que se desmayan».

Caín señaló con la cabeza hacia el cuerpo inmóvil que yacía a unos metros de distancia. «Es porque has visto el cuerpo asesinado y ensangrentado de Karl Rayburn».

«¡Oh!» Los párpados de Fred empezaron a agitarse. «¡Oh!»

Julia le dijo a Caín que ayudara a Fred a ponerse en pie. Con su ayuda, lo hizo. Lo condujeron a un conjunto de pupitres cercanos y lo bajaron al asiento más próximo. A petición de Julia, Caín corrió a la fuente de agua para traerle algo de beber a Fred.

Julia se sentó frente a Fred. «¿Estás bien? Te has llevado un buen susto».

«Vosotros también», respondió Fred. «¿Está muerto de verdad? ¿De verdad está tumbado en la alfombra?». Fred tragó saliva. «¿Era realmente sangre lo que vi?».

Julia asintió. «Me temo que sí. He llamado a la policía y a una ambulancia».

«¿No es demasiado tarde para una ambulancia?».

«Les he telefoneado para que te atiendan».

Caín volvió con un vaso de agua y se lo dio a Fred. «¡Pensábamos que estabas muerto! Te

pusiste blanco y caíste al suelo como un saco de patatas. ¿Verdad, Julia?»

Julia asintió. «Creo que Fred ya está bien, Caín. ¿Puedes sentarte con él mientras espero a la policía?».

A Fred le tembló la mano cuando se llevó el vaso de papel a los labios. Dio un pequeño sorbo y bajó la taza. «¿No debería estar abajo esperando a la policía? Al fin y al cabo, soy el guardia de seguridad». Miró rápidamente hacia el despacho de Karl Rayburn y luego hacia atrás. «No soy un gran guardia de seguridad. Pobre Sr. Rayburn».

Julia se levantó y dijo: «Le he dicho a la policía en qué planta estábamos, estoy segura de que nos encontrarán».

Fred negó con la cabeza. «Pero no podrán entrar. Cerré las puertas principales antes de subir. El personal conoce el código para desbloquear las puertas, hay un pequeño panel de seguridad en el interior y el exterior de las puertas. Pero cerré las puertas porque pensé que todo el mundo se había ido». Dio otro sorbo a su agua e intentó ponerse en pie. Se le escapó un crujido al enderezarse.

Caín se levantó y puso la mano bajo el codo de Fred. «Iré contigo. Pásame tu taza, yo la llevaré».

«Gracias», dijo Fred, con lágrimas en los ojos. «No puedo creer que el señor Rayburn esté muerto. ¿Quién querría matarlo?»

«Eso lo averiguará la policía», le dijo Julia. «Caín, cuando lleguen los de la ambulancia asegúrate de que miran a Fred».

«Pero si estoy bien», dijo Fred mientras se enderezaba un poco más. Otro crujido surgió de alguna parte de su cuerpo.

«Me aseguraré de que le miren», le aseguró Caín. Condujo a Fred hacia las puertas del ascensor.

Cuando se hubieron marchado, Julia entró en el despacho de Karl Rayburn. Miró el cadáver más de cerca. Le habían clavado algo en el pecho. Miró aún más de cerca. La herida era estrecha.

Echó un vistazo al despacho. Todo parecía igual que antes, nada se había tirado al suelo en un forcejeo. ¿Significaba eso que Karl conocía a su asesino? ¿Habían entrado en su despacho y luego le habían apuñalado? Karl estaba tumbado delante de su escritorio, así que quizá se había acercado a su visitante por alguna razón. ¿Para hablar en privado?

Julia miró la papelería que había bajo el escritorio. Sabía que no debía tocar nada. Le picaban las manos, como si le dijeran que siguiera adelante. Se las llevó a la espalda para evitar la tentación.

Caminó hacia el otro lado del escritorio. Mira qué papeles tenía sobre la mesa. Detalles sobre la entrevista de Joe. Hmmm. Y mira esas notas adhesivas de encima. Julia no podía ver lo que había escrito en ellas, así que se acercó a los papeles. Las notas adhesivas tenían un par de comentarios: «¿Reclamación de gastos?», «¿Control del tiempo?», «¿Jugador de equipo?».

Julia frunció el ceño. ¿Esas notas se referían a Joe? ¿Había algún problema con su rendimiento en el trabajo? ¿Por eso no le dieron el trabajo? Había más notas debajo. Las manos de Julia la traicionaron y empezaron a moverse hacia los papeles.

«Yo no haría eso, Srta. Blake», la sobresaltó una voz fría. Inmediatamente supo a quién pertenecía.

Miró hacia el hombre alto y delgado que estaba en la puerta. Intentó sonreír. «Hola, inspector Clarke. Me preguntaba si serías tú quien había aparecido. ¿Eres el único que se ocupa de casos de asesinato?». Su sonrisa murió ante la mirada fulminante del inspector.

«Señorita Blake, ¿es usted la única en esta ciudad que descubre cadáveres? ¿Tengo que

preguntarte qué haces aquí?

«Estoy cubriendo unos trabajos de limpieza para una amiga mía, Ellen Parks, le daré todos los detalles si quiere».

La inspectora Clarke levantó una mano. «Uno de mis agentes te tomará declaración completa en breve. Sin duda tendrás mucho que decir. Por ahora, me gustaría que te alejaras de esta escena del crimen, ya la has contaminado».

Julia asintió y empezó a alejarse lentamente del escritorio. «Lo siento, estaba vigilando al señor Rayburn».

«¿Por qué? No va a ir a ninguna parte. Siéntate y guarda silencio. Pronto enviaré a un agente». Sus ojos azules la fulminaron con la mirada. «Ni se te ocurra hacerme preguntas».

Julia apretó los labios y asintió. Se deslizó hasta el banco de pupitres más cercano y se sentó. Suspiró para sus adentros. Había descubierto otro cadáver asesinado. Tal vez Caín tuviera razón, tal vez estuviera maldita.

Una cosa era cierta: iba a dejar que la policía se ocupara de la investigación del asesinato. No iba a implicarse en absoluto.

Capítulo 11

Caín estaba lleno de parloteo cuando Julia lo recogió a la mañana siguiente.

«¿Nunca te sientes cansado?» le preguntó Julia mientras conducían.

«La verdad es que no, siempre me duermo a los pocos minutos de meterme en la cama. ¿Tú no?»

Julia negó con la cabeza. «No podía dejar de pensar en Karl Rayburn. Y la policía nos retuvo tanto tiempo en la oficina. Seguro que no les hacía falta».

Cain se rió. «¡Le dije al inspector Clarke que estabas maldito!».

«¿Y qué respondió a eso?»

«Sonrió y dijo que era él quien estaba maldito porque no paraba de cruzarse contigo. Es muy gracioso. ¿Te advirtió que te mantuvieras alejada de la investigación?»

«Siempre me dice lo mismo. Pero no voy a involucrarme. Esto no tiene nada que ver con nosotros». Julia entró en el aparcamiento de los Apartamentos Canalside y encontró sitio. «Espero que Joe esté bien. Hablaré un momento con él esta noche cuando vayamos a la oficina».

«¿Todavía podemos limpiar la oficina? Creía que la policía estaría por todas partes, buscando pistas».

Julia dijo: «El inspector Clarke me dejó un mensaje esta mañana. La policía debería haber terminado sus investigaciones iniciales a la hora de comer. Más tarde me lo dirá con seguridad».

Salieron del coche y recogieron sus cosas de limpieza. Se dirigieron al bloque de apartamentos y hacia el ascensor. Caín pulsó el botón de llamada.

«Julia, ¿quién crees que mató a Karl? Vimos salir a Lorraine poco después de las ocho, e Ivor salió un poco después que ella. Fuimos al sótano sobre las ocho y cuarto».

Julia levantó la mano. «No quiero hablar de eso. Esto no tiene nada que ver con nosotros». Entró en el ascensor y pulsó el botón de la planta seis. Caín se unió a ella y dijo: «¿Cuál crees que era el arma del crimen? Algo largo y afilado, creo. ¿Tenía Karl un abridor de sobres en la mesa? Se han utilizado antes para matar a gente».

«¿Cómo lo sabes? ¿Por la tele?»

«No, por mi tiempo dentro».

Se abrieron las puertas del ascensor y salieron. Julia preparó la llave para abrir la puerta del apartamento de su primer cliente. Ladeó la cabeza. «Hay alguien dentro, oigo algo».

Caín se acercó y tambiénladeó la cabeza. Levantó las cejas. «¡Ladrones! ¿Llamamos a la

policía?

«Todavía no». Julia abrió la puerta con la llave. Se preparó para ver quién estaba dentro. Puso una mano sobre el spray limpiador de limón y la otra empujó lentamente la puerta para abrirla.

«¡Hola!» gritó Joe desde el sofá. Cogió el mando a distancia y apagó la televisión. «Pensé que os vería esta mañana. ¿Qué haces con ese spray limpiador, Julia?».

«Nada». Julia volvió a meter el frasco en el bolso. «¿Qué haces en casa? ¿Estás enferma?»

«No». Joe se levantó. «La policía dijo a todo el mundo que se mantuviera alejado esta mañana. Han traído a unos forenses, o gente de la escena del crimen. Nos avisarán cuando podamos volver». Sacudió la cabeza. «No hay nadie allí para contestar a los teléfonos. Vamos a perder muchos negocios. A Karl no le hará ninguna gracia». Frunció el ceño. «Sigo olvidando que está muerto».

«Lo siento mucho», dijo Julia. «¿Erais buenos amigos?»

«Creía que lo éramos. Deja que te prepare una taza de té o de café. Estoy intentando encontrarle sentido a todo esto. La policía dice que tú encontraste el cadáver. Julia, ¿te importaría hablar de ello conmigo? No puedo asimilarlo. Necesito hablar de ello. ¿Te parece bien?»

Todos los pensamientos de no involucrarse en el caso salieron volando por la ventana cuando Julia miró la cara de preocupación de Joe. «De acuerdo. Una taza de té estaría bien. Empezaremos a limpiar».

Joe hizo un gesto con la mano. «Deja la limpieza, de todas formas no hace falta hacer mucho. Caín, ¿qué te apetece?»

«Un café, gracias. Con leche y dos de azúcar».

Joe asintió. «Creo que también tengo galletas por ahí. No tardaré nada».

Cuando hubo salido de la habitación, Julia le dijo a Caín: «No puedo venir aquí y no limpiar. Yo limpiaré un poco y tú podrás escuchar a Joe».

Caín negó con la cabeza. «Yo haré la limpieza. Tú puedes escuchar a Joe, se te da mejor hacer preguntas». Se dio un golpecito en un lado de la nariz. «Escucha en busca de pistas. Averigua quién quería acabar con Karl». Se dirigió hacia la ventana más cercana y sacó el plumero y el spray.

Julia se dirigió hacia el sofá. Sacó su propio plumero y le dio un rápido repaso a la mesa de cristal de Joe. Acomodó los cojines antes de sentarse. No se sentía bien sentada tomando té cuando debería estar limpiando.

Joe volvió unos minutos después. Llevó una taza a Caín, que se había ido a otra ventana. «Aquí tienes. He encontrado galletas, cómete todas las que quieras». Le entregó un paquete y se dirigió hacia Julia. Puso dos tazas sobre los posavasos que Julia acababa de desempolvar. «Bueno, Julia, ¿por dónde empezamos?»

A Julia le llamó la atención Caín, que estaba al otro lado de la sala. Se estaba dando golpecitos en la nariz con un gesto demasiado teatral. Julia volvió a centrar su atención en Joe. «¿Por qué no me dices a qué hora saliste del edificio anoche?».

Joe se frotó la nuca e hizo una mueca. «Ah. Esto va a ser difícil. La policía parece creer que fui la última persona que vio a Karl con vida. Sabes que no conseguí el trabajo para el que me entrevisté, te lo dije ayer».

Los pensamientos de Julia volaron hacia las notas adhesivas que había visto ayer en el despacho de Karl. «¿Averiguaste por qué no te dieron el trabajo?».

Joe arrugó la frente. «No. Karl fue muy directo conmigo en la entrevista, me hacía preguntas sobre mis gastos y si me llevaba bien con mi equipo. Tuve la sensación de que alguien le había contado algo sobre mí, algo que estaba afectando a mi entrevista. Anoche me quedé hasta tarde

porque quería preguntarle exactamente por qué no me habían dado el trabajo. Entré en su despacho sobre las ocho y cuarto. Estaba al teléfono discutiendo con alguien. Me hizo un gesto para que me fuera antes de que pudiera hablar. Estaba de tan mal humor que me pensé mejor enfrentarme a él por lo de mi entrevista». Se miró las rodillas. «Pensé que hoy hablaría con él de ello».

«¿Saliste entonces del despacho?» preguntó Julia.

Joe levantó la vista. «Sí, me fui enseguida. No vi a nadie más en la planta ocho. Pero ya sabes cómo es con todos esos tabiques, cualquiera podría haberse escondido detrás de uno de ellos».

Julia asintió. «Estaba con Fred y Cain en recepción cuando Lorraine se marchó pasadas las ocho».

«¿A las ocho?» interrumpió Joe. «Qué extraño. Se despidió de mí a las ocho menos diez. Iba a reunirse con unos amigos cerca de aquí a las ocho y recordé que pensé que, para variar, iba a llegar a tiempo. La vi entrar en el ascensor».

Julia frunció el ceño. «No se tarda ni diez minutos en llegar a la recepción. Me pregunto adónde habrá ido».

«¿Por qué no me lo preguntas tú misma?». La temperatura de la habitación cayó en picado cuando una Lorraine de aspecto furioso se dirigió hacia ellos.

Capítulo 12

Una gran bolsa colgaba del brazo de Lorraine. Su pie golpeaba con impaciencia el suelo de madera mientras lanzaba puñales de odio hacia Julia. Por el rabillo del ojo, Julia vio que Caín se escabullía hacia la cocina. Cobarde.

«¿Y bien?» ladró Lorraine. «¿Qué está pasando aquí?» Sin apartar los ojos de Julia, dijo: «Joe, ¿qué hace esta mujer aquí?».

Joe se levantó y se acercó a Lorraine con las manos en alto. «Cálmate, amor. Recuerda lo que dijo el médico sobre el estrés. Julia siempre viene aquí los miércoles. Caín también está aquí. En algún sitio».

«¿Qué hace sentada en el sofá? Eso no me parece trabajo de limpieza». Su mirada se dirigió hacia la mesa de cristal. «¿Está tomando algo? Esto no es una cafetería». Señaló a Julia. «He oído hablar de limpiadoras como tú. Vas a casa de la gente, te bebes su té y te comes todas sus galletas. ¡Apenas pasas un plumero por encima de nada! Joe, creo que deberías despedirla. Supe que no era buena en cuanto la vi».

Joe rodeó a Lorraine con el brazo. «Cálmate, Lorraine. Le pedí a Julia que se sentara. Fui yo quien insistió en que se tomara una taza de té. Nunca despediría a Julia, hace un trabajo increíble».

Lorraine resopló. «A mí no me lo parece. ¿Por qué necesitabas hablar con ella? Sabías que iba para allá. Puedes hablar conmigo de cualquier cosa». Por fin apartó su atención de Julia y la dirigió hacia Joe. «Sabes que puedes hablar conmigo de cualquier cosa, ¿verdad? No deberíamos guardarnos secretos».

Joe le quitó la mano de los hombros. «Estaba hablando con Julia de lo que pasó anoche».

«¿Dónde?» preguntó Lorraine.

«En la oficina», dijo Joe. «Cuando murió Karl».

«Ah, él. ¿Qué le has estado diciendo?»

Julia se levantó. Había sido educada dentro de las oficinas de Seguros Inkwell por el bien de Ellen. Pero se trataba de su propio negocio de limpieza, no tenía por qué aguantar este tipo de comportamiento. En tono frío, Julia dijo: «Lo que hemos hablado no es asunto tuyo. Si no puedes hablarme civilizadamente, por favor, no me hables. Joe, seguiré con el resto de la limpieza». Hizo ademán de marcharse.

Joe dio un paso adelante. «Julia, espera. Estoy segura de que Lorraine no quería hablarte así.

Está muy sensible en este momento».

Lorraine dijo: «No me pongas excusas, Joe. Hablaré con la empleada como me plazca».

Julia sintió que le subía la ira. Intentando mantener la calma, respondió: «No soy tu empleada. No me hablarás así».

Lorraine rompió a llorar inmediatamente. Joe volvió a su lado en un segundo. «Hola», le dijo mientras la rodeaba con los brazos. «Sabía que todo este estrés te estaba afectando. Ven y siéntate». La condujo hacia el sofá y la ayudó a sentarse. Una lágrima rodó por la mejilla perfectamente maquillada de Lorraine.

Julia sintió que la culpabilidad la apuñalaba. «Lo siento mucho. No pretendía disgustarte».

Lorraine metió la mano en el bolso y sacó un paquete de pañuelos. Sacó uno y se secó delicadamente los ojos. «No es por ti. No me importa lo que pienses de mí. Joe tiene razón, soy muy emocional». Sonrió a Joe y puso una mano sobre su vientre plano. «Bueno, lo sería, ¿no? En mi estado».

Julia sintió la imperiosa necesidad de sentarse.

Lorraine sonrió a Julia, pero no era una sonrisa amistosa. «¿Te lo ha dicho Joe? Vamos a tener un bebé».

Julia miró el vientre plano de Lorraine y luego a Joe. ¿Era su imaginación o el ojo izquierdo de Joe se movía ligeramente?

Joe soltó una pequeña carcajada y dijo: «¡Sí, ha sido toda una sorpresa para nosotros! No llevamos mucho tiempo saliendo».

Lorraine se acercó aún más a Joe. Pronto se sentaría en su regazo. «Pero es una sorpresa encantadora, ¿verdad? Creo que fue una bendición disfrazada que no consiguieras ese trabajo en Hong Kong». Echó un vistazo al apartamento. «Probablemente me mude durante un tiempo para que puedas cuidar de mí. Habrá que hacer algunos cambios. Esos horribles carteles tendrán que desaparecer». Su mirada se posó en Julia, y su boca se curvó en una sonrisa burlona. «También habrá otros cambios».

Julia se estremeció ligeramente. Algo estaba pasando. Joe no parecía nada contento con el bebé. Había un brillo calculador en los ojos de Lorraine que a Julia no le gustó nada. Decidió cambiar de tema. «Volviendo a anoche, te vi salir del edificio poco después de las ocho. Joe te vio dirigirte al ascensor a las ocho menos diez. ¿Por qué tardaste tanto en llegar a la planta baja? ¿Fuiste a algún otro sitio entre medias?».

Lorraine jadeó y se llevó una mano al pecho. «¡Perdona! ¿Qué demonios tiene eso que ver contigo? ¡Joe! ¿Te puedes creer lo que acaba de decir?»

Julia no pudo leer la expresión de Joe. Se volvió hacia Lorraine y le dijo: «A mí también me gustaría saberlo. ¿Qué le dijiste a la policía?»

Los ojos de Lorraine se entrecerraron. «Si quieres saberlo, bajé al lavabo de señoras de la planta cuatro para volver a maquillarme. El baño de señoras de allí es mucho más bonito que el nuestro».

Julia tomó nota mentalmente de que esa noche iría al baño de señoras de la planta cuatro. Iba a hacer otra pregunta cuando llamaron a la puerta. Julia reconoció el golpe e inmediatamente se levantó. Caín también debió de reconocer el golpe, porque entró corriendo en la habitación diciendo que había terminado de limpiar la cocina y el cuarto de baño.

Julia se apresuró a decir: «¡Es hora de irnos! Nos pondremos al día más tarde. Yo abriré la puerta al salir». Corrió hacia la puerta y la abrió, con una sonrisa preparada en el rostro. «Buenos días, inspectora Clarke. No podemos quedarnos a charlar. Tenemos trabajo que hacer. Vamos, Cain».

Cain sonrió a la inspectora mientras seguía a Julia fuera del piso de Joe y hacia el tramo de escaleras que conducía al piso de su siguiente cliente.

Cuando estaban a mitad de camino, Julia susurró: «¡Ha estado cerca! ¡Rápido! Puede que nos persiga».

Caín se rió. «¿Oíste lo que dijo cuando pasaste corriendo a su lado? Dijo algo de que la maldición había vuelto a golpear. Es muy gracioso».

«Es divertidísimo», añadió Julia secamente.

Capítulo 13

Julia necesitaba mucho té y café para aguantar el día. Caín tenía la juventud de su parte. Julia recordaba vagamente aquella sensación de tener energía ilimitada.

Mientras se alejaban de su último trabajo, Caín dijo: «¿Deberíamos haber limpiado hoy el apartamento de Joe? Podría haber estado destruyendo pruebas vitales».

«¿Qué tipo de pruebas? ¿Y por qué crees que habría pruebas en casa de Joe?».

«Es sospechoso», señaló Cain. «Oíste lo que dijo, fue el último que vio a Karl con vida».

«Aparte del asesino. El asesino siempre es el último en ver a la víctima con vida». Julia lanzó una rápida mirada a Caín. «¿Qué estás pensando?»

«Joe podría ser el asesino. Ya hemos tratado suficientes casos de asesinato como para saber que la gente miente. Admitió que fue al despacho de Karl para enfrentarse a él por la entrevista. Podrían haber discutido y Joe podría haber apuñalado a Karl con algo».

Julia suspiró. «Tienes razón». Giró a la derecha y se incorporó a la carretera principal de Leeds. «Pero no olvides que Lorraine estuvo supuestamente en el servicio de señoras unos diez o quince minutos. ¿O no la oíste decírnoslo a Joe y a mí?».

«Oí lo que dijo, tiene una voz fuerte. También es sospechosa, pero no sé por qué querría matar a Karl. Tendremos que profundizar en eso».

Julia aminoró la marcha al acercarse a una cola de tráfico. «No quiero profundizar. Vamos a dejar esta investigación en manos de la policía».

Cain prosiguió: «Y no te olvides de Ivor. Le vimos salir a las ocho y diez, después fuimos al sótano y Fred hizo su ronda. Ivor podría haber vuelto al edificio, colarse en el ascensor y luego dirigirse al despacho de Karl».

Julia se detuvo al final de la cola. Miró a Caín. «¿Y por qué iba Ivor a matar a Karl?».

«Aún no estoy seguro. Quizá Ivor quiere el trabajo de Karl. Quizá discutieron sobre la entrevista de Joe. Ya oíste lo que dijo Ivor de que Joe iba a conseguir el trabajo, creía que Joe lo iba a conseguir sin duda».

Julia se volvió hacia el parabrisas. La cola empezó a avanzar. «Caín, no tiene nada que ver con nosotros. Pronto estaremos en Leeds. Ojalá. Comeremos algo rápido antes de ir a la oficina. Espero que Fred esté bien. Anoche se llevó un buen susto».

«Probablemente no trabajará», dijo Cain. «¿Podemos ir a por una pizza?»

Todo pensamiento de comer sano huyó de la mente de Julia. De todos modos, estaba

demasiado cansada para comer una ensalada, tanto crujir y masticar era demasiado esfuerzo. Pensó que comer pizza supondría menos esfuerzo. «Sí, eso haremos».

Una hora más tarde se dirigieron a la oficina. Julia tiró de la cintura de los vaqueros, ya se estaba arrepintiendo de haber elegido una pizza rellena. Pero había estado deliciosa.

Caín pasó zumbando por la puerta giratoria, Julia avanzó a trompicones detrás de él. Se cruzó con Caín al otro lado de la puerta. «Apártate, Cain -gruñó.

Caín miraba fijamente hacia delante. Siseó por un lado de la boca: «¡Julia! Es Fred. Esta noche trabaja. Mírale la cara, parece mayor».

Julia miró hacia la recepción. Fred estaba sentado y miraba fijamente algo que tenía delante. Cain tenía razón, el anciano parecía aún más viejo. Julia sacudió la cabeza, disgustada. «No debería trabajar esta noche. La empresa debería haber contratado a otra persona. No está bien».

Cain y Julia se dirigieron al mostrador de recepción. Fred les dirigió una mirada cansada e intentó sonreír. «Hola a los dos. ¿Cómo estáis hoy? Anoche no pude pegar ojo. No podía quitarme de la cabeza la imagen del pobre señor Rayburn». Se removi6 en el asiento e hizo una mueca. «Creo que me hice daño en la espalda al desplomarme anoche».

El rostro de Julia se arrugó de preocupación. «¿No te examinó el personal de la ambulancia? No deberías trabajar esta noche».

«Puedo cuidarme sola. Ya he tenido problemas de espalda, el dolor desaparecerá pronto». Fred miró a izquierda y derecha antes de continuar. «Llamé antes desde casa para preguntar si podía tener la noche libre, pero no me dejaron. Hablé con la tal Lorraine Carver y me dijo que no tenían tiempo de conseguir a alguien que me cubriera. Añadió que no me pagarían si no iba».

«¿Quién la ha puesto al mando?» estalló Julia.

Fred se encogió de hombros. «De momento todo está en el aire. Creo que Ivor Walsall es el segundo al mando. Le vi en el despacho del señor Rayburn hace una media hora». A Fred le llamó la atención alguien que estaba detrás de ellos. Intentó levantarse.

Una voz de mujer le gritó: «No pasa nada, Fred. Sólo voy a su despacho a recoger algunos efectos personales».

Julia y Caín se giraron para mirar a la mujer. Era la misma mujer que Julia había visto con Ivor, la que ayer le había hablado por teléfono en el ascensor.

Fred apoyó las manos en el escritorio y se puso de pie. «Hola, señora Rayburn, siento mucho lo de su marido. Si hay algo que pueda hacer, dímelo».

La señora Rayburn agitó una mano enguantada hacia Fred. Se le entrecortó la voz al decir: «Gracias». Les dedicó a Julia y a Cain una sonrisa acuosa y se dirigió hacia el ascensor.

Julia compartió una mirada de sorpresa con Cain. Se volvió hacia Fred y le dijo en voz baja: «No sabía que era la señora Rayburn. La vi el otro día con Ivor Walsall. Pensé que era su novia».

Fred soltó una risita débil. «No, sólo son buenos amigos. ¿Te saco el carrito de la limpieza?».

Cain dijo: «¡Ya voy yo!» y corrió hacia la habitación detrás de Fred antes de que pudiera discutir.

Fred se acomodó en su asiento. Julia dijo: «¿Tienes analgésicos? Llevo muchos en el bolso».

«Ya me he tomado algo. No me pasará nada. Como te he dicho, ya he tenido problemas de espalda, desde mi gran accidente».

«¿Qué accidente?» preguntó Julia.

Los ojos de Fred parpadearon un instante y su rostro se retorció de dolor. Se tomó un momento para centrarse en Julia. «No importa. Ah, el joven Caín ha vuelto. Id vosotros dos. Puede que os vea más tarde».

Julia no quería dejarle, pero tenían trabajo de limpieza que hacer. De mala gana, siguió a Caín

hasta el ascensor.

En cuanto se cerraron las puertas del ascensor, Julia dijo: «¡Esto no me gusta! ¿Cómo se atreve Lorraine a hacer trabajar a Fred? Es evidente que le duele. Ni siquiera tenía fuerzas para hablar conmigo y ya sabes lo charlatán que suele ser».

Cain se cruzó de brazos y le dirigió una mirada cómplice. «Puede que Lorraine lo quiera cerca. ¿Y si mató a Karl y Fred vio algo? Algo que la incriminara». Movi6 las cejas para darle más efecto.

Julia se lo pensó. «O podría ser Ivor. Si es el segundo al mando, podría haberle dicho a Lorraine que se asegurara de que Fred viniera hoy. Quizá Fred haya visto algo que incrimine a Ivor». Compartió una mirada con Caín para ver si pensaba lo mismo. «Ahora tenemos un móvil para Ivor. Es posible que tenga una aventura con la mujer de Karl, podría haber matado a Karl para quitárselo de en medio».

«Ahora todo se está poniendo interesante, ¿verdad? ¿Seguro que no quieres implicarte? Podríamos hacer investigaciones discretas».

«No estoy segura». Las manos de Julia volaron hacia arriba y se cubrieron la cara. Dejó escapar un gemido cuando le asaltó un terrible pensamiento. Bajó las manos. «Si Fred vio algo, eso significa que su vida podría estar en peligro».

La cara de Caín se arrugó. «Eso es cierto. Julia, no dejes que le pase nada a Fred».

Capítulo 14

Julia y Caín salieron en la planta siete. Estaba completamente desierta. Caminaron hacia el primer grupo de pupitres. Caín levantó una papelera y dijo: «Aquí no hay mucha basura».

Julia asintió. «Joe dijo antes que la oficina estaba cerrada. Me pregunto a qué hora habrá entrado todo el mundo». Su atención fue captada por un movimiento en el extremo superior de la oficina. «Mira, Joe está ahí. ¿Vamos a hablar con él? ¿Nos aseguramos de que está bien?»

Caín vació rápidamente la papelera. «Sí. Puedes preguntarle por Ivor y su aventura con la mujer de Karl».

«No haré tal cosa», dijo Julia. «Sinceramente, Cain, a veces eres muy entrometido».

Las cejas de Cain se alzaron mientras seguía a Julia por el despacho.

Joe se levantó y los saludó con la mano cuando se acercaron. «Hola Julia, hola Caín. Se está tranquilo aquí esta noche, ¿verdad? La policía nos ha dejado volver a la oficina a las dos. Lorraine no está aquí. Me preocupaba su salud y la del bebé. Le dije que estaría mejor en casa».

Julia no quería hablar de Lorraine. Dijo: «Acabamos de encontrarnos con la Sra. Rayburn abajo. La vi el otro día hablando con Ivor».

Joe sacudió la cabeza con tristeza. «Pobre Olivia. Siempre decía que el trabajo mataría a Karl algún día. A menudo les oía discutir en su despacho. Decía que él anteponía el trabajo a ella y a su familia. Organizaba actos sociales para el final del día y luego entraba en el despacho de Karl porque él se había olvidado de ellos». Volvió a sacudir la cabeza. «Pobre Olivia».

En un tono demasiado informal, Julia dijo: «¿Cuando la vi con Ivor pensé que era su novia! Parecían muy unidos y el otro día la oí hablar con él por teléfono». Esperó la reacción de Joe.

Joe sonrió. «Así es Ivor. Ya le conoces, sabes lo ligón que es. Sólo es amigo de Olivia, nada más. Les he visto charlar a menudo cuando esperaba fuera del despacho de Karl».

«¿De qué charlan?» preguntó Julia.

Joe se encogió de hombros. «De lo de siempre, supongo. Aunque una vez oí a Ivor contarle a Olivia sus planes para esta empresa. Cree que podemos hacer mucho más para promocionarnos. Olivia estaba de acuerdo con él y dijo que mencionaría sus planes a Karl».

Julia asintió lentamente. Esto se estaba poniendo interesante. «¿Cómo se llevaban Ivor y Karl?»

Joe se cruzó de brazos y se apoyó en el escritorio. «Bien, supongo. Tenían sus discusiones. Karl tenía sus propias ideas sobre cómo debía dirigirse la empresa. No siempre estaba de acuerdo con Ivor. Pero así son los negocios, ¿no?».

«¿Quién manda ahora en la oficina?» preguntó Julia.

«Ivor. En este momento está en el despacho de Karl, revisando unos papeles».

«Así que Lorraine no está al mando. Hablamos con Fred cuando entramos. Dijo que había hablado antes con Lorraine por teléfono. Esperaba tomarse la tarde libre, pero ella insistió en que viniera».

Joe frunció el ceño. «Probablemente no pensaba con claridad. Vino a la oficina conmigo a las dos, pero entonces todo el mundo empezó a hablar de Karl y ella empezó a enfadarse. Le dije que se fuera a casa, pero dijo que se quedaría porque tenía algo que resolver. Pero se marchó unos treinta minutos después. ¿Está bien Fred? ¿Debería estar aquí? Todavía debe de estar en estado de shock después de ver a Karl así».

«Es más fuerte de lo que parece», dijo Caín en defensa de Fred. «Luego iremos a ver cómo está».

Julia dijo: «¿Cuánto tiempo llevaba Karl Rayburn trabajando aquí? ¿Hizo algún enemigo?»

Joe soltó una carcajada. «Todo el mundo se hace enemigos. Karl lleva en este lugar desde que dejó la escuela. Era ambicioso desde el principio, según el supervisor, Lenny, con quien trabajé cuando llegué. Lenny trabajó aquí tanto tiempo como Karl y decía que Karl siempre era el primero en llegar y el último en irse. Karl incluso descubrió algunos negocios dudosos que se estaban llevando a cabo con algunos de los representantes de ventas. Karl lo solucionó sin que el negocio se viera afectado. Después de aquello consiguió un gran ascenso».

«¿Qué tipo de negocios dudosos?» preguntó Julia.

Joe se encogió de hombros. «¿Quién sabe? Ocurrió hace mucho tiempo». Se pasó la mano por la frente y se apartó del escritorio. Bajó la voz: «Julia, necesito tu ayuda. La policía cree que soy sospechoso y que Lorraine también lo es. Yo puedo soportar las miradas de sospecha que me dirige todo el mundo, pero Lorraine no. ¿Puedes hacer algo? Ya has ayudado a la policía antes».

«No sé qué puedo hacer», admitió Julia. «Esto no tiene nada que ver conmigo, y la policía ya me ha dicho que me mantenga al margen de su investigación».

«Siempre se lo dicen», añadió Cain en tono de ayuda. «Pero ella nunca escucha».

«Bien. Julia, me preocupa Lorraine. Sé que se hace la dura, pero en realidad no lo es. ¿Puedes averiguar quién mató a Karl? ¿Averiguar quién le guardaba rencor?». Joe dejó escapar un suspiro cansado. «Cualquier cosa que acelere esta investigación sería de ayuda. Por favor». Su teléfono emitió un pitido. Leyó el mensaje. «Soy Ivor. Tengo que irme. Por favor, Julia, piénsatelo». Le dedicó una última sonrisa suplicante y se marchó.

En cuanto se perdió de vista, Caín dijo: «Parece que tenemos que investigar».

«Eso parece. Espero que Joe se dé cuenta de que yo también investigaré sus motivos». Julia suspiró. «No me gusta esto, Cain, no me gusta nada. Vamos, hagamos algo de limpieza, eso me distraerá de los sospechosos de asesinato».

Capítulo 15

Julia y Caín siguieron con su trabajo de limpieza, sin interrupciones, y pronto terminaron la planta siete.

Julia inspeccionó el cubo principal del carro de limpieza. «No hay mucha basura ahí dentro, no creo que necesitemos un viaje al sótano para vaciarlo».

A Caín se le cayó la cara de vergüenza. «Pero iba a ver cómo estaba Fred mientras tú estabas en el sótano».

Julia ladeó la cabeza al oír un ruido familiar. «Creo que oigo a Fred. Está resollando y crujiendo un poco más de lo habitual».

Fred apareció por la esquina. Agitó una mano en señal de saludo y caminó lentamente hacia ellos.

«¡Hola, Fred!» gritó Caín. «¿Te encuentras un poco mejor?

Fred se frotó la espalda. «Sí, me encuentro mejor. ¿Ha habido algún problema aquí arriba? ¿Algo que deba saber?

Julia negó con la cabeza. «Todo va bien». Lo miró más de cerca. No debería estar trabajando. Se le ocurrió una idea. «Fred, ¿te importaría que Caín te acompañara un rato? Siempre ha querido ser guardia de seguridad, le gustaría saber qué haces exactamente».

Caín la miró interrogante. Julia le miró con los ojos muy abiertos. Su mirada cambió entonces a una de comprensión. «¡Guardia de seguridad! Ése es mi sueño. A patrullar!»

Fred parecía sorprendido por el repentino entusiasmo de Caín. «No es tan emocionante, muchacho, pero eres bienvenido a dar una vuelta conmigo. Me gustaría tener compañía».

Caín miró a Julia. «¿Seguro que puedes arreglártelas sin mí?».

«Sí. Esta noche no hay tanto que hacer. Vete».

Vio cómo Fred y Caín bajaban juntos al despacho. Fred se tambaleó en un momento dado, pero la mano de Caín salió disparada y lo sostuvo. Julia dejó escapar un suspiro. Saber que Fred iba a estar cuidado durante un tiempo le quitaba un peso de encima.

Julia dirigió el carro de la limpieza hacia el ascensor y pronto salió a la planta ocho. Miró hacia el otro extremo de la oficina, hacia el despacho de Karl Rayburn. Podía distinguir las figuras de Ivor y Joe de pie a través de la puerta de cristal. Este último agitaba las manos. ¿Estaban discutiendo?

Julia empujó el carrito hacia el lado opuesto del despacho y lo aparcó junto a la mesa de Ivor.

Tras echar un rápido vistazo al despacho de Karl, Julia se sentó junto a la mesa de Ivor. El tabique que rodeaba su mesa impedía que la vieran desde el despacho de Karl si agachaba la cabeza. También significaba que cualquiera que estuviera sentado allí no podía ver el despacho de Karl. Eso llevó a Julia a la conclusión de que Karl podría haber sido asesinado en su despacho mientras Ivor estaba aquí sentado, felizmente inconsciente.

A Julia le llamaron la atención unos folletos que sobresalían de una bandeja. Los sacó. Folletos de casas de vacaciones y coches nuevos. ¿Esperaba Ivor algún tipo de promoción en breve? Julia devolvió los folletos a su sitio y se levantó. Ivor se había instalado rápidamente en el despacho de Karl. Recordó que ayer había salido del despacho a las ocho y diez minutos, pero podría haber vuelto a entrar a hurtadillas y enfrentarse a Karl, y luego matarlo.

Sacudió la cabeza y se dio la vuelta. Había algo en Ivor Walsall que no le inspiraba confianza. Su sonrisa estaba demasiado preparada y su encanto era demasiado aceitoso.

Julia empezó a vaciar las papeleras. Al igual que los de la planta siete, los de la planta ocho no estaban muy llenos. Se dirigió, cubo a cubo, hacia el despacho de Karl. La puerta estaba entreabierta y Julia no pudo evitar oír lo que se decía dentro.

Ivor dijo con firmeza: «Joe, sabes que no puedes irte ahora. La empresa te necesita, y yo también. Y no te olvides de Lorraine».

La voz de Joe se hizo más fuerte al responder: «¡Lorraine! ¡Claro que no puedo olvidarme de Lorraine! No hace falta que me lo recuerdes. Ivor, ¡me prometiste ese trabajo en Hong Kong! Dijiste que era perfecta para ello. Dijiste que...»

Ivor le cortó: «Las cosas cambian, Joe, hay que adaptarse a los cambios. No quiero seguir hablando de esto. Lo siento mucho, pero no puedo hacer nada. Ahora, si no te importa, tengo mucho trabajo que hacer».

«¡Muy bien!» espetó Joe. Se abalanzó sobre Julia con la cara roja y los puños apretados. Julia nunca había visto a Joe tan enfadado, normalmente era tan tranquilo.

Julia recogió el último cubo. Se le pasó por la cabeza una idea terrible. ¿Había matado Joe a Karl porque no había conseguido el trabajo de Hong Kong? ¿Creía Joe que conseguiría el trabajo cuando Ivor se hiciera cargo? Si era así, ¿planeaba Joe acabar también con Ivor?

Seguro que no. Joe no era así en absoluto. Julia vació la última papeleras y la volvió a colocar junto al escritorio derecho. Empujó el carrito a un lado y se dirigió al armario donde guardaba el aspirador.

Caín corrió a su lado. «¡Hola! ¡Qué buena idea la tuya! Pude echar un buen vistazo a la oficina y vigilar a Fred al mismo tiempo. He echado un vistazo rápido a los aseos de señoras de la cuarta planta, son iguales que los demás. Menos mal que estaba allí con Fred, ¡estuvo a punto de caerse varias veces! Se tambalea mucho».

Julia tiró de la aspiradora hacia ella. «¿Dónde está ahora?

«En la recepción. Está sentado. Le he traído una taza de té de la cantina. Tienen una de esas máquinas expendedoras. Puedo traerte una taza si quieres».

Julia arrugó la nariz. «No, gracias, ya he probado esa máquina antes. Prefiero prescindir de ella». Hizo una pausa en sus acciones y miró a Caín. «¿Tienes algo más que decirme? Tienes los ojos muy abiertos».

Caín miró arriba y abajo del despacho. Se acercó un paso más a Julia y dijo: «Fred me contó algo sobre Karl y Olivia. Fred les oyó discutir muchas veces en el despacho de Karl. Olivia solía acusar a Karl de trabajar demasiadas horas, de no estar nunca para ella y los niños. Eso también nos lo contó Joe. Fred decía que Karl le contestaba que tenía que trabajar muchas horas y que tendrían todo el tiempo que necesitaran cuando él se jubilara». Cain hizo una pausa para

conseguir un efecto dramático. «Y Olivia dijo que si Karl seguía a este ritmo, nunca se jubilaría, que lo más probable es que muriera en el trabajo o que ella lo mataría de frustración». Caín asintió ante la expresión de asombro de Julia. «Se lo dijo la semana pasada. Y hay más. Fred admitió que a menudo veía a Olivia e Ivor charlando juntos en la mesa de Ivor mientras ella esperaba a que Karl terminara de trabajar. Fred les vio mirando folletos de vacaciones la semana pasada. Fred no cree que haya nada raro entre Olivia e Ivor, pero yo no estoy tan seguro. ¿Qué te parece?»

Julia miró la aspiradora y frunció el ceño. «Yo sí creo que Olivia e Ivor tienen una relación estrecha». Volvió a mirar a Caín. «No estoy segura de que tengan una relación romántica, pero sin duda hay algo ahí. Y creo que tiene algo que ver con la muerte de Karl».

Caín asintió. «¿Qué vamos a hacer al respecto?».

Julia miró hacia el despacho de Karl. Ivor estaba sentado ante el escritorio, con la cabeza entre las manos. Julia dijo: «Tengo una idea».

Capítulo 16

Julia le pasó el aspirador a Caín y le pidió que empezara por el otro extremo del despacho. Caín así lo hizo. Julia se acercó al despacho de Karl y llamó a la puerta entreabierta. Ivor levantó la vista. Julia se sorprendió al ver su aspecto cansado.

«Perdona que te moleste, ¿podría vaciarte la papelerera?». preguntó Julia.

Ivor le dedicó una débil sonrisa. «Por supuesto. No sabía que era tan tarde». Metió la mano bajo el escritorio y sacó la papelerera. Se la entregó. «¿Cómo estáis Caín y tú? Debe de haber sido un shock encontrar a Karl ayer».

Julia cogió la papelerera. «Fue un shock. ¿Cómo lo lleváis todos?

«Algunos lo llevan mejor que otros. No esperarás que se produzca un asesinato en tu propio despacho, ¿verdad?». Echó un vistazo al escritorio de Karl. «Hay mucho que resolver, no sabía que Karl hiciera tantas cosas. Ni siquiera estoy segura de ir a casa esta noche».

Julia puso en marcha su plan. «¿Recuerdas que me pediste un presupuesto de limpieza?».

El ceño de Ivor se arrugó. «¿Lo hice?»

«Sí. Puedo darte un presupuesto. Si sigues interesada. Tendría que ir a tu casa y echar un vistazo a las habitaciones». Julia sintió una punzada de culpabilidad cuando la mentira salió de su boca. Luego se recordó a sí misma que Ivor podía ser un asesino.

Ivor le dedicó una sonrisa de agradecimiento que envió otra punzada de culpabilidad al corazón de Julia. «¿De verdad? Sería maravilloso. Te daré mi dirección. ¿Cuándo crees que podrías ir?».

«¿Mañana? Necesitaría una llave de repuesto, si te parece bien».

Ivor se levantó y metió la mano en el bolsillo. Sacó un manojo de llaves y extrajo una para Julia. Escribió su dirección en un papel y se lo entregó a Julia. «Muchas gracias por esto. Eres muy amable».

Julia sintió que se le calentaban las mejillas. «No es nada». Miró la papelerera que tenía en las manos. «¿Es la misma basura de ayer? Ayer no pude vaciar el cubo de Karl».

Ivor negó con la cabeza. «No, la policía se llevó el contenido del cubo de Karl. Ese inspector, el inspector Clarke, me interrogó detalladamente sobre mis movimientos. ¿Conoces al inspector Clarke?

«Nos conocemos». Julia sonrió rápidamente a Ivor y dijo: «Será mejor que me ponga en marcha. ¿Quieres que pasemos la aspiradora? Caín está trabajando en la oficina».

Ivor hizo una mueca. «Diré que no, tengo que hacer unas llamadas difíciles». En el momento justo, sonó el teléfono. Cuando Julia salió de la habitación, oyó que Ivor decía: «Hola. No, claro que no es inconveniente, Olivia, estoy aquí por ti».

Julia se acercó al carrito y se aseguró de estar de espaldas al despacho de Karl mientras vaciaba la papelerera que Ivor acababa de darle. No quería que Ivor la viera rebuscando en su basura. Arrugó la nariz al inspeccionar rápidamente el contenido. Sólo papeleo aburrido. Volvió rápidamente al despacho de la esquina y guardó la papelerera. Ivor estaba cerca de la ventana, hablando por teléfono. «Vale, nos vemos dentro de veinte minutos. Lo sé, lo entiendo».

Cain acercó la aspiradora e indicó con la cabeza hacia el despacho de Karl. Julia negó con la cabeza y Cain apagó la máquina.

Julia caminó con Caín hasta el armario donde guardaba la aspiradora. Mientras Caín guardaba la aspiradora, Julia le habló de ir a ver la casa de Ivor. Caín asintió y dijo: «Eso sí que es ir a escondidas».

«Lo sé. Me siento muy culpable. Probablemente acabaré ofreciéndome a hacerle la limpieza gratis».

Cain cerró el armario. «A menos que Ivor resulte ser quien mató a Karl».

«Exacto. Entonces podrá hacer su propia limpieza». Julia hizo una pausa y añadió: «Claro que entonces estará en la cárcel. En la cárcel podrá hacer su propia limpieza. ¿Estás listo para ir al sótano o vas a acobardarte otra vez?».

Caín cuadró sus delgados hombros. «Estoy preparado para enfrentarme a mis miedos». Extendió el brazo. «Después de ti».

Caín se quedó dos pasos detrás de Julia mientras se dirigían al sótano. Se quedó junto a las puertas del ascensor mientras Julia empujaba el carrito de la limpieza por el suelo del sótano. Le gritó por encima del hombro: «¡No puedes enfrentarte a tus miedos desde ahí!».

Caín dio un par de pasos vacilantes hacia delante. «Me enfrento a ellos ahora mismo, gracias».

Julia soltó una carcajada y vació la papelerera del carrito. Ladeó la cabeza. No oía ningún chirrido. Quizá las ratas vampiro estaban durmiendo.

Julia miró en dirección a los archivadores metálicos. Recordó lo que Joe había dicho sobre unos representantes de ventas poco fiables del pasado de Karl. ¿Podría haber vuelto uno de ellos a la vida de Karl recientemente? ¿Quizá el vendedor tenía información sobre el pasado de Karl? ¿Quizá el representante quería chantajear a Karl y se pelearon por ello?

Julia gritó cuando alguien le tocó el hombro. Caín dijo: «¿Estás bien? Estabas mirando algo. ¿Era una rata?»

Julia señaló con la cabeza hacia el otro extremo del sótano. «No me importaría echar un vistazo a algunos de esos viejos archivos. Quiero saber de qué hablaba Joe antes, mencionó algún tipo de negocio dudoso».

«¿Crees que podría tener algo que ver con el asesinato de Karl?».

Julia se encogió de hombros. «No lo sé. Creo que mi imaginación se está volviendo loca con las ideas». Se le escapó un bostezo repentino. «¡Estoy demasiado cansada para pensar con claridad!».

Cain dijo: «No hace falta que busques en archivos polvorientos, puedes hacerlo en Internet. Si hay algo sospechoso sobre Karl, o sobre esta empresa, estará en Internet».

Julia asintió. «Tienes razón. Vamos, es hora de volver a casa».

Cain apretó los labios, una mirada decidida apareció en su rostro. «Quizá deberíamos adentrarnos más en este sótano y mirar los archivos ahora. Entonces sí que me enfrentaría a mis miedos».

Julia dio un bostezo fingido y parpadeó. «Esta noche no, gracias de todos modos». Puso la mano en el brazo de Caín y lo dirigió hacia las puertas del ascensor. Acababa de ver una rata enorme agachada a poca distancia de los pies de Caín. Y la rata había traído a dos amigos como compañía. Caín no necesitaba enfrentarse a sus miedos tan íntimamente.

Capítulo 17

Al día siguiente era jueves y Julia no pudo evitar bostezar mientras aparcaba delante de la casa de Caín. ¿Cuándo había envejecido tanto? Hace sólo unos años era capaz de hacer turnos dobles con facilidad. Miró a Caín con el ceño fruncido cuando entró en el coche, sin una sola arruga en su rostro juvenil.

«¡Hola!» Cain hizo una doble toma. «¿No dormiste nada anoche? Tienes un aspecto horrible».

Julia frunció aún más el ceño y entonces recordó las nuevas arrugas que le habían aparecido en la frente la semana pasada. Sonrió y dijo: «No, Caín, no dormí bien. No dejaba de soñar con ratas vampiro que perseguían al pobre Fred. ¿Cómo estás hoy?»

«¡Bien!» Cain se abrochó el cinturón. «Julia, ¿quieres montar a caballo cuando nos vayamos de vacaciones? También hay un club de jogging, salen a correr a medianoche. Puede que lo haga».

«¿Por qué querría alguien hacer footing a medianoche? Julia negó con la cabeza. «¿Por qué querría alguien hacer footing cuando está de vacaciones?».

«Tu padre va a dar clases de pintura, y también de cerámica. Puede que lo haga».

«Caín, sólo vamos una semana».

«Lo sé, pero quiero aprovechar al máximo cada segundo». Cain le sonrió.

A Julia le conmovió su entusiasmo y deseó parecerse más a él. No en lo del footing, claro, el footing era para los locos.

Cain dijo: «¿Hiciste algo de investigación anoche? ¿Investigaste en el oscuro y misterioso pasado de la aseguradora Inkwell?»

Julia negó con la cabeza. «No, simplemente no pude afrontarlo. En vez de eso, vi Midsomer Murders. Luego echaré un vistazo. Primero iremos a casa de Ivor. Está de camino a casa de nuestro primer cliente, así que no nos desviará mucho».

Caín se frotó las manos. «Estoy impaciente por empezar a revisar todas sus cosas. Seguro que encontramos millones de pistas».

Julia apartó la mirada de Caín. ¿En qué lo había convertido? De repente se sintió como Frankenstein con una nueva raza de monstruo, un tipo de monstruo detective que no dejaría piedra sin remover hasta llegar al fondo de un misterio.

Julia se puso en marcha en dirección a la casa de Ivor. Escuchó a Caín mientras le contaba con más detalle todo lo que iba a hacer en vacaciones. Anoche Julia había hablado con mamá, que le

confirmó que habían reservado todos los tratamientos de belleza: tratamientos faciales, sesiones de aromaterapia, manicuras, masajes. Incluso tendrían tiempo para apuntarse a un club de degustación de chocolate. Una semana no sería suficiente.

Julia se desvió de la carretera principal y entró en una tranquila calle arbolada. Comprobó los números de las casas mientras conducía lentamente por la calle.

Caín soltó un silbido bajo cuando se detuvieron frente a la casa unifamiliar de Ivor. «Ivor se lo ha montado bien», observó. «¿Cuántas habitaciones crees que tiene?».

«Tiene cuatro. Lo comprobé con él anoche».

La ceja izquierda de Caín se alzó. «Y vive aquí solo. ¿Para qué necesita cuatro dormitorios?»

Julia apagó el motor. «Eso es lo que vamos a averiguar».

Julia recogió la bolsa de la limpieza del maletero por costumbre, y luego la volvió a dejar en su sitio. «No necesitamos eso. Haré unas fotos con el móvil y luego prepararé un presupuesto». Puso mala cara. «Eso suena fatal, como si le estuviéramos espiando. Pero siempre hago fotos de las casas de los clientes, ellos saben que lo hago. Así es más fácil hacerles un presupuesto detallado. ¿Qué me pasa hoy? Normalmente no me siento tan culpable».

Caín la miró con sabiduría. «Puede que sea tu edad. Anoche estuve hablando de ti con tu padre y me dijo que últimamente has hecho demasiadas cosas. A tu edad ya no puedes abarcar tanto».

Julia levantó la barbilla. «¡Que sepas que estoy en la flor de la vida! Sígueme, es hora de ponerse cotilla».

Caín se rió mientras seguía a Julia por el camino de entrada pavimentado. Ella abrió la puerta principal y entró. Caín chocó con ella al entrar. Julia se hizo a un lado.

«Vaya, qué sitio tan estupendo. Me encanta», dijo Caín. «Me gusta el uso que hace Ivor del blanco y negro». Siguió avanzando por el pasillo. «Y me gusta que no tenga por ahí velas malolientes ni jarrones de flores inútiles. Es la casa de un hombre de verdad».

La nariz de Julia se arrugó ligeramente. «Y también huele así. No esperaba que tuviera tanto estilo. Por lo que he visto de Ivor, esperaba mucha piel de leopardo y estampados de mal gusto en la pared».

«¿Como una especie de palacio de la seducción?»

«Sí. ¿Crees que su coquetería es sólo una actuación?»

«Podría ser». Caín desapareció en una habitación a su derecha. Gritó: «Eh, Julia, quizá quieras ver esto».

Julia entró en la habitación. Un sabor amargo inundó su boca. «¡De verdad! ¡Mira todas esas mujeres! ¿Es necesario que tenga tantas fotos, y que sean tan grandes?».

Caín estaba inspeccionando las fotografías enmarcadas que se alineaban en tres paredes de la habitación. «Ivor sale en la mayoría de ellas. Deben de ser sus novias. Ha tenido muchas, ¿verdad? Y ha dado la vuelta al mundo».

Julia se cruzó de brazos. «Es como una especie de sala de trofeos. Es repugnante. Voy a echar un vistazo rápido por la casa y luego me iré». Se apretó más los brazos. «Ojalá me hubiera traído los guantes de goma, de repente esta casa parece muy mugrienta».

Julia dejó a Caín para estudiar más fotografías. Rápidamente recorrió el resto de la planta baja, sacando fotos a medida que avanzaba. No le aguardaban más sorpresas, el resto de la casa era bastante aburrido y obviamente carecía del toque femenino.

Con temor, Julia se preparó para subir. Si Ivor tenía ese horrendo muestrario de novias anteriores en el piso de abajo, ¿qué tendría en su dormitorio? Si encontraba el más mínimo indicio de algo que rozara... ni siquiera podía terminar de pensarlo. Pero si encontraba algo repugnante, saldría de allí en un microsegundo.

No tenía por qué preocuparse. El aburrido tema del blanco y negro continuaba en todas las habitaciones del piso de arriba. Estaba claro que la casa de Ivor necesitaba un buen pulido, pero estaba bastante ordenada, para ser un hombre que vivía solo.

Julia siguió haciendo fotos. Recordó la verdadera razón por la que estaba allí. Volvió al dormitorio principal. ¿Qué buscaba exactamente? ¿Pruebas de que Ivor tenía una aventura con Olivia? ¿Dónde encontraría esas pruebas? Julia echó un vistazo rápido al armario y a los cajones de Ivor. Se sintió sucia al hacerlo y se detuvo al cabo de un rato. No podía hacerlo, no estaba bien. Si Olivia era una visitante asidua, Julia no veía ningún signo de ello.

Estaba a punto de salir de la habitación cuando algo le llamó la atención. Había una papelerera al lado del cesto de la ropa sucia. Algo familiar sobresalía de la parte superior de la papelerera. Julia se acercó. Había visto antes aquel paquete de pastillas para dormir. Le vino la imagen. Había visto el mismo paquete cuando vació los cubos de la planta ocho el otro día. ¿El paquete de la oficina era de Ivor? Si era así, ¿por qué llevaba pastillas para dormir al trabajo?

De repente, Julia se llevó la mano al pecho. Karl parecía muy cansado cuando Julia lo vio el lunes. ¿Ivor le había puesto somníferos en la bebida? Julia recordó la conversación telefónica que Olivia había mantenido con Ivor cuando había estado en el ascensor con ella y Cain. Olivia había mencionado un plan. ¿Ese plan consistía en drogar a su marido para que fuera más fácil matarlo?

Julia apoyó la mano en un cajón cercano para estabilizar las piernas temblorosas. Tendría que decírselo a la inspectora Clarke. Podría no ser nada, pero también podría ser algo. Sabía que los somníferos eran de marca corriente, pero no dejaba de ser sospechoso que un paquete vacío hubiera aparecido en las oficinas de Inkwell's Insurance.

Julia cogió el teléfono. Caín entró corriendo en el dormitorio. Volvió a pasar el pulgar por encima del hombro. «Tienes que ver esto».

Capítulo 18

Julia siguió a Caín escaleras abajo y entró en la habitación con las fotografías. Caín estaba de pie junto a una, cerca del televisor. «¡Mira!»

Julia se acercó. «¿Es Lorraine?»

«¡Claro que sí! Y mira qué simpática está con Ivor».

Julia entrecerró los ojos. «Tiene el pelo un poco más corto. Al menos va completamente vestida, no como otras mujeres. Bien visto, Cain».

Caín se cruzó de brazos con orgullo. «Sabía que encontraría algo entre estas fotos». Bajó los brazos. «¡El bebé! El bebé de Lorraine. ¿Crees que podría ser de Ivor? No llevaba mucho tiempo saliendo con Joe antes de decirle que estaba embarazada».

«Me estás leyendo el pensamiento. Somos una pareja sospechosa, ¿verdad? Deja que te cuente lo que he encontrado arriba». Le habló del paquete vacío de somníferos. «¿Crees que debería llamar a la inspectora Clarke?»

«Sí. Es una pista. Puede que resulte inútil, pero a veces son las pequeñas cosas las que delatan a la gente».

Julia miró el teléfono de mala gana. «Pero sólo me preguntará qué hago en casa de Ivor y por qué estaba buscando en su papelería».

«Pero Ivor te pidió que le dieras un presupuesto, eso es bastante genuino», señaló Cain.

Julia hizo una mueca. «No sé si eres una buena o una mala influencia para mí. Vale, allá vamos». Julia telefoneó al inspector. Escuchó un momento. Se le iluminó la cara. «¡Es su servicio de contestador! No tengo que hablar con él». Le dejó un breve mensaje sobre los somníferos y terminó la llamada.

«No has dicho tu nombre», dijo Cain.

Julia guardó el teléfono. «Creo que sabrá que soy yo. Bien, creo que ya hemos visto todo lo que teníamos que ver. Fijaré un precio y telefonearé a Ivor más tarde. O podría hablar con él esta noche, cuando limpiemos la oficina. ¿Seguro que te parece bien venir conmigo otra vez? ¿No tienes otras cosas que hacer?».

«Estoy bien. He quedado con tu padre en el pub esta noche. Puedes dejarme allí más tarde, si no te importa». Le dedicó una sonrisa.

Julia negó con la cabeza. «No sé de dónde sacas tu energía».

Salieron de casa de Ivor y se dirigieron a la de su siguiente cliente.

Poco después, mientras Caín limpiaba los cristales, dijo: «No sabemos qué hacía Olivia en el momento del asesinato. Fred nos dijo que la gente tiene un código para volver a entrar en el edificio, ¿crees que Olivia conocía el código?».

«Es posible», Julia levantó la vista de su pulido. «Es una buena pregunta. Podría haberse colado y haber matado a su marido». Agitó el plumero hacia Caín. «Y el arma homicida era afilada y estrecha. ¿Te has fijado en los tacones de aguja que llevaba Olivia en los zapatos? Parecen lo bastante afilados como para matar a una persona».

«Lorraine lleva zapatos parecidos».

Julia se estremeció. «Qué manera tan horrible de morir». Volvió a sacar brillo. «Y probablemente un desperdicio de un buen par de zapatos si la sangre no sale».

«¿Puedes recordar qué par llevaban Olivia, o Lorraine, el martes? Podríamos comprobar su calzado la próxima vez que las veamos».

«No tengo ni idea de lo que llevaban. Caín, las mujeres tienen más de un par de zapatos. Que no vuelvas a verlas con un par determinado no significa que hayan apuñalado a alguien con ellos».

«Aunque es una posibilidad. ¿Son dos limpiezas más antes de comer? Me muero de hambre».

«Siempre estás hambrienta». Julia se acercó a los adornos de la repisa de la chimenea. «Como me has ayudado tanto esta semana, te llevaré a comer a un bar cercano. Puedes tomar lo que quieras».

Caín miró por encima del hombro, con los ojos muy abiertos. «¿Puedo comer lo que quiera?

«Cualquier cosa. Incluso un entrante y un postre». Julia sintió que el hambre se agitaba en su propia barriga. «Sólo faltan dos casas por terminar y luego iremos a un bonito pub que conozco».

«¡Genial!» Caín se volvió hacia las ventanas con renovado vigor.

Pronto terminaron a toda velocidad sus dos siguientes trabajos de limpieza. Julia volvió a admitir que Caín estaba haciendo más trabajo que ella, pero por una vez le dio igual. Estaba demasiado cansada para preocuparse.

Habían pasado dos horas cuando entraron en el aparcamiento del pub local. Caín se quedó con la boca abierta al mirar el enorme menú del aparcamiento. «¿Puedo pedir un filete? No. Tomaré un pastel de pollo. No. Me gusta el aspecto de esas salchichas y el pudín de Yorkshire. No. Hay demasiada variedad».

Julia sonrió. «¿Damos la vuelta y vamos a una bocatería?»

«No. Me decidiré en un minuto». Caín saltó del coche antes de que Julia hubiera apagado el motor.

«Espérame», corrió tras él. El olor a comida cocinada la golpeó en cuanto cruzó las puertas del bar. Tal vez una comida completa no fuera una buena idea cuando ya se sentía cansada. Tener la barriga llena siempre le daba sueño. Siempre podía tomarse un café con la comida para animarse.

Caín saltaba de un pie a otro. «¡Ooo! ¡También hay un asador! Mira qué comida tan caliente. No sé qué hacer».

Julia le cogió del codo y le llevó hasta una mesa. «El asado está delicioso. Puedes comer todo lo que quieras. Puedes comer pavo, ternera, jamón y gamón, si quieres. Y puedes comer patatas asadas, puré de patatas y patatas nuevas».

Caín se hundió en su asiento. «¿He muerto de verdad? ¿Soy realmente un fantasma y aún no me lo has dicho? Debo de estar en el cielo».

Julia se sentó frente a él. Se le retorció el corazón al mirar a Caín. Venir a comer fuera no debería ser un capricho para él, debería ser algo a lo que estuviera acostumbrado. Pobrecillo.

Una camarera sonriente apareció a su lado, con un bloc de notas en la mano. «Hola, ¿qué

desea?».

Caín se sentó más erguido y dijo: «Por favor, ¿podría probar el asado? Por favor. Si te parece bien. Gracias».

La camarera sonrió y asintió. «Por supuesto. Sube y sítete cuando estés lista». Se volvió hacia Julia.

Julia pidió lo mismo sabiendo que no disfrutaría de una ensalada si Caín estaba sentado frente a ella dándose un festín.

La camarera se alejó. Julia dijo: «Será mejor que vayamos juntos al asador. Te enseñaré lo que hay que hacer». Caín se levantó de un salto y caminó detrás de ella como un cachorro ansioso. Julia le enseñó cómo funcionaba el asador. Era sensata con sus propias raciones. No podía decir lo mismo de Caín.

Julia se alejó del asador y volvió hacia su mesa. Se quedó helada al ver a Ivor sentado al fondo del bar. Una mujer estaba apoyada en su hombro. Ivor la rodeaba con el brazo.

Caín se detuvo junto a Julia y miró en la misma dirección que ella. Siseó: «¡Es Olivia! ¡Míralos! ¡Son más que amigos! ¿Vas a hablar con ellos? ¿Hacerles saber que les has pillado in fraganti?». Bajó la mirada hacia su plato. «Iría contigo, pero alguien podría robarme la comida».

Julia volvió a su mesa, dejó el plato y dijo: «No tardaré nada».

Caín ya estaba sentado y atacaba un trozo de jamón.

Julia se dirigió hacia la mesa de Ivor. Éste debió de percibir su inminente llegada, porque apartó a Olivia e intentó parecer inocente.

«Hola Ivor, perdona que te moleste», empezó Julia. «He estado en tu casa esta mañana...».

«¿Quién es esa mujer?» espetó Olivia. «¿De qué va?»

Ivor levantó las manos en dirección a Olivia. «Es sólo una mujer de la limpieza, me está dando un presupuesto».

Olivia dirigió a Julia una mirada glacial. «Puedes hablar con el señor Walsall más tarde. Ahora está ocupado. Adiós».

Ivor dirigió a Julia una mirada de disculpa. «Lo siento. ¿Puedes ponerte en contacto conmigo más tarde?»

«Por supuesto». Julia supo cuándo la despedían. Miró rápidamente los zapatos de Olivia. Llevaba otra vez tacones de aguja, afilados tacones de aguja. ¿Olivia había matado a Karl?

Capítulo 19

Julia le pasó un pañuelo a Caín. «Tienes chocolate en la barbilla. Y aún tienes un poco de salsa en la nariz».

Caín se limpió la cara. Se recostó en la silla y se frotó la barriga. «Ha sido la comida más agradable que he comido en años. Gracias, Julia». Sonrió feliz.

«De nada.

La sonrisa de Caín se desvaneció al percibir el tono triste en la voz de Julia. «¿Qué te pasa? ¿Es por Olivia? No dejes que te afecte».

Julia soltó un suspiro. «Ya lo sé. Es sólo que algunas personas me hablan como si no importara porque soy una limpiadora. Es como si fuera invisible para ellos. Me habló de la misma manera que Lorraine».

«La gente así está tapando sus propias inseguridades. Les sube el ego ser desagradables con la gente. Pero eso demuestra una cosa: a Ivor le gusta cierto tipo de mujer. ¿Vas a decirle algo a Joe sobre la fotografía que vimos en casa de Ivor?».

«No. No quiero meterme en los asuntos de Ivor. Lo que esté pasando entre él y Lorraine no tiene nada que ver conmigo. Espera, está sonando mi teléfono. Espero que no sea el inspector Clarke».

Julia contestó al teléfono. Volvió a mirar a Caín y dijo: «Es Ellen. Quiere saber cómo nos hemos metido en la investigación de un asesinato».

Cain señaló la tarta de chocolate que Julia tenía a medio comer. «¿Has terminado con eso?

Julia le empujó el plato. Volvió su atención hacia Ellen y le preguntó cómo le iban las vacaciones.

«¡Fantásticas! Me lo estoy pasando muy bien. No se me ha levantado el plumero ni una sola vez desde que llegué. Bien, volvamos a Karl Rayburn. Cuéntamelo todo».

Julia charló con Ellen durante cinco minutos mientras Cain se acababa lo que quedaba de tarta. Julia terminó la llamada y dijo: «A Ellen le sorprende que piense que Olivia e Ivor podrían ser pareja, ya que a él le gusta que sus mujeres sean más jóvenes. No le sorprende que haya encontrado una foto de Ivor y Lorraine juntos. Siempre pensó que había algo raro entre ellos. Ellen cree que Ivor podría ser el padre del bebé porque Lorraine es lo bastante retorcida como para engañar al pobre Joe. No cree que Joe pueda ser capaz de asesinar porque parece demasiado amistoso». Julia hizo una pausa para respirar.

Cain intervino: «Ellen tiene muchas opiniones, ¿verdad? ¿Quieres ese chocolate con menta?». Julia le acercó el caramelo de menta de la sobremesa. «¿Quieres oír lo que ha dicho de Karl? Caín asintió y se metió el caramelo en la boca.

«Ellen dijo que Karl no parecía tener enemigos. Nunca oyó a nadie hablar mal de él. Pero le oyó varias veces en su despacho hablando en voz baja con alguien por teléfono y quedando en verse más tarde. Ellen dice que no hablaba con Olivia en esos momentos porque Olivia estaba al otro lado del despacho hablando con Ivor».

Cain sacudió la cabeza, disgustado. «Asuntos de oficina. ¿Quién sabe adónde conducirán? Me alegro de no trabajar en una oficina. No me gustaría que muchas mujeres me molestaran».

Julia se guardó la sonrisa. «De todos modos, esta conversación suave y la concertación de reuniones tuvieron lugar hace unos seis meses. Así que parece que Karl también tenía una aventura. Si lo mataron con un tacón de aguja, podríamos estar ante otra mujer que trabaja en la oficina. O a alguien relacionado con la oficina».

Cain asintió. «¿Vas a contarle a la inspectora Clarke esta nueva información?».

Julia hizo una mueca. «Supongo que tendré que hacerlo. Estoy demasiado llena para pensar en eso ahora. Es una pregunta tonta, pero ¿quieres comer algo más?».

Caín cogió el menú y lo escaneó. «Creo que estoy bien. Tengo que dejar sitio para mi té de después». Dejó el menú. «Gracias por traerme aquí. Me ha gustado mucho el asado. ¿Crees que tendrán cosas así cuando nos vayamos de vacaciones?».

Julia sonrió al ver su cara de esperanza. «Sí que tienen sitios para comer así donde vamos. Vamos, es hora de pasar a nuestro próximo trabajo». Se levantó y gimió. «Sabía que había comido demasiado».

Caín se levantó de un salto. «¡Yo también! Te echo una carrera hasta el coche».

Julia le dejó ganar. Volvió a pensar en Karl. La mujer misteriosa debía de ser alguien con quien trabajaba. Por lo que había oído de Karl, apenas salía de la oficina. ¿Se había enterado Olivia de su aventura? ¿O había algo más? No podía deshacerse de la persistente sensación de que se estaba perdiendo algo.

Capítulo 20

Fred les dedicó una sonrisa radiante cuando entraron en la recepción del edificio de Seguros Inkwell aquel mismo día.

Cain le devolvió la sonrisa. «Hoy tienes mejor aspecto, Fred.

«Me encuentro mejor. ¿Cómo estáis hoy?».

Cain le habló a Fred del asombroso asado que había comido.

Fred asintió. «Parece como si necesitarais engordar». Dirigió su atención a Julia. «Espero que no te importe que te lo diga, muchacha, pero pareces un poco pechugona».

Julia le dedicó una pequeña sonrisa. «Sólo estoy cansada. Es duro hacer turnos dobles. ¿Han vuelto hoy todos a la oficina? ¿Ha vuelto la policía?»

«No he visto a la policía. Lorraine ha vuelto». Fred frunció el ceño. «Hoy no parece ella misma. Parece muy callada, como si tuviera algo en la cabeza. En fin. Eso no es asunto nuestro. Deja que te saque el carrito de la limpieza». Se volvió hacia la habitación que tenía detrás y se oyó un crujido.

Caín dijo: «Fred, ¿por qué haces ese ruido chirriante?».

Julia soltó un pequeño tut. «Caín, eso es muy grosero».

Caín le sonrió. «Tú también querías saber por qué».

Julia se encogió de hombros. «Puede que sintiera un poco de curiosidad».

Fred se volvió hacia ellos. «Es mi espalda. Tuve un terrible accidente a los cuarenta años. Trabajaba en una obra, hacía un poco de todo. En aquella época no existía la seguridad y la salud. No entraré en detalles, pero tengo suerte de estar vivo. Thora, mi difunta esposa, se alegró de que después me dieran un trabajo de oficina. Pero no dejé de usar las manos. Solía hacer juguetes y cosas de madera». Sus ojos centellearon ante un recuerdo. «Solía poner una marca en mis juguetes, una pequeña F y una T entrelazadas. Fue idea de Thora. La echo mucho de menos. Por eso trabajo aquí, es mejor que estar en una casa vacía. Espero que el nuevo director no me despidan». Se le quedó la voz en la última palabra y se dirigió a la pequeña habitación para recoger el carrito de la limpieza.

Cuando lo hubo sacado, Julia dijo: «¿Quién será el nuevo encargado? ¿Será Ivor?»

Fred negó con la cabeza. «Parece la elección obvia, pero ¿quién sabe? Olivia Rayburn trabajaba aquí hace tiempo, se rumorea que podría hacerse cargo. No creo que a Ivor le gustara».

Cain cogió el carrito de Fred. «Gracias. ¿Quieres que vuelva a hacer la ronda contigo más

tarde?».

Un destello de miedo cruzó el rostro de Fred. «Mejor no, muchacho, no quiero que la gente piense que no sé hacer mi trabajo. Gracias de todos modos. Será mejor que vuelva a mi puesto».

Julia recordó algo. «Fred, ¿sabes algo de la historia del Seguro de Inkwel? ¿Sobre algún escándalo?»

El rostro arrugado de Fred se arrugó aún más mientras pensaba. «¿Te refieres a algún tipo de venta indebida? ¡Oh! ¡Siempre estoy recibiendo esas llamadas telefónicas sobre pólizas de seguro mal vendidas! Son una maldita molestia».

Caín asintió. «Yo también las recibo, ¡y ni siquiera tengo ningún seguro!

«¿No lo tienes? preguntó Julia. «¿Ni siquiera un seguro de vida? ¿O un seguro de hogar?»

A Caín se le cayó la cara de vergüenza. «Creo que no. ¿Lo necesito?»

«Hablaremos de eso más tarde. Será mejor que sigamos». Julia saludó a Fred por última vez y caminó con Caín hacia el ascensor. Caín empujó el carrito. Julia estaba tan cansada que sintió la tentación de subirse al carrito.

Se dirigieron a la planta siete. Estaba tranquila y sólo había unas pocas personas sentadas en sus mesas. Julia y Cain se pusieron a trabajar inmediatamente.

Julia se fijó en Lorraine, que estaba sentada en su mesa con expresión triste. ¿Estaba Lorraine pensando en el verdadero padre de su bebé? Quizá Julia estaba siendo poco amable y Joe era realmente el padre.

Julia cogió la papelera de Lorraine. Lorraine la miró distraída y murmuró: «Gracias».

Julia frunció el ceño. Aquella no era la Lorraine con la que había hablado en los últimos días. Julia devolvió la papelera vacía y pasó al siguiente grupo de pupitres.

Joe le dedicó una pequeña sonrisa cuando se acercó a su mesa. Le preguntó cómo estaba hoy.

Dejó el bolígrafo y dijo: «No estoy seguro, la verdad. Hoy ha vuelto la policía. No sé qué están buscando. Todo parece extraño, nadie sabe qué está pasando. Ivor se ha hecho cargo de momento, pero no sabe si va a ser permanente». Joe dejó escapar un suspiro. «Tengo la sensación de que todos estamos esperando a que se resuelva este asesinato para seguir adelante. Hablando de eso, ¿has avanzado algo en tus propias investigaciones?».

Julia hizo una pausa. No podía contarle a Joe lo de su visita a casa de Ivor porque tendría que mencionar la fotografía de Lorraine. Y no quería mencionar los somníferos porque era algo que sólo quería que supiera la policía.

Joe esperó a que hablara. Le dedicó una sonrisa irónica. «Crees que soy sospechoso, ¿verdad? Puedo verlo en tu cara».

«No es eso. Hay cosas de las que no quiero hablar».

«Creo que sé de qué se trata. Ivor me dijo que ibas a su casa. Supongo que viste su colección de fotografías».

Julia no pudo evitar que sus labios se curvaran con disgusto. «Desde luego que sí».

Joe se rió. «Es todo un espectáculo. Ivor cree que tiene que dar una especie de imagen de playboy. ¿Has visto la de él y Lorraine?».

Julia apretó los labios y asintió.

«Ah, ahora lo entiendo. Crees que Lorraine e Ivor eran pareja, o lo siguen siendo. Y que Lorraine podría estar embarazada de Ivor».

«Se me había pasado por la cabeza», admitió Julia.

Joe continuó: «Fueron pareja durante un tiempo, el año pasado. Pero a Lorraine no le gustaban sus coqueteos y puso fin a la relación. ¿Qué más has averiguado?».

Julia se sentó junto a Joe y bajó la voz. «Hoy he visto a Ivor y a Olivia en un pub. Parecían

muy unidos. Y Fred acaba de decirme que existe la posibilidad de que Olivia se haga cargo de la empresa».

La preocupación cruzó el rostro de Joe. «Sí, yo también lo he oído. Olivia tiene acciones de la empresa, y supongo que ahora también tendrá las de Karl. ¿Crees que Ivor y Olivia trabajaban juntos para matar a Karl?». Negó con la cabeza. «No, no lo harían. ¿Lo harían?»

Julia dijo: «Joe, te sorprendería lo que motiva a la gente a matar. Quizá Olivia e Ivor tuvieran una aventura. Quizá querían a Karl fuera de su camino para poder estar juntos, y también, para poder tener la empresa para ellos solos. Sé que Ivor tiene planes para la empresa».

Joe se removió en su asiento. «No me gusta nada cómo suena eso. La gente no va por ahí matando a otra gente».

«Alguien asesinó a Karl», señaló Julia. «Y esa persona podría ser alguien que conoces».

«Ahora me siento un poco mal», admitió Joe. «¿Hay algo que puedas hacer para acelerar la investigación? ¿No puedes hablar con ese inspector amigo tuyo?»

«No es mi amigo. Haré lo que pueda. Si viene Olivia, podrías intentar averiguar cuáles son sus planes». Julia se levantó. «Pero no te pongas en peligro. Será mejor que me vaya».

Joe volvió a su escritorio. De repente, Julia deseó no haberle cargado con sus teorías. Pero ya lo había hecho. Quizá Joe descubriera alguna información valiosa.

Julia y Cain terminaron su trabajo de limpieza en la planta siete y, tras una rápida visita al sótano para vaciar los contenedores, se dirigieron a la planta ocho.

Al salir del ascensor vieron a Ivor apoyado en un escritorio, con los brazos cruzados.

«Sra. Blake, la estaba esperando. ¿Puede venir a mi despacho, por favor?» Se enderezó y caminó rápidamente hacia el despacho de Karl.

Capítulo 21

Caín susurró: «¡Lo sabe! ¡Sabe que hemos hablado de él! ¡Es el asesino! No entres en su despacho».

Julia dijo: «Voy a entrar. Quiero saber por qué quiere hablar conmigo».

«Yo te cubriré», dijo Caín, con una nota de valentía en la voz.

Julia bajó al despacho de Karl. Podía oír a Caín empujando el carrito detrás de ella.

Entró en el despacho. Ivor seguía con los brazos cruzados y ahora estaba de pie detrás de la mesa de Karl.

«¿Pasa algo?» preguntó Julia.

Ivor soltó los brazos y miró al suelo, como si esperara encontrar allí alguna palabra. Cuando volvió a mirar, tenía una media sonrisa en la cara. «Esto es incómodo. Cuando me has visto hoy en el pub, estaba con Olivia Rayburn, la mujer de Karl».

«Sé quién es».

«Ya. Podría haber parecido que había algo raro entre nosotros. Pero no lo había». Ivor soltó una carcajada forzada. «Sólo la estaba consolando. Olivia lo está pasando mal».

«No tienes que darme explicaciones, no es asunto mío».

Ivor se frotó la nuca. «Bueno, en cierto modo sí es asunto tuyo. Olivia me considera un amigo especial y quiere que mi atención se centre en ella en este momento. Sólo mientras supera este momento difícil». Tragó saliva y pareció aún más incómodo. «Hoy, cuando salimos del pub, le expliqué a Olivia quién eras. Y me dijo que, por cómo me hablabas, era evidente que querías ser algo más que una señora de la limpieza para mí. ¡Ja! ¿No es ridículo?»

«Extremadamente ridículo». Julia se cruzó de brazos y le miró fríamente. «Espero que me hayas explicado que nuestra relación iba a ser puramente de negocios. Desde luego, no te he hecho creer lo contrario».

Ivor levantó las manos. «¡Ya lo sé! Es sólo que Olivia se encuentra en un estado delicado en este momento y no quiero disgustarla. Así que creo que sería mejor que no te empleara como mujer de la limpieza. De hecho, Olivia me ha dado el nombre de la mujer que limpia para ella, cobra menos que tú».

Julia se mordió la lengua. Estaba tentada de decirle a Ivor Walsall que, de todos modos, no tenía intención de aceptarlo como cliente. Respiró hondo, esbozó una sonrisa y dijo: «Entiendo perfectamente». Se metió la mano en el bolsillo y sacó la llave de su casa. Se la pasó. «Gracias

por tenerme en cuenta. ¿Algo más?»

«No, eso es todo. Gracias». Ivor cogió la llave y la miró, incapaz de encontrarse con la mirada de Julia.

«Seguiré con mi trabajo de limpieza entonces». Julia salió del despacho y se acercó rápidamente a Caín, que estaba cerca. Le dirigió una mirada cómplice y caminaron hacia el otro extremo del despacho. Julia puso rápidamente a Caín al corriente de su conversación con Ivor.

«Vaya», dijo Cain. «Olivia es muy controladora, ¿verdad? Desde luego, tiene a Ivor bajo su control. ¿Crees que consiguió que Ivor matara a Karl en su nombre?»

«¿Quién sabe? Ojalá la inspectora Clarke me devolviera la llamada. Ojalá la policía se diera prisa en resolver este caso de asesinato. No quiero estar mucho más tiempo en esta oficina. Me alegraré cuando llegue mañana, será nuestro último día aquí».

Caín puso la mano en el brazo de Julia. «No dejes que te afecten, Julia. Piensa en nuestras vacaciones. Me he apuntado a la clase de cerámica con tu padre. Te haré una taza especial».

Julia se rió. «Eres muy amable. ¿Aún vas a ir al pub esta noche?».

«Sí. ¿Aún me llevas? Podrías quedarte a tomar algo».

«Ya veré». Julia suspiró. «Empiezo a parecer una especie de instrumento de viento con todos estos suspiros que hago». Se acercó al viejo escritorio de Ivor. Enarcó las cejas. «Parece que Ivor ha limpiado su escritorio. Me pregunto si se habrá trasladado al despacho de Karl de forma permanente».

Cain miró hacia el despacho de Karl. «No lo sé, desde luego se ha acomodado allí. Ahora está saliendo del despacho. Está hablando por teléfono con alguien. ¿Me acerco al despacho a ver si oigo con quién habla?».

«Si quieres», contestó Julia, sin importarle ya realmente nada.

Caín empezó a avanzar de puntillas.

Julia se rió. «Camina normalmente, Caín, así sólo llamarás la atención».

Caín asintió y procedió a caminar tan despreocupadamente como pudo.

Julia siguió vaciando los contenedores. Pensó en sus vacaciones. Sería estupendo pasar tiempo con papá y mamá. Y sabía que Caín se lo iba a pasar muy bien.

Dejó caer la papelera que sujetaba cuando Caín saltó hacia delante. Se llevó la mano a la boca y susurró: «¡Estaba hablando con Olivia! Dijo que salía ahora de la oficina y que se reuniría con ella fuera. ¿Les seguimos?».

Julia negó con la cabeza. «Tenemos trabajo que hacer. ¿Se ha ido ya?»

«Sí», susurró Caín.

«Entonces, ¿por qué susurras?».

Caín sonrió y retiró la mano. «Me pareció bien. He vaciado todas las papeleras de la parte superior del despacho. ¿Saco el aspirador?».

«Sí, por favor. Vaciare la papelera del despacho de Karl. ¿O debería llamarlo despacho de Ivor?».

Julia sólo llevaba un momento en el despacho de Karl cuando sonó el teléfono. Julia no pudo evitar escuchar el airado mensaje que le dejaron:

«Sr. Rayburn, soy Claire y le llamo desde el Hotel Queens. Se lo repito. Es en referencia a las joyas que su pareja dejó en nuestro hotel hace tres meses. Aún no ha sido recogida a pesar de los mensajes que le hemos enviado. Si no la recogen en los próximos días, no tendremos más remedio que entregarla a una tienda de beneficencia local.»

Julia se dio un golpecito en la barbilla y murmuró: «¿Joyas? Me pregunto a quién pertenece».

«Desde luego, no es mía», dijo una voz aguda desde la puerta abierta.

Capítulo 22

Julia reconoció a la dueña de la voz sin necesidad de darse la vuelta.

Olivia Rayburn entró en el despacho con la barbilla alta. Miró a Julia de arriba abajo.

«¿Por qué escuchas los mensajes privados?»

«No escuchaba a propósito», se defendió Julia. «No he podido evitar oírlos. Estaba recogiendo la papelería de detrás del escritorio». Se detuvo. No necesitaba dar explicaciones.

Olivia se acercó, con los ojos entrecerrados. «Sé lo que te traes entre manos. Vas detrás de Ivor, ¿verdad? Me dijo que trabajabas esta noche, así que pensé en subir a hablar contigo amistosamente».

Julia dudaba de que Olivia conociera alguna palabra amistosa.

Olivia deslizó el dedo por el escritorio de Karl. Una expresión de disgusto cruzó su rostro. «No eres muy buena limpiadora, ¿verdad?».

«Mi trabajo consiste en vaciar las papeleras y aspirar las alfombras».

«Tengo entendido que sustituyes a la limpiadora habitual. ¿Es eso cierto?»

«Sí. Ya lo he hecho antes para Ellen Parks. Es tu limpiadora habitual».

Olivia asintió lentamente. «Tendré unas palabras con Ellen Parks. Preferiría que en el futuro utilizara a otra persona para limpiarnos cuando ella no esté».

Julia sintió que apretaba los puños. Manteniendo la calma, dijo: «Puedes hacer lo que quieras».

Olivia soltó una carcajada desagradable. «Siempre lo hago. Harías bien en apartarte de mi camino». Le hizo un gesto con la mano a Julia. «Pues ponte a trabajar. No te pago para que te quedes de brazos cruzados».

Julia contó hasta diez en silencio mientras esperaba a que Olivia saliera de la habitación. Desplegó lentamente los puños. Sólo había llegado al seis en su cabeza cuando algo la hizo sonreír.

Justo cuando Olivia había salido del despacho, Caín le había pasado «accidentalmente» por encima de los pies con la aspiradora. Julia vio que Olivia lanzaba a Caín una mirada de disgusto antes de marcharse enfadada. Caín miró a Julia con una sonrisa de oreja a oreja. Le levantó el pulgar y volvió a pasar la aspiradora. Bendito sea, pensó Julia. Dejó a un lado todos los pensamientos sobre la malvada Olivia.

¿A quién pertenecían las joyas? ¿Debería ir al Hotel Queens a recogerlas? Estaba a sólo cinco minutos a pie. ¿Debía informar a la inspectora Clarke del mensaje?

Julia discutió el asunto con Caín mientras hacían el último viaje al sótano.

«Creo que deberíamos recoger las joyas e intentar averiguar a quién pertenecen», dijo Cain. Rebuscó en el bolsillo y sacó un billete arrugado de cinco libras. Lo levantó. «Lo utilizaré para sobornar a quien esté de servicio, así nos dará el nombre del propietario».

«No creo que cinco libras sean suficientes, pero gracias de todos modos».

Volvieron a la recepción y guardaron el carrito de la limpieza. No había ni rastro de Fred, así que supusieron que estaba haciendo su ronda.

Cuando salieron del edificio, Julia aún no había decidido qué hacer con las joyas sin recoger.

Alguien decidió por ella.

«Buenas noches, Sra. Blake, Sr. Andrews. ¿Cómo estáis?» El inspector Clarke estaba en la acera, con las manos a la espalda. Sus ojos azules parecían penetrar en el alma de Julia.

Julia soltó: «¡Había un mensaje en el teléfono de Karl Rayburn sobre unas joyas sin recoger!».

Caín le dio un codazo y siseó: «¡Julia! No íbamos a decírselo».

Julia miró a Caín. «No puedo evitarlo. Sus ojos se clavan en mí. Estoy demasiado cansada para resistirme».

La comisura de la boca del inspector se crispó ligeramente. «Quizá debería explicarse un poco mejor, señorita Blake».

Julia le habló del mensaje del Hotel de la Reina.

«Ah, ya veo. Y usted iba a recogerlo, ¿verdad, Srta. Blake?».

«Yo... sí», Julia se apartó de su mirada acusadora. «Pero iba a llamarte para decírtelo».

«Claro que sí». El inspector Clarke le soltó las manos de la espalda. «Hace una tarde agradable para dar un paseo. Caminemos juntos hasta el Hotel Queen. Puedes explicarme más cosas sobre los somníferos que encontraste en casa de Ivor Walsall. Y puedes decirme por qué estabas allí en primer lugar. Sr. Andrews, nos acompañará».

Julia miró a Cain y le pidió disculpas con la boca. Cain se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa para hacerle saber que no importaba.

El inspector Clarke se puso en marcha a grandes zancadas, Caín trotaba a su lado y Julia iba a trompicones detrás de ellos. Si el inspector creía que iba a correr para seguirle el ritmo a sus larguísimas piernas, que se lo pensara mejor.

Al cabo de un momento, el inspector Clarke aminoró la marcha para que Julia pudiera alcanzarle. Le habló de los paquetes de somníferos y de por qué había estado allí, en casa de Ivor.

El inspector asintió. «Interesante. ¿Y tienes alguna teoría sobre quién pudo matar a Karl Rayburn?». Se rió entre dientes. «Ésa era una pregunta tonta. Claro que tienes una teoría, probablemente tengas una docena. Oigámoslas».

Julia se encogió de hombros. «No quiero hablar de ello».

El inspector dejó de caminar. Caín también. La inspectora Clarke miró fijamente a Julia y dijo: «¿Se encuentra bien, señora Blake? No pareces tú misma».

Julia volvió a encogerse de hombros y apartó la mirada.

Cain dijo: «Está cansada. Esta semana hemos trabajado a doble turno. Y algunas personas de esa oficina se han portado mal con nosotros, bueno, con Julia más. Pero ha tenido que aguantarse porque no quiere problemas con Ellen Parks. Ese es el trabajo que estamos cubriendo».

Julia miró a Caín y le dedicó una sonrisa de agradecimiento. Le sorprendió ver preocupación en el rostro del inspector. No quería su compasión. Le señaló con el dedo. «¡Y tu actitud hacia mí no ayuda! Yo no pedí encontrar un cadáver. No pedí estar en el lugar equivocado en el momento equivocado. Te he contado todo lo que sé sobre el asesinato de Karl y me tratas como

si yo... yo fuera...»

«¿Una especie de virus?» terminó el inspector Clarke, con un brillo en los ojos. «A veces un virus puede ser útil. Te agradezco tu ayuda».

«¿Cómo dices? Repítelo», dijo Julia.

«No.» Cruzó la calle hacia el Hotel de la Reina. Julia y Cain le siguieron. El inspector mantuvo la puerta abierta y les dijo: «Vamos, podéis echar un vistazo a las joyas no reclamadas. Sé que queréis hacerlo». Se rió. «Puede que incluso las reconozcas».

Julia reconoció las joyas cuando se las pusieron delante en el mostrador de recepción. Le dijo a la inspectora Clarke: «He visto una fotografía de Lorraine Carver con algo muy parecido a esto».

Capítulo 23

Julia comentó la reacción del inspector con Cain mientras se dirigían al pub poco después. «No parecía muy sorprendido, ¿verdad?

«Creo que es su entrenamiento. Tiene que mantener la cara seria, no puede delatar sus emociones».

«Como una especie de robot», concluyó Julia. Entró en el aparcamiento del bar y encontró sitio. «Bueno, creo que es chocante. Si ese collar pertenecía a Lorraine, significa que estaba en el hotel con Karl Rayburn».

«Lo que significa que podrían haber tenido una aventura», señaló Cain. «Y que el bebé podría ser de Karl. Oh!» Agitó las manos en el aire. «Lorraine podría haberle hablado a Karl del bebé y él podría haberle dicho que se largara. Podría haberse enfadado tanto que se hubiera quitado uno de sus zapatos letales y le hubiera apuñalado con él».

Julia apagó el motor. «Yo también estaba pensando eso. La alternativa es que Olivia se enterara de la aventura, y posiblemente del bebé, y se vengara de Karl».

Cain asintió. «Olivia Rayburn parece tener muchos motivos para asesinar a su marido». Se oyó un pitido. Cain miró su teléfono y se rió. «Es de tu padre. Nos está vigilando desde dentro. Dice que tengo que decirte que dejes de parlotear y me dejes tomar una pinta».

«No estoy parloteando».

Caín volvió a reír mientras leía otro mensaje. «Dice: 'Sí, estás parloteando. Entra y dale un abrazo a tu viejo padre'. ¿Vas a entrar?»

«Un momento», dijo Julia. Recogió su bolso del asiento trasero y siguió a Caín al interior del bar. Se le encogió el corazón al ver cuánta gente saludaba a Caín. Cuando había salido de la cárcel apenas tenía amigos. De hecho, no recordaba que mencionara a ningún amigo.

Papá abrió los brazos al verla. Julia sintió un escalofrío al ver el amor en sus ojos. Sin pensarlo dos veces, se metió en su cálido abrazo y apoyó la cabeza en su pecho. Soltó un pequeño suspiro de felicidad. Todo iba bien. Al menos de momento.

Papá la soltó y estudió su rostro. «Has vuelto a hacer demasiadas cosas, ¿verdad? Y has vuelto a meterte en un caso de asesinato. Ve a sentarte con Caín. Te traeré un zumo de naranja y un paquete de patatas fritas con queso y cebolla. Luego podrás contarme todos tus problemas». Le dio un beso en la coronilla y se dirigió hacia la zona del bar. Julia ya se sentía más ligera. Se acercó a la mesa donde estaba sentado Caín.

Papá volvió unos minutos después con una bandeja. La dejó sobre la mesa y se sentó junto a Julia. Le cogió la mano, se la palmeó y le dijo: «Cuéntamelo todo».

Julia se lo contó todo. Cain intervino cuando Julia omitió algún detalle. Papá asintió mientras escuchaba, dando algún que otro sorbo a su cerveza.

Cuando Julia hubo terminado, papá dijo: «Creo recordar algo sobre la aseguradora Inkwell. Hubo mala publicidad durante un tiempo, pero por mi vida que no se me ocurre de qué se trataba. Ya me acordaré. Entonces, ¿qué vas a hacer con este lío?».

Julia abrió sus patatas fritas. «No voy a hacer nada. Sé que le dije a Joe que lo investigaría, pero la verdad es que no sé qué hacer ahora. No puedo seguir a Olivia y a Lorraine todo el día, esperando que admitan haber matado a Karl. El inspector Clarke dijo que iba a hacer más investigaciones».

Papá sonrió. «Me gusta el inspector Clarke. ¿Te ha dicho que no te metas en asuntos policiales?».

Julia frunció el ceño y compartió una mirada confusa con Caín. «No dijo nada de eso cuando estuvimos antes con él. Qué raro».

Cain abrió su segundo paquete de patatas fritas. «Eso significa que quiere que nos involucremos. Creo que deberíamos investigar el pasado de Olivia. Ver si ha estado casada antes. Podría ser una de esas viudas negras. Ya sabes, de las que se casan con hombres ricos y luego acaban con ellos». Se metió unas patatas fritas en la boca y se puso a masticar. «Podrías buscar en Internet. Te ayudaría, pero estoy en el equipo de dardos y esta noche tenemos partido».

Papá rodeó a Julia con el brazo. «No, Caín. Julia no va a investigar más. Va a acostarse temprano. No le importa que alguien haya cometido un asesinato y se esté saliendo con la suya. No le importan todas las pistas que ha encontrado ni los posibles sospechosos que andan alegremente por ahí. No quiere ayudar a esa simpática Detective Clarke a resolver el misterio. Déjala en paz».

Julia terminó su último crujido. «Podría echar un vistazo en Internet. Justo antes de irme a la cama. Sólo para satisfacer mi propia curiosidad».

Papá le apretó los hombros y luego le dijo a Caín: «No más cerveza para ti, necesitas una mano firme».

Julia terminó su bebida, recibió un último y cálido abrazo de su padre y salió del pub.

En cuanto llegó a casa, se puso el pijama y se sirvió un vaso de vino. Buscó a todas las personas relacionadas con el asesinato. No encontró nada sucio sobre nadie. Karl y Olivia Rayburn llevaban casados más de treinta años. Ninguno de los dos había estado casado con nadie más.

Encontró algunos datos interesantes sobre Ivor Walsall. Se había mudado bastante por todo el país. Había artículos sobre su incorporación a varias compañías de seguros y cada vez parecía haber ascendido. Sin duda era una persona ambiciosa. Julia se preguntó si cometería un asesinato para avanzar en su carrera.

Luego investigó la historia de Seguros Inkwell. La empresa había empezado en 1910 y al principio sólo vendía seguros de vida y accidentes. Con el paso de los años, se habían ampliado a los seguros del hogar y del automóvil. Si había algún escándalo en su pasado, estaba bien oculto, porque Julia no pudo encontrar ni el más mínimo indicio de delito.

Cerró el portátil, molesta. No quería verse envuelta en aquel misterio, pero sabía que no descansaría hasta averiguar quién había matado a Karl. Y, lo que era más importante, ¿por qué lo mataron?

Capítulo 24

C aún tenía los ojos brillantes y la cara fresca cuando Julia lo recogió a la mañana siguiente. Julia sabía que su equipo había ganado la partida de dardos, porque él le había enviado un mensaje la noche anterior.

Cuando subió al coche, Julia le dijo: «Me alegro de que sea viernes. Es nuestro último día de trabajo de limpieza en la oficina».

«Echaré de menos a Fred», admitió Cain. Miró más de cerca a Julia. «Tienes mejor aspecto esta mañana, ¿has dormido bien?».

«Sí, he dormido bien». Julia no sintió la necesidad de decirle que se había tomado un par de pastillas nocturnas para ayudarla a entrar en el país de las cabezadas. «¡Muy bien! Pongámonos manos a la obra. Cuanto antes empecemos, antes acabaremos».

Julia y Cain se pusieron a limpiar con ganas. Julia frunció el ceño cuando sonó el teléfono mientras fregaba el suelo. Estuvo tentada de ignorarlo hasta que vio que quien llamaba era Joe. «Hola, Joe, ¿pasa algo? No estaba segura de por qué había hecho esa pregunta en concreto, pero le pareció oportuno hacerlo.

«Sí, pasa algo, Julia. Es Lorraine, estoy preocupada por ella. Esta mañana no ha venido a trabajar y no contesta al teléfono. Ni siquiera ha llamado a la oficina para decirnos qué le pasa. No es propio de ella».

Julia recordó el collar que había visto en el Hotel Queen la noche anterior. El inspector Clarke dijo que iba a hablar con Lorraine.

Joe continuó: «Anoche me telefoneó para decirme que la policía había ido a verla, pero no quiso decirme de qué se trataba. Me ofrecí a ir, pero me dijo que no. Dijo que quería estar un tiempo sola. Parecía muy deprimida».

Un hilillo de miedo y culpa recorrió la espalda de Julia. Era culpa suya que la policía se hubiera puesto en contacto con Lorraine. Bueno, no era culpa suya exactamente. Lorraine había sido la que se había dejado el collar en el hotel. Si es que era su collar.

Julia dijo: «¿Puedo hacer algo?».

«Sí. No puedo salir de la oficina, pero me preguntaba si podrías llamar a Lorraine para asegurarte de que está bien. Si estás cerca, claro. No quiero causarle problemas». Le dio a Julia la dirección de Lorraine.

Julia asintió. «Sólo estoy a diez minutos. Iré a ver cómo está».

Joe dejó escapar un suspiro de alivio. «Muchas gracias. Me quitas un peso de encima. Estoy muy preocupada por ella y por el bebé. ¿Cuándo irás?»

Julia miró a Caín, que parecía estar siguiendo la conversación. Julia dijo: «Ya casi hemos terminado aquí. Iremos allí dentro de cinco minutos. ¿Te parece bien?»

«Por supuesto. Gracias. ¿Y me llamarás cuando sepas cómo está?».

«Sí, claro que lo haré». Julia terminó la llamada. Le contó a Caín exactamente lo que había dicho Joe.

Caín frunció el ceño. «Espero que esté bien. Las primeras etapas del embarazo son difíciles para las mujeres. Vi un programa sobre ello la semana pasada. Es un tema fascinante».

Julia sintió que se le abrían los ojos. «Sí que ves cosas peculiares. ¿Quieres venir conmigo o puedo dejarte en el próximo trabajo?».

La nariz de Caín se arrugó. «Prefiero ir solo al próximo trabajo. Lorraine está llena de emociones impredecibles en este momento, podría echarse a llorar. No quiero lidiar con eso. Probablemente empezará a gritar cuando te vea, sabes que te odia».

«Puedo ocuparme de eso». Julia terminó rápidamente de fregar el suelo y ayudó a Caín con las últimas tareas de limpieza. Condujo hasta el siguiente trabajo de limpieza y dejó a Caín. «Ya te contaré qué pasa. No tardaré mucho».

Caín levantó la bolsa de la limpieza mientras estaba en la acera. «Aquí tengo todo lo que necesito. Puedo coger un autobús hasta casa del próximo cliente. No me pasará nada. Espero que Lorraine no sea demasiado desagradable contigo, está a merced de sus emociones». Le dedicó una sonrisa alegre, cerró la puerta del pasajero y se marchó.

Julia condujo hasta la casa de Lorraine y aparcó fuera de mala gana. No le gustaba hablar con Lorraine en la oficina y tampoco le apetecía hacerlo en su casa. Suspiró, se armó de valor y salió del coche. Subió despacio por el camino del jardín de la casa adosada de Lorraine y golpeó ligeramente la puerta. Si Lorraine no contestaba inmediatamente, Julia podría informar a Joe de que había hecho todo lo posible.

La puerta se abrió de golpe. Lorraine fulminó a Julia con la mirada. «¡Tú! ¿Qué haces aquí?».

Julia retrocedió un paso. Lorraine tenía la cara desmaquillada y el pelo revuelto. Llevaba una bata que había pasado por mejores años, por no hablar de días mejores. Julia balbuceó: «Yo... Joe... eso es». Tragó saliva y volvió a empezar. «Joe me telefoneó. Estaba preocupado por ti y me pidió que me pasara». Le dedicó a Lorraine una sonrisa forzada y añadió: «¿Cómo estás?».

Lorraine se cruzó de brazos con fuerza. «¿Cómo crees que estoy? Anoche recibí la visita de ese inspector por una joya. Le dijiste que me pertenecía. Y tú le dijiste que yo tenía una aventura con Karl Rayburn».

«I ...» A Julia no le salían las palabras. Lanzó una mirada melancólica a su coche por encima del hombro. En menos de diez segundos estaría dentro. Sintió un golpe en el hombro.

«Todo iba bien hasta que apareciste tú. Karl estaba vivo, Joe era feliz y yo estaba planeando un futuro para mi bebé. Y entonces llegas tú y lo estropeas todo».

Julia captó una de las palabras de Lorraine. «¿Estaba? Has dicho 'estaba planeando un futuro para mi bebé'. Lorraine, ¿ha pasado algo?»

Las manos de Lorraine volaron a su cara y rompió a llorar. Julia volvió a mirar hacia su coche. Sabía lo que tenía que hacer. Dio un paso adelante y puso la mano en el brazo de Lorraine. «¿Quieres hablar de ello, Lorraine? Sé escuchar».

Capítulo 25

Lorraine asintió y se dio la vuelta. Julia atravesó la puerta y tiró de ella hasta dejarla atrás. Encontró a Lorraine en el salón, desplomada en el sofá.

Julia se sentó a su lado y le ofreció un pañuelo de bolsillo. Nunca salía de casa sin un paquete de pañuelos.

Lorraine le dedicó una pequeña sonrisa, cogió el pañuelo y dijo: «Perdona por gritar. Sé que no es culpa tuya, pero pareces estar en medio de todo».

Julia sonrió. «Esto me pasa a menudo. Caín cree que estoy maldita. Siento si el inspector te molestó anoche. Me preguntó si reconocía el collar y recordé haber visto una foto tuya llevando algo parecido».

Lorraine frunció el ceño. «¿Qué foto?»

«Dentro de la casa de Ivor Walsall. Me pidió que le diera un presupuesto de limpieza».

Lorraine estrujó el pañuelo. «Te mueves mucho, ¿verdad?».

Julia asintió. «Todo forma parte de mi maldición. ¿Tuviste una relación con Ivor?».

Lorraine hizo una mueca. «Sí, durante unas dos semanas el año pasado. Es un ligón terrible y no ve nada malo en su comportamiento. Solía charlar con otras mujeres, e incluso conseguir sus números de teléfono, mientras yo estaba a su lado». Se burló. «No aguanté su comportamiento mucho tiempo. ¿Has visto todas esas fotos que tiene en casa? Trata a las mujeres como trofeos. Es repugnante».

«Le he visto con la mujer de Karl. Parecen muy unidos. ¿Tienen una aventura?»

Lorraine apartó la mirada antes de hablar. «Si es así, tendrá mucho trabajo con ella». Volvió a mirar. «Una vez que Olivia tiene a un hombre en sus manos, no lo suelta, y pobre de quien se interponga en su camino».

Julia se detuvo un momento. Con voz más suave, dijo: «¿Tenías una aventura con Karl?».

Lorraine asintió. Una lágrima rodó por su mejilla. «Es un tópico, ¿verdad? Enamorarte de tu jefe. No pude evitarlo. Los dos pasábamos mucho tiempo en el trabajo, era como si el mundo exterior no existiera. No empezamos la aventura hasta que nos fuimos un fin de semana de trabajo en equipo. No pude evitarlo, me enamoré de él rápidamente. Me trataba tan bien, a diferencia de mis anteriores novios».

«¿Olivia sabía lo de vuestra aventura?».

Lorraine se encogió de hombros. «Puede que sí. No me extrañaría. No le gustaba que nadie

hablara con Karl. Es muy posesiva».

«¿Cuándo terminó vuestra aventura?» preguntó Julia. De repente le asaltó un pensamiento terrible y no pudo contenerlo. «¿Terminó vuestra aventura? ¿O seguíais juntos cuando murió?»

«Dame un poco de crédito. Karl puso fin a nuestra aventura hace unos meses. Yo estaba destrozada. Una noche me derrumbé en la oficina y Joe me encontró llorando en mi mesa. Insistió en llevarme a tomar una copa para animarme. No le conté la verdadera razón por la que lloraba». Sonrió y miró hacia la ventana. «Joe es encantador. Es tan diferente de los demás hombres con los que he salido. Me trata incluso mejor que Karl».

Otro terrible pensamiento se disparó en la mente de Julia. No estaba segura de tener el valor suficiente para expresarlo.

De repente, Lorraine se agarró la barriga y se estremeció.

Julia gritó: «¿Estás bien? ¿Es el bebé?»

A Lorraine se le fue el color de la cara. «Llevo toda la mañana sintiéndome rara. Discúlpame». Se levantó y salió rápidamente de la habitación, con una mano sobre la barriga.

Julia sintió deseos de seguirla. Era evidente que algo iba mal. Julia juntó las manos y esperó a que Lorraine volviera. Al cabo de un par de minutos, Julia se levantó y empezó a pasearse por la pequeña habitación. Al cabo de otro par de minutos, Julia se acercó a la puerta y gritó: «¡Lorraine! ¿Estás bien?» Ladeó la cabeza y esperó una respuesta. Nada. Salió al pasillo y miró hacia el primer piso.

Se oyó el sonido de una cisterna. Unos segundos después, una Lorraine pálida apareció en lo alto de las escaleras, con lágrimas cayendo en cascada por sus mejillas. Se le quebró la voz al decir: «Creo que estoy perdiendo al bebé».

Julia subió corriendo las escaleras y abrazó a Lorraine. La condujo a un dormitorio cercano y la ayudó a subir a la cama. Julia llamó a una ambulancia. La señora que contestó le dijo que tal vez tendría que esperar un rato, pues había habido un accidente de tráfico en la autopista. Julia le dijo a la señora que en su lugar conduciría hasta el hospital.

Lorraine lloraba silenciosamente en la cama. «Todo es culpa mía. No merezco ser madre. Soy una persona horrible».

Julia la ayudó suavemente a ponerse en pie y le dijo a Lorraine que tendrían que ir en coche al hospital. Lorraine parecía ajena a las palabras de Julia y siguió murmurando para sí misma. Julia no tardó en meter a Lorraine en el coche y se puso en marcha en dirección al hospital.

Afortunadamente, no tardaron mucho en llegar. Y una enfermera no tardó mucho más en conducir a Lorraine hacia el departamento prenatal.

Lorraine levantó la mano e insistió en que Julia la acompañara.

Julia así lo hizo. Se sentó junto a Lorraine mientras ésta daba sus datos a la enfermera del mostrador de recepción. Julia incluso entró en la sala lateral cuando Lorraine se sometió a una exploración interna, que en opinión de Julia parecía algo demasiado íntimo para compartir.

Y Julia estuvo al lado de Lorraine cuando el médico le confirmó que el bebé iba a estar bien. Julia no mostró ninguna emoción cuando el médico confirmó que el bebé tenía catorce semanas.

Cuando el médico las dejó solas un momento, Lorraine se puso una mano en la barriga y sonrió a Julia con tristeza.

Julia dijo: «No es el bebé de Joe, ¿verdad?».

Lorraine negó lentamente con la cabeza. «Es el bebé de Karl».

Capítulo 26

Después de que el médico prescribiera reposo en cama a Lorraine y hablara un rato con ella sobre tomarse las cosas con calma, le preguntó cómo iba a volver a casa.

Julia se adelantó. «La llevo yo».

El médico asintió satisfecho y se marchó.

Julia ayudó a Lorraine a ponerse en pie. Lorraine dijo: «Puedo coger un taxi. Lo entenderé si quieres irte. Soy una persona terrible».

Julia enlazó su brazo con el de Lorraine y la dirigió hacia la salida. «No voy a dejarte sola ni un segundo. Quién sea el padre no tiene nada que ver conmigo. ¿Has visto los latidos del bebé en la ecografía? Qué fuerte. Siempre me sorprende lo fuertes que son los bebés».

Lorraine soltó una pequeña carcajada. «Pero parece un extraterrestre». Suspiró mientras caminaban. «¡Qué desastre! ¿Qué voy a hacer?

«Eso depende de ti. ¿Sabe Joe que Karl es el padre?».

Lorraine negó con la cabeza. «Karl no quería saber nada del bebé. Cuando me enteré de que estaba embarazada, se lo dije enseguida. Me dijo que me deshiciera de él. Incluso me dio dinero para abortar y me dijo que podía tomarme todo el tiempo libre que necesitara. Obviamente, terminó la relación en ese momento».

«Parece un auténtico encanto», dijo Julia. «¿O debería decir 'sonaba'?».

«Ahora ya no importa. No pretendía engañar a Joe. Me quedé de piedra cuando descubrí que estaba embarazada, pero también me alegré. Sabía que no podía deshacerme de él, simplemente no podía. Pero, ¿cómo puedo criar a un bebé yo sola?».

«Mucha gente lo hace. Creo que eres una persona fuerte, Lorraine, más fuerte de lo que crees». Salieron por las puertas principales del hospital. Julia estuvo atenta a los coches mientras se dirigían al coche de Julia. Julia abrió la puerta del acompañante y acomodó a Lorraine en el asiento.

Cuando Julia se sentó en el asiento del conductor, dijo: «Tendré que llamar a Caín para avisarle de que no estaré allí durante un tiempo. De hecho, hoy tendrá que hacer él mismo el resto de las tareas de limpieza. No le dejaré solo».

«No, no hagas eso. No me pasará nada. Por favor. Me iré directamente a la cama cuando llegue a casa. Seré sensata, tengo que proteger a un alienígena». Lorraine le dedicó a Julia una media sonrisa.

Julia se rió. «Vale. Pero no te dejaré sola hasta que estés bien arropada en la cama con todo lo que necesitas sobre una mesa a tu lado».

Lorraine empezó a llorar de nuevo. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano. «Gracias. Me he portado como una vaca contigo esta semana, no merezco tu amabilidad».

Julia hizo un gesto despectivo con la mano. «No importa».

Lorraine resopló. «Sí que importa. Siento haberte hablado como lo hice. Creo que una parte de mí aún quería a Karl y me sentí muy mal cuando murió». Vaciló como si no estuviera segura de si debía continuar. «Fui a ver a Karl aquella noche, la noche en que murió. Quería hacerle saber que me quedaba con el bebé. Tenía la loca esperanza de que cambiara de opinión y dejara a su mujer». Soltó una carcajada amarga. «Me dijo que era una idiota y que no esperara de él ninguna pensión alimenticia. Y luego dijo que Joe era aún más idiota por aceptarme a mí y a mi bebé. Le insulté un par de veces y salí del despacho».

A Julia se le ocurrió algo. «Joe no consiguió ese trabajo en Hong Kong. ¿Tuvo algo que ver contigo?».

Lorraine bajó la cabeza avergonzada. «Sí. Empecé a difundir rumores por la oficina sobre el comportamiento de Joe. Sabía que los rumores llegarían hasta Karl. No podía dejar que Joe se fuera a Hong Kong». Volvió a mirar a Julia. «Te he dicho que soy una persona terrible. ¿Cómo voy a decirle a Joe lo que he hecho?»

«Creo que tienes que hacerlo. Es una buena persona, quizá lo entienda. ¿A qué hora visitaste a Karl en su despacho?».

Lorraine se lo pensó un momento. «Fue poco antes de las ocho. Nuestra conversación duró unos dos minutos y luego cogió el teléfono y me dio la espalda».

«¿Había alguien más en la planta ocho cuando te fuiste?».

Lorraine frunció el ceño. «No vi a nadie pero, ahora que lo pienso, estoy segura de que oí unos pasos procedentes del otro extremo de la habitación. Creo que cerca de la mesa de Ivor. Llamé, pero nadie me respondió».

Julia asintió. «Cuando hablabas con Karl sobre el bebé, ¿estaba abierta la puerta de su despacho?».

Lorraine dijo: «Sí, creo que sí. Me quedé cerca de la puerta abierta cuando hablaba con él. Me aseguré de que no había nadie cerca antes de hablar con Karl. Toda la planta estaba vacía. ¿Por qué lo preguntas?»

Julia se encogió de hombros. «Puede que no sea nada, pero alguien podría haberte oído hablar con Karl sobre el bebé. Le apuñalaron con algo largo y afilado, algo parecido a un tacón de aguja».

Lorraine soltó un grito ahogado y Julia se arrepintió al instante de haber expresado su preocupación. Lorraine dijo: «¿Crees que Olivia estaba en el despacho y me oyó hablar con Karl? Podría haber sido ella quien lo mató».

Julia cogió una de las manos de Lorraine. «Cálmate, por favor. Recuerda lo que dijo el médico. ¿Te importaría que le dijera al inspector Clarke que Karl es el padre de tu bebé? Podría volver a hablar con Olivia».

Lorraine tragó saliva y volvió los ojos llenos de lágrimas hacia Julia. «Tengo miedo. ¿Y si Olivia viene a por mí? ¿Puedes hacer algo? ¿Puedes averiguar quién mató realmente a Karl?».

Julia le apretó suavemente la mano. «Haré todo lo que pueda. Por favor, no te preocupes».

Julia llevó a Lorraine a casa y la acomodó en su cama. Después de consultarlo con Lorraine, telefoneó rápidamente a Joe y le dijo que Lorraine estaba bien, pero que se sentía un poco indisputa. Lorraine le aseguró a Julia que más tarde le contaría la verdad a Joe. Julia escribió su

número en un papel y lo dejó sobre la mesa junto a Lorraine.

Tras comprobar con Lorraine que estaría bien, Julia salió de la casa de mala gana.

Se puso en contacto con Caín y condujo hasta donde él estaba. Estaba esperando delante de la casa de un cliente cuando Julia lo recogió. Lo puso al corriente en cuanto subió al coche.

Caín silbó. «¿Crees que fue Olivia quien mató a Karl?»

«No lo sé, pero voy a hacer todo lo posible por averiguar quién lo mató. Me da igual lo que piense la inspectora Clarke, es algo que tengo que hacer».

Caín dijo: «¿Sigues pensando que Lorraine mató a Karl? Podría estar mintiéndote».

Julia frunció el ceño. «Lo sé, pero creo que dice la verdad. Bueno, espero que me esté diciendo la verdad».

Caín expresó lo que Julia no diría. «La gente nos ha mentado antes».

Capítulo 27

Julia y Caín habían terminado todo el trabajo de limpieza a las cuatro de la tarde, así que Julia decidió conducir hasta Leeds y buscar algún sitio donde comer.

Se dirigieron al nuevo centro comercial Leeds Trinity y Julia condujo a Caín hasta el Trinity Kitchen.

Caín se quedó con la boca abierta. «¡Mira qué variedad de sitios para comer! No sé qué comer».

«Vamos a dar una vuelta». Julia ya había estado allí varias veces. Señaló a la izquierda. «Puedes comer comida callejera vietnamita, o allí hay un bar de sushi. Justo al lado hay comida griega». Sonrió al ver que Caín se limpiaba un poco de baba de la boca. Julia se detuvo ante un puesto. «O podríamos comer pasteles, aquí hay mucho donde elegir». Julia sintió que se le hacía la boca agua.

Caín siguió caminando. «¡Mira! ¡Hay un bar de champán! Y hay un puesto de pescado y patatas fritas». Dejó de andar, con la cara desencajada. «Es demasiado, Julia. Es abrumador».

Julia lo cogió del brazo y lo condujo hacia otro puesto. «Creo que te gustarán los burritos. Es como un gran bocadillo en un rollo. Sólo tienes que elegir qué carne quieres y luego puedes comer todo lo demás en el burrito».

Caín aún parecía inseguro.

Julia le llevó a una mesa. «Siéntate aquí. Te traeré un burrito, sé lo que te gusta».

Caín le hizo un pequeño gesto con la cabeza y miró a su alrededor. «Me siento como en otro país».

Julia sonrió y le dijo a Caín que no tardaría. Volvió al puesto de burritos y eligió un relleno de cerdo para Caín. Se decidió por una versión sana para ella y pidió un burrito desnudo, que era todo lo que estaba comiendo Caín pero sin el pan.

Cuando Julia volvió junto a Caín con una bandeja llena de comida, se dio cuenta de que Caín tenía visita. Julia dejó la bandeja en el suelo y dijo: «Hola, DI Clarke. No esperaba verte en un sitio como éste».

El inspector estaba sentado junto a Cain, con un café para llevar delante. Saludó a Julia con la cabeza. «Vengo aquí a menudo, es un cambio con respecto a las tiendas de comida rápida que hay en todas las calles». Miró hacia la bandeja. «Buena elección, los burritos están especialmente deliciosos».

Julia entrecerró los ojos. Se sentó y colocó un burrito envuelto delante de Caín. «¿Quería algo, inspector? Normalmente no eres tan cortés conmigo».

La ceja izquierda de la inspectora Clarke se alzó. «Siempre soy cortés con usted, señorita Blake. Disfrute de su comida. Tengo algo que decirte».

Julia acercó su comida y quitó la tapa del recipiente de su burrito. El olor a cerdo cocido le llegó a la nariz y cerró la boca con fuerza. No quería babear delante del inspector.

La inspectora Clarke continuó: «Gracias por informarme sobre Lorraine Carver y su bebé. Volveré a hablar con ella más adelante». Levantó una mano. «No he olvidado lo que me dijiste sobre su delicado estado». Miró a Caín y sonrió. «Parece como si lo estuvieras disfrutando».

Caín asintió. No podía hablar, pues tenía la boca ocupada con la mitad superior de su burrito.

El inspector Clarke dirigió su atención a Julia. «¿Conoces bien a Joe Ingram?».

«Trabajo para él desde hace unos cinco años», respondió Julia. «¿Por qué?»

«¿Y qué opinas de él? ¿Has tenido mucho contacto con él?»

Julia frunció el ceño. «No mucho contacto. No lo tengo con algunos de mis clientes. Los entrevisto al principio, cuando les hago un presupuesto, pero, como a algunos de mis otros clientes de los Apartamentos Canalside, después apenas los veo. La mayoría trabajan durante el día. Vi a Joe un par de veces cuando tenía días libres. Charlamos y parecía bastante simpático. ¿Por qué?»

El inspector Clarke le pasó una servilleta a Caín, que ahora tenía cebollas pegadas en la barbilla. «Hemos estado investigando el pasado de todos los que están relacionados con Karl Rayburn. Joe Ingram tiene antecedentes penales. Tiene condenas por lesiones graves».

Julia se atragantó con un trozo de cerdo. Abrió su botella de agua y bebió un buen trago. Cuando pudo hablar, dijo: «¡No me lo creo! ¿Joe?»

El inspector asintió. «Fue hace siete años. Parece que se metió con la gente equivocada. Hablé con algunos de los agentes que trataron con él en aquella época. Parece que Joe Ingram tiene bastante mal genio».

Julia negó con la cabeza. «Nunca he visto ese lado de él».

«Acabas de admitir que no has visto gran cosa de él. No puedes juzgar a alguien por las pocas veces que lo has visto», señaló el inspector.

Julia cogió el tenedor y lo señaló en dirección a la inspectora Clarke. «El otro día vi algo, una expresión en la cara de Joe. Salía del despacho de Karl, acababa de hablar con Ivor dentro del despacho y por casualidad oí lo que hablaban». Ignoró la mirada que le dirigió el inspector Clarke. «Ivor le dijo a Joe que no podía darle el ascenso laboral que buscaba. Joe estaba furioso cuando salió del despacho de Karl, llevaba la rabia escrita en la cara».

Caín dejó su envoltorio vacío, se limpió la boca y dijo: «Inspectora Clarke, ¿cree que Joe mató a Karl porque no quería darle un ascenso?».

«La verdad es que no sabría decirlo». El inspector se dio un golpecito en la barbilla y dijo: «Te has perdido un poco». Se levantó y cogió su café. «Bueno, esto ha sido divertido».

«¿Eso es todo lo que querías contarnos?», dijo Julia. «¿Hasta dónde has llegado con tus investigaciones? ¿Quién es tu principal sospechoso?»

El inspector Clarke se rió entre dientes. «Sabéis que no puedo deciros eso». Su sonrisa se desvaneció. «Tenga cuidado, Sra. Blake. Hay un asesino ahí fuera y ya sabes cómo eres para acercarte a los asesinos, intencionadamente o no». Se dio la vuelta y se alejó sin decir una palabra más.

Caín miró a Julia. «Cree que lo hizo Joe, ¿verdad?».

«Creo que sí. No conocía el pasado de Joe». Julia apartó la comida. «Creo que he perdido el

apetito». Captó la mirada de Caín y empujó la comida hacia él. «Sírrete tú misma. Es nuestra última noche de limpieza en la oficina, veamos qué podemos averiguar».

Capítulo 28

Fred los saludó desde su posición sentada tras el mostrador de recepción mientras atravesaban las puertas giratorias más tarde.

Caín le dijo a Julia: «¡Tiene un aspecto horrible!».

Julia tuvo que admitir que Fred parecía especialmente cansado esta noche. Se acercó a él y apoyó las manos en el mostrador de recepción. «Hola, Fred. ¿Cómo estás esta noche?»

Fred parpadeó con ojos cansados en su dirección. «Esta noche me siento un poco pálido. Creo que me ha alcanzado la edad. Ese amable señor Walsall me ha estado trayendo tazas de té para despertarme un poco».

Julia compartió una rápida mirada con Caín. No se había olvidado del paquete de somníferos que había encontrado en casa de Ivor. «¿Normalmente te trae tazas de té?».

Fred se rió entre dientes. «¡Nunca! Pero quería hablar conmigo. Quería que supiera que mi trabajo era seguro, pero que pensaba que estaría mejor en otro puesto. Algo relacionado con la seguridad futura de la empresa, sería más dinero. Dijo que iba a conseguir a otra persona para que se encargara de recorrer el edificio».

«¿Qué tipo de trabajo de seguridad quiere que hagas?» preguntó Julia.

Fred se encogió de hombros. «No me lo ha dicho. Me preguntó si podía ser discreto al respecto. Me dijo que si veía algo preocupante se lo comunicara primero a él. También me dijo que había tenido una reunión con los accionistas y que lo más probable era que le dieran el antiguo trabajo de Karl».

Julia dijo: «¿Por qué quiere que seas discreta? ¿Has visto algo que no debías?».

«No lo creo». Fred apartó rápidamente la mirada e intentó levantarse. «Voy a por tu carrito de la limpieza».

Caín se adelantó. «Yo lo cojo, Fred».

Fred levantó una mano. «No, lo siento, muchacho. El Sr. Walsall me dijo que no dejara entrar a nadie donde no estuviera autorizado. Enseguida voy». Entró en la habitación detrás de él.

Caín frunció el ceño. «Sólo es un cuarto de suministros de limpieza».

Julia susurró: «Creo que Ivor Walsall trama algo. Quizá cree que Fred vio algo la noche en que mataron a Karl y está intentando que Fred se lo cuente».

Cain miró hacia la pequeña habitación. «¿Y si Fred vio a Ivor entrando en el despacho de Karl? Puede que Ivor quiera averiguar exactamente cuánto vio Fred». Cain agarró a Julia por la

manga. «¡Si Fred vio algo, Ivor podría matarlo!».

Julia señaló con la cabeza la taza vacía de Fred. «Estaba pensando lo mismo. Ivor podría haber puesto algo en el té de Fred para que fuera más fácil matarle».

Fred resopló al salir de la pequeña habitación y empujó el carrito de la limpieza hacia ellos. Caín se acercó y se lo quitó. «Ya lo tengo, Fred. Gracias».

Fred volvió a su asiento y se enjugó la frente. «No sé qué me pasa esta noche, me siento tan débil como un gatito».

Julia oyó el pánico en la voz de Caín cuando dijo: «Puedo quedarme contigo, Fred».

«Tonterías, muchacho. Tienes trabajo que hacer. Estaré bien».

Julia puso la mano sobre el carrito de la limpieza y tiró de él hacia el ascensor. Con voz firme dijo: «Caín, tenemos trabajo que hacer. Luego puedes ver cómo está Fred».

Cain lanzó una mirada de despedida a Fred mientras Julia arrastraba el carrito. Cain gritó: «¡Cúidate!».

Cuando entraron en el ascensor abierto, Cain dijo: «¡No quiero dejarle! Siento que va a ocurrir algo terrible».

«Lo sé, pero no podemos estar con él toda la noche. Hagamos nuestro trabajo de limpieza lo antes posible. Voy a ver si encuentro algo sospechoso en el despacho de Ivor».

«¿Como pastillas para dormir?»

«Exactamente».

Salieron del ascensor en la séptima planta y empezaron a vaciar los contenedores. Julia se dio cuenta de que Joe estaba de pie cerca de su mesa, en el otro extremo del despacho. Levantó la mano en señal de saludo. Julia le devolvió el saludo y siguió limpiando.

Unos segundos después dio un respingo cuando alguien la tocó en el hombro. Era Joe. Julia sostuvo una papelera delante de ella mientras recordaba lo que el inspector Clarke le había dicho de él.

Joe dijo: «Gracias por cuidar hoy de Lorraine. He ido a verla esta tarde». Apretó los labios y miró al suelo. Volvió a mirar a Julia y dijo: «He visto la foto del bebé en el escáner. Lorraine me dijo que no era mío. Me habló de Karl. Pero yo ya sabía ambas cosas. No soy tonta. Lorraine también me habló de los rumores que había difundido sobre mí». Sacudió la cabeza. «No podía enfadarme con ella. Estaba tan arrepentida de todo lo que había hecho».

Julia acercó un poco más la papelera. «¿Cuándo supiste que el bebé no era tuyo?»

«En cuanto me lo dijo. Yo estaba fuera, en un curso, cuando supuestamente se quedó embarazada. Y sabía lo de su aventura con Karl. No tardé en sumar dos más dos. No se lo dije porque no quería disgustarla en su estado. Pensaba decírselo pronto, pero entonces empecé a preocuparme de verdad por ella». Se rió. «No creía que fuera de los que se asientan, pero me veo con Lorraine y el bebé».

«¿Te enfrentaste a Karl para decirle que era el padre?» preguntó Julia, temiendo a medias la respuesta.

Joe apretó los puños. «No quiero hablar de ese hombre. Tendrás que disculparme, oigo sonar mi teléfono». Le dedicó una pequeña sonrisa y se marchó.

Julia volvió a sobresaltarse cuando Caín asomó la cabeza desde detrás de un tabique vecino. «¡Vaya! Así que Joe tenía más de un motivo para matar a Karl».

Julia vio alejarse a Joe. Se le encogió el corazón. ¿Cuándo aprendería a dejar de confiar en la gente?

Capítulo 29

El trabajo de limpieza de la planta siete no tardó en terminar. Julia y Cain subieron a la planta ocho y empezaron de nuevo.

Caín escrutó la oficina. «No creo que haya nadie aquí esta noche. No veo a Ivor por ninguna parte».

Julia miró hacia el final de la planta de oficinas. «Creo que primero iré a vaciar la papelera de la antigua habitación de Karl».

Caín asintió. «Echa un buen vistazo a la papelera, a ver si encuentras algún paquete vacío».

Julia ya había decidido ese plan de acción. Miró a izquierda y derecha mientras se dirigía al despacho de Karl. Era difícil ver si había alguien sentado en su mesa con todos esos tabiques. Entró en el despacho de Karl y enseguida se dio cuenta de que parecía mucho más ordenado. ¿Ivor se había instalado allí de forma permanente?

Julia miró hacia atrás a través de la puerta, esperando a medias que apareciera Ivor. Sintió las palmas de las manos húmedas al coger la papelera. No sabía por qué se sentía tan culpable, sólo hacía su trabajo. Echó un vistazo a la papelera. Estaba llena sobre todo de papel. Espera, ¿qué era eso? Julia metió la mano en la papelera.

«¿Buscas algo?», gritó una voz detrás de ella.

Julia dio un respingo y dejó caer la papelera. La gente parecía tener la costumbre de sorprenderla. El contenido de la papelera se esparció por el suelo. Miró a Ivor. «Me ha parecido ver algo, una botella de plástico, iba a tirarla al contenedor de reciclaje». Era una excusa débil, pero lo mejor que se le ocurrió.

Ivor debió de pensar lo mismo, porque dijo: «No creo que hayas visto una botella, Julia. Creo que buscabas algo en particular». Su rostro era inexpresivo. Hizo un gesto con la mano hacia el desorden del suelo. «Anda, rebusca un poco. Sé que te gusta meter las narices donde no te llaman».

Julia sintió que se le calentaban las mejillas. Intentó sonar indignada mientras decía: «¡No sé a qué te refieres!».

Se arrodilló y recogió la basura. Volvió a depositarla en el cubo. Ivor se acuclilló junto a ella y puso la mano sobre el objeto que Julia había estado buscando. Se lo dio. «Toma, pastillas para dormir. Eso es lo que buscabas, ¿no?».

Julia cogió el paquete y lo tiró a la papelera. Se enderezó y dijo: «No buscaba nada en absoluto». Se dio la vuelta, recogió la papelera y dijo enérgicamente: «Tengo que irme».

La mano de Ivor salió disparada y se posó en su brazo. «No irás a ninguna parte. Siéntate, quiero hablar contigo».

Julia levantó la cabeza. «Estoy ocupada».

Ivor se burló. «¿Piensas llevar ese paquete a la policía? Hablas mucho con la policía, ¿no? Les has hablado mucho de mí. Siéntate».

Julia acercó la papelerera. Parecía ser el día de abrazar papeleras. «No voy a sentarme».

«Vale». Ivor le quitó la papelerera de las manos y la dejó en el suelo. «Diré lo que tenga que decir contigo de pie». Empujó la puerta del despacho para cerrarla.

Julia echó un vistazo a través de la puerta para ver dónde estaba Caín. Ahora estaba aspirando de espaldas a ella y parecía ajeno a su difícil situación. Julia miró hacia Ivor. No le gustó la expresión de su cara. Metió la mano en el bolsillo y la enrolló alrededor del teléfono. ¿Debía llamar al inspector Clarke? Tenía su número en marcación rápida.

Ivor bajó los hombros y se pasó una mano por la barbilla. «Esto es un desastre. Un desastre total». Se dirigió a su silla y se dejó caer en ella. Miró a Julia y dijo: «Creo que ha llegado el momento de confesarme».

Julia apartó la mano del teléfono y tomó asiento frente a Ivor.

Ivor le dedicó un suspiro cansado. «Ese paquete de somníferos que acabo de entregarte aún no lo he abierto. Es un paquete que tenía en mi antiguo escritorio y lo estaba vaciando. Ya no las necesito. Sé que has visto la misma marca en mi casa, me lo dijo la policía».

Julia se inclinó hacia delante. «¿Estabas drogando a Karl Rayburn con los somníferos?».

«Sí», admitió Ivor.

«Ah.» Julia retrocedió. Apoyó las manos en la silla, dispuesta a salir corriendo tras formular su siguiente pregunta. «¿Drogaste a Karl para que fuera más fácil matarlo?».

Ivor frunció el ceño. «¿Qué? ¡No! Claro que no». Estudió el rostro de Julia. «¿De verdad crees que lo maté?»

Julia dijo: «Acabas de admitir que le drogaste». Hizo un gesto con la mano alrededor de su despacho. «Y te han dado un ascenso porque Karl ya no está».

«¿Crees que lo maté para conseguir su puesto?». El tono de Ivor era incrédulo.

«Y porque tienes una aventura con su mujer», añadió Julia. Más le valía sacarlo todo ahora.

Se hizo el silencio durante un rato mientras Ivor miraba fijamente a Julia. «Tienes una imaginación muy activa».

«La verdad es que no», respondió Julia. «Parecéis muy unidos. Y debes admitir que conseguir el trabajo de Karl, y su mujer, es un buen motivo para asesinar».

La atención de Ivor se desvió hacia la puerta cerrada y volvió. Asintió lentamente. «Es cierto que quería quitar de en medio a Karl. Pero no le maté».

«¿Por qué querías quitarlo de en medio?».

Capítulo 30

Ivor suspiró. «No fue idea mía, sino de Olivia. Solía llamar a Karl al final de la jornada laboral si iban a salir a comer o a reunirse con amigos. Decía que era la única forma de conseguir que saliera de la oficina a tiempo. Pero él siempre estaba ocupado y hacía esperar a Olivia muchas veces. Me daba pena y solía hablar con ella mientras esperaba a Karl. Es una persona bastante necesitada y pronto se fijó en mí como una persona en quien confiar. Me contó todos sus problemas matrimoniales y cómo Karl nunca había estado ahí para ella y los niños, su trabajo siempre era lo primero.

«Un día hice una broma sobre conseguir que Karl se jubilara anticipadamente. Le dije que podría darle algún somnífero para hacerle creer que la carga de trabajo era demasiado para él. Olivia aceptó la idea y empezó a planear cómo lo haríamos. Me avergüenza decir que seguí sus planes. Pensé que ya era hora de que Karl se jubilara, y sí, pensé en quitarle el trabajo. No me mires así, sé que lo que hice estuvo mal».

«¿Cómo conseguiste drogarle?» preguntó Julia.

Ivor sonrió. «Fue fácil. Le llevaba bebidas por las tardes, me aseguraba de que el té y el café fueran descafeinados. Empecé a hacerlo hace unas dos semanas. Me di cuenta de que Karl luchaba contra los efectos de los somníferos y seguía intentando cumplir las horas de trabajo. La segunda parte del plan consistía en charlar informalmente con Karl sobre sus planes de jubilación. Traje algunos folletos sobre chalés de vacaciones y coches nuevos y se los enseñé a Karl fingiendo que estaba haciendo mis propios planes de jubilación».

Julia recordó los folletos que había visto en la mesa de Ivor. No dijo nada de encontrarlos.

Ivor prosiguió: «Olivia no dejaba de telefonearme para preguntarme cómo le iba a Karl. Al cabo de un rato se sintió culpable porque Karl empezó a parecer demacrado y agotado. Le dije que se mantuviera firme porque nuestro plan estaba empezando a funcionar». Ivor frunció el ceño y miró hacia el escritorio. «El día antes de morir, Karl me llevó a un lado y me dijo que estaba pensando en jubilarse anticipadamente». Ivor levantó la vista. «Ojalá hubiera salido de su despacho en ese momento, así no estaría muerto ahora».

Julia frunció el ceño, sin saber si creía a Ivor o no. «Pero, ¿y Olivia? ¿Están juntos? Porque a mí me lo parece».

Ivor negó lentamente con la cabeza. «No somos pareja, aunque a Olivia le gustaría que lo fuéramos. Creo que aún está en estado de shock por haber perdido a Karl, y se siente culpable

por lo que hemos hecho. No estoy seguro de lo que voy a hacer con ella, me telefona todo el tiempo. Por ahora será su amiga, pero creo que tendré que ponerla en su sitio en el futuro».

«¿Puedo preguntarte por Joe y su ascenso? Karl no le dio el puesto por rumores infundados. ¿Por qué no le dio el trabajo?»

«Porque le necesito aquí. Es por motivos totalmente egoístas y se lo expliqué a Joe. De todos modos, no puede abandonar el país ahora que tiene a Lorraine en el camino familiar».

Julia se arriesgó con su siguiente pregunta. «¿Te has enterado de que Karl tiene una aventura?».

Ivor soltó una sonora carcajada. «¿Karl? ¿Cuándo iba a tener tiempo? Siempre estaba trabajando».

Julia asintió y apretó los labios. Así que Ivor no sabía lo de Lorraine y Karl. Eso no significaba que Olivia no lo supiera.

Ivor irrumpió en sus pensamientos: «¿Me crees? Yo no maté a Karl. No siempre estaba de acuerdo con sus planes de trabajo, pero nos llevábamos bastante bien».

«¿A qué hora saliste de la oficina la noche en que asesinaron a Karl?»

«Tú me viste salir. Pasaban unos diez minutos de las ocho».

«¿Y no volviste?»

«No. Quedé con Olivia para tomar algo en un bar al final de la calle. Utilicé mi tarjeta para pedir comida en cuanto entramos en el bar. La policía ya ha comprobado mis datos bancarios para confirmar la hora. ¿Crees que volví a hurtadillas para asesinar a Karl?».

«Podrías haberlo hecho. Y también Olivia».

Ivor sacudió la cabeza con incredulidad. «¿Sospechas de todos?»

«Sí. Alguien mató a Karl».

Ivor levantó las manos. «Puedo asegurarte que no fui yo. De hecho, voy a telefonear a tu amigo el inspector dentro de un momento y le contaré todo lo que hicimos Olivia y yo con los somníferos. ¿Haría eso que me creyeras?».

Julia se encogió de hombros. «Supongo que sí». Frunció el ceño. «Si no lo mataste tú, ¿quién lo hizo? ¿Tenía enemigos? ¿Alguien del pasado?»

«Que yo sepa, no. Pero yo sólo trabajo aquí desde hace unos años, Karl llevaba años trabajando aquí. Podría haber algo, o alguien de su pasado, que haya vuelto para atormentarle».

Julia se dio un golpecito en la barbilla. «Ya he hecho una búsqueda en Internet sobre él, pero no he encontrado nada».

Ivor se quedó mirándola un momento. «Has estado muy ocupada. ¿Has probado a mirar en los archivos del sótano? Se remontan a años atrás. Podría haber algo ahí».

Julia pensó en los extraños ruidos del sótano. Y en las ratas. La idea de mirar allí los archivos no le atraía, pero parecía la única opción. Se levantó y dijo: «Gracias, echaré un vistazo».

«¿Quieres que te acompañe?»

La cara de Julia delataba sus pensamientos.

Ivor asintió. «Claro que no. Sigues pensando que soy sospechosa. Lo comprendo. Espero que encuentres algo útil ahí abajo».

Julia dijo: «Yo también». Recogió su papelera y salió de la habitación.

Caín la esperaba fuera. «¡Llevo cinco minutos mirándote la nuca! Pensé que habías captado mis pensamientos telepáticos. ¿Se encuentra bien? ¿Ha confesado el asesinato?».

Julia se dirigió hacia el carrito de la limpieza y vació la papelera. Le contó a Caín lo que le había dicho Ivor. Terminó con la información sobre los archivos del sótano. Preguntó esperanzada si Caín quería acompañarla.

Caín palideció. «No estoy segura, creo que ahí abajo está embrujado. La última vez que estuvimos allí sentí una presencia».

El teléfono de Julia sonó. Leyó el mensaje. «Es de papá. Uno de sus amigos le ha contado que hubo un escándalo con la aseguradora Inkwell a principios de los ochenta. Nos ha dado el nombre de uno de los representantes de ventas implicados, Victor Westholme». Julia miró a Caín. «Tenemos que mirar esos archivos. Papá quiere saber qué pasó».

Cain se irguió y sacó el pecho flaco. «Si Ray quiere que lo haga, lo haré. Venga, vamos al sótano».

Capítulo 31

La bravuconería de Caín desapareció en cuanto salieron del ascensor. Se estremeció. «La temperatura ha bajado, ¿puedes sentirlo? Es lo que pasa cuando hay un fantasma cerca».

«Los fantasmas no existen. Lleva el carrito hasta el contenedor principal. ¿Necesitas mi ayuda para vaciarlo?».

Caín cogió el carrito. «No, estoy bien. Baja a la zona de archivos polvorientos y haz lo que tengas que hacer. Puede que tarde un rato en vaciar este carrito».

«Cobarde», dijo Julia. Se puso en marcha con unas piernas que de repente se sintieron débiles. Sabía que los fantasmas no existían. No eran los fantasmas lo que le preocupaba. Alguien había matado a Karl Rayburn, y ese alguien podía estar escondido en este sótano, listo para saltar y silenciar a Julia. Dejó de caminar y llamó a Caín. «Te esperaré».

«¡Tardaré un rato!» respondió Caín.

Julia se cruzó de brazos y le dirigió una mirada mordaz. «Esperaré».

Caín se sabía derrotado. Vacío la papelera del carrito y lo apartó a un lado. Vio un trozo de papel en el suelo y lo recogió. Se acercó lentamente a la papelera principal y lo dejó caer dentro.

«Sigo esperando», gritó Julia con voz severa.

Caín se dirigió lentamente hacia ella, juntando las manos. «¿Has visto alguna vez un fantasma? ¿Y si vemos uno y quiere vengarse por algo?».

«Yo me encargaré de cualquier fantasma. Vamos, deja de comportarte como un cobarde. Ve tú primero».

«¡Ni hablar! Las damas primero». Caín dio un paso detrás de ella.

Julia le agarró del brazo. «Iremos juntos». Se adentraron en el sótano, con la luz tenue. Julia soltó una carcajada nerviosa. «Me siento como Dorothy en el Mago de Oz. Ya sabes, esa parte en la que Dorothy y sus amigos caminan por el bosque encantado y...»

«¡Embrujado! Sí que crees en fantasmas!» Caín habría salido corriendo si Julia no lo hubiera agarrado con tanta fuerza por la manga.

Lo dirigió hacia la primera fila de carpetas y lo llevó hasta el final.

Caín se retorció bajo su agarre. «¿Puedes soltarme, por favor? Creo que me estás magullando».

«Lo siento. Julia le soltó y se acercó al primer archivador. «Mira. En todos hay fechas. Aquí pone 1910. Es cuando se inauguró la empresa. ¿No es interesante?» Miró a Caín. Se retorció las manos y miraba detrás de él. Julia abrió un cajón metálico.

Caín gritó y se desplomó en el suelo.

«¿Qué demonios estás haciendo? le preguntó Julia.

Caín se palpó el pecho, con los ojos muy abiertos. «¡Ese ruido! ¿No lo has oído? ¡Era el sonido de un fantasma ululante que se dirigía hacia nosotros! Ayúdame a ponerme en pie antes de que llegue».

Julia movió lentamente el cajón metálico hacia delante y hacia atrás. «Es este cajón el que hace ese ruido. Escucha».

El miedo desapareció de la cara de Caín y fue sustituido por uno de vergüenza. Se levantó y soltó una risa temblorosa. «Qué tonto soy. ¿Qué hay dentro?»

«Espera». Julia volvió a mover el cajón. «Creo que éste es el sonido que oímos el otro día cuando estábamos aquí abajo. Pensamos que era el sonido de las ratas».

Caín se acercó y ladeó la cabeza. «Tenéis razón. Lo que significa que alguien estaba aquí abajo mirando estos archivos cuando estuvimos nosotros».

«Exacto». Julia miró la parte superior del archivador y luego el cajón que acababa de abrir. «Mira el polvo que he levantado al abrir este cajón. En éste sólo se ven mis huellas dactilares. Echemos un vistazo a los otros archivos, a ver si vemos polvo removido».

Caín sacó su teléfono. «¿Utilizo mi aplicación de lupa? La descargué hace unos días por si la necesitábamos».

«Puedes hacerlo. O puedes usar los ojos».

Julia y Caín caminaron lentamente arriba y abajo por las filas de archivadores.

En un momento dado, Caín llamó a Julia. «Estos archivos de 1963 han sido alterados».

Julia asintió. «Y acabo de ver algunos de 1984 que han sido abiertos recientemente. Abre los cajones, veamos qué hay dentro».

Caín abrió el cajón marcado con 1963, se encogió al oír el chirrido. Sacó la carpeta más cercana y la abrió. Julia y Caín escudriñaron juntos el contenido. Julia sacó más carpetas y las hojeó.

«Son todos detalles de pólizas de seguro de vida que la gente suscribió. Mira al final, puedes ver el nombre del representante que vendió la póliza».

Caín levantó una. «Ésta la vendió Victor Westholme».

Julia miró su expediente. «También vendió ésta».

Un rápido vistazo al resto de los expedientes demostró que Víctor Westholme había vendido muchas pólizas.

Julia frunció el ceño. «Esto no nos dice nada en absoluto. Aquí hay cientos de archivos. Pasemos a 1984. Papá dijo que el escándalo ocurrió a principios de los ochenta».

A Julia se le encogió el corazón cuando abrió el primer cajón etiquetado como 1984. «Caín, han desaparecido todos los archivos».

Caín comprobó los cajones de abajo y de arriba. «Estos están todos aquí. Contienen detalles de siniestros y más pólizas. ¿Por qué crees que alguien se llevó esos archivos en concreto?».

«Algo ocurrió en el pasado. Algo relacionado con Victor Westholme y Karl Rayburn».

«¡Ooo! ¿Crees que ese Victor Westholme le guardaba rencor a Karl y volvió a esta oficina para asesinarlo?»

«No lo sé». Julia se puso una mano en la cadera. «No podemos buscar en todos estos archivos. Me pregunto dónde estará ahora Victor Westholme».

«Puedes mirar en Internet», sugirió Caín. «Busca denuncias relacionadas con él y con la aseguradora Inkwell. Puede que tengas que remontarte muy atrás en tu búsqueda, no te limites a mirar las primeras páginas de Google».

«Buena idea». Julia cerró el cajón y miró las huellas dactilares en el polvo de encima del archivador. «¿Crees que debería ponerme en contacto con la inspectora Clarke? Quizá puedan sacar algunas huellas de aquí».

«¿Qué le dirías? Por lo que sabemos, algún miembro del personal podría haber estado aquí abajo buscando los archivos. No querrás meter a nadie en problemas sin motivo».

«Es cierto. Julia dio unos golpecitos en el lateral del cajón. «Vale, investigaré un poco en casa». Vio la preocupación en la cara de Caín. «¿Qué ocurre?»

«Tengo que despedirme de Fred. Me gustaba verle todos los días».

Julia lo giró hacia el otro lado del sótano, donde estaban los ascensores. «Vamos, puedes intercambiar números de teléfono con tu nuevo amigo. ¿Le has contado ya lo de tus vacaciones?».

A Caín se le iluminó la cara. «No, no se lo he contado. Se dirigió a paso ligero hacia el ascensor. «¡Date prisa, Julia!»

Julia dejó a Caín charlando con Fred mientras salía por última vez del edificio de oficinas. Cain le aseguró que cogería el autobús para volver a casa. Julia se despidió de Fred, pero se dio cuenta de que aún parecía cansado. Y había algo más, otra emoción que Julia no podía identificar.

Una hora más tarde, tras una modesta comida, Julia se instaló frente a su ordenador portátil y empezó una búsqueda minuciosa. Caín tenía razón en cuanto a tener que retroceder varias páginas.

Julia encontró toda la información que necesitaba sobre Victor Westholme. También descubrió el escándalo que Seguros Inkwell había ocultado.

Las lágrimas rodaron por su rostro mientras cerraba lentamente el portátil. Cogió el teléfono y llamó a la inspectora Clarke.

Capítulo 32

Veinte minutos más tarde, Julia golpeó suavemente las puertas giratorias cerradas del edificio de Seguros Inkwell. Fred levantó la vista de detrás del mostrador de recepción y la saludó con la mano. Se acercó arrastrando los pies y le abrió la puerta lateral.

«Será mejor que tomes asiento, muchacha, veo que quieres hablar conmigo». Fred la condujo a unos sofás situados al otro lado de la recepción. Julia se sentó en un sofá y Fred se sentó enfrente, crujiendo un poco al agacharse.

Julia no sabía por dónde empezar. Se alegró mucho de que Caín no estuviera aquí, no quería que oyera lo que iba a decir. Estaba a punto de hablar cuando Fred levantó la mano. «Espera, el joven Caín ha vuelto. Ha salido a por un poco de comida para nosotros, creo que pizza».

El corazón de Julia se le hundió hasta los pies cuando miró hacia la puerta por la que acababa de entrar y vio la alegre cara de Caín mirándoles.

Fred se levantó y se dirigió a la puerta lateral para dejar entrar a Caín. A Julia le entraron ganas de correr y decirle a Cain que cogiera el siguiente autobús y se fuera a casa.

Cain entró en el edificio y levantó dos cajas. «Tengo una normal y otra picante, Fred. No sabía cuál preferirías. También tengo pan de ajo». Miró a Julia, nada sorprendido de verla allí. «¡Hola! Hay suficiente para ti».

Caín se dirigió hacia los sofás y colocó las cajas sobre la mesa que los separaba. Miró a Julia y dijo en voz baja: «Lo sé. Lo he resuelto». Se sentó frente a Julia y Fred no tardó en unirse a él en el mismo sofá.

Fred soltó una risita e indicó con la cabeza a Caín. «Hemos tenido una buena charla, ¿verdad, Caín? Le he contado todo sobre mi juventud y mi matrimonio con Thora. Y él me ha hablado de su pasado. No sabía que había estado en la cárcel».

La voz de Caín se quebró ligeramente al decir: «Fred se interesó por mi estancia en la cárcel. Quería saber cómo fue».

Julia sólo pudo asentir. Aún no tenía valor para hablar.

Cain se inclinó hacia delante y abrió las cajas. «Sírvete, Fred».

«Enseguida. Parece que tenemos otra visita. Ayúdame a levantarme, Cain».

Cain se levantó y tiró de Fred para que se pusiera en pie. Unos instantes después, la inspectora Clarke se unió a Julia en el sofá.

«Cuando le digo que se quede en casa, señora Blake, espero que lo haga. Te dije que me lo

dejaras todo a mí».

Julia se encogió de hombros. «Pensé que Fred podría necesitar algo de apoyo moral».

Fred se acomodó en su asiento y cogió el trozo de pizza que le tendía Cain. Dijo: «Gracias por preocuparte, pero estaré bien. Caín, ¿por qué no les cuentas lo que te he dicho sobre mi pasado mientras me como esta pizza?».

Caín asintió y terminó de masticar la comida que tenía en la boca. Julia no sabía cómo podía comer en un momento así. Caín dijo: «Fred me habló de su época en el ejército y de cómo conoció a su mujer. Parece encantadora». Compartió una sonrisa con Fred. «Thora, que es la mujer de Fred, insistió en contratar un seguro de vida para ambos una vez casados. También contrató un seguro de accidentes para Fred debido al trabajo que hacía».

Fred añadió: «Creo que ya te he dicho que era constructor. Había mucho trabajo físico, mucho peso y trabajo manual. Los accidentes ocurrían con bastante frecuencia».

Cain continuó: «Fred oyó hablar de los seguros Inkwell por la radio. Sus anuncios decían que un representante de ventas iría a tu casa y te diría qué póliza sería perfecta para ti. Eso fue lo que hicieron Fred y Thora».

Julia habló por fin: «¿Fue Víctor Westholme quien vino a verte, Fred?».

Fred asintió. «Era él. Parecía un tipo estupendo. Sabía exactamente qué cobertura necesitábamos. Me pareció un poco caro, pero Thora me convenció de que era lo mejor. El Sr. Westholme incluso nos tenía preparada la documentación, por si decíamos que sí enseguida. Pagábamos las primas todos los meses, como un reloj. Contratamos las pólizas en 1963». Se limpió la boca con una servilleta. «Estaba delicioso. ¿Puedo probar ahora el picante? Gracias».

Cain le tendió un trozo de pizza y siguió hablando. «Fred tuvo un accidente en 1984. Se le cayó encima parte de un edificio inestable. Se hizo daño en la espalda y...». Miró a Fred como pidiéndole permiso para continuar. Fred asintió. Cain dijo: «Fred perdió parte de la pierna izquierda, de la rodilla para abajo. Thora le dijo que reclamara por el accidente. Dijo que su póliza lo cubriría y les proporcionaría unos ingresos porque Fred no podría trabajar durante un tiempo».

Fred depositó la corteza de su pizza en la caja que había sobre la mesa. «Estaba buenísima, Caín, pero un poco demasiado picante. Déjame continuar con mi relato. Nos pusimos en contacto con Seguros Inkwell y les contamos lo del accidente, pero no encontraron ninguna póliza para nosotros. Les dije que volvieran a buscar. Les dije que llevábamos años pagando primas. La pobre muchacha que estaba al otro lado del teléfono empezó a enfadarse porque empecé a gritarle. No pude evitarlo, una horrible sensación de fatalidad se cernía sobre mí. La pobre buscó y buscó una póliza, pero no encontró nada. Hablé con el supervisor, que intentó disuadirme, pero yo no lo toleré. Les dije que un tal Victor Westholme me había vendido la póliza y que llevaba años pagando primas. Les hablé de las pólizas de vida que Thora y yo habíamos suscrito. Una vez más, dijeron que no tenían constancia de nuestras pólizas».

Fred se detuvo un momento y cogió una servilleta. Se secó los ojos e intentó sonreír.

Cain retomó su relato. «Fred fue a ver a unos abogados que le dijeron que tenía un caso sólido porque había conservado toda la documentación. Pero la aseguradora Inkwell tenía mejores abogados y más dinero. Dijeron que Victor Westholme había trabajado para ellos y que había vendido pólizas falsas y se había quedado con las primas. Afirmaron que sus travesuras no tenían nada que ver con ellos y que ignoraban por completo lo que había estado haciendo».

Julia soltó un grito de indignación. «¡Es terrible! Pero cómo se han salido con la suya, tú tenías todo el papeleo».

Fred le dedicó una sonrisa triste. «Discutieron durante años. Parece que Victor Westholme

dejó de trabajar para ellos hace años, aunque mis primas seguían yendo directamente a su cuenta bancaria. El estrés de todo aquello pasó factura a mi adorada Thora. Envejeció ante mis ojos. Teníamos muchos planes para el futuro. No sólo compramos seguros de vida a Victor Westholme, sino también pólizas de pensiones. Eran completamente inútiles. Estábamos arruinados. Estoy convencido de que el estrés de todo aquello envió a mi adorada Thora a una tumba prematura. Alguien tenía que pagar por ello».

Julia dijo en voz baja: «¿Por eso mataste a Karl Rayburn?».

Capítulo 33

Fred suspiró. «Sí que lo maté. Fue él quien organizó el encubrimiento. Entonces era joven y ambicioso y haría cualquier cosa por impresionar a sus jefes. Incluso se reunió conmigo y con Thora varias veces e intentó sobornarnos. Había dado dinero a las otras víctimas de Víctor, pero no lo aceptamos. La aseguradora Inkwell había contratado a Víctor Westholme y era su deber moral responder de sus actos». Fred sacudió la cabeza. «Culpaba a Karl Rayburn, para él sólo éramos problemas, no personas».

Cain le pasó a Fred otro trozo de pizza, pero Fred lo rechazó con la mano.

Julia dijo: «He encontrado información en Internet sobre Victor Westholme. Cuando dejó Seguros Inkwell pasó a otras empresas y volvió a hacer lo mismo con la gente. Cuando se destapó el escándalo en 1984, parece que cambió de nombre. No he podido encontrar más referencias sobre él después de eso».

El inspector Clarke habló y Julia dio un respingo. Había olvidado que estaba allí. «Tras la llamada que me hizo la Sra. Blake esta tarde, hice mis propias averiguaciones sobre Victor Westholme. Parece que su pasado le alcanzó y fue asesinado por uno de sus socios criminales, que no estaba contento con la forma en que Victor repartía su dinero. Victor Westholme fue asesinado hace cinco años».

Fred asintió. «Yo también lo oí. Estaba enfadado con Víctor, pero estaba furioso con Karl Rayburn. El encubrimiento fue culpa suya. Cuando murió mi Thora intenté conseguir trabajo aquí, quería enfrentarme a él. Incluso me cambié el nombre por si lo reconocía. Pero no conseguí nada hasta que solicité este puesto. No hay mucha gente que quiera trabajar en turnos de noche. Ni siquiera me reconoció en la entrevista, ni siquiera recordaba mi nombre. Así de poco le importaban las víctimas de Víctor». Soltó una carcajada amarga. «Creo que en realidad sintió lástima por mí en la entrevista. No necesitaba su compasión».

«¿Fuiste tú quien miró en los archivos del sótano?» preguntó Julia.

«Fui yo. Necesitaba mucha munición antes de acercarme a Karl Rayburn. Encontré los datos de mi reclamación de 1984 con unas notas manuscritas de su gerente que le decían a Karl Rayburn que se deshiciera de este problema. No pude encontrar nuestras pólizas originales de 1963, pero ya tenía copias de las mías». Fred se volvió hacia Caín. «Siento haberte hecho saltar el otro día cuando estabas en el sótano. Estaba buscando unos archivos cuando bajasteis. Sabía que los cajones chirriaban, así que hice aquel terrible ruido para asustaros».

Caín cogió otro trozo de pizza y dijo: «No pasa nada. Julia estaba más asustada que yo».

Julia ignoró el comentario de Caín. «Cuando tuviste todas las pruebas, ¿te acercaste a Karl Rayburn en su despacho la noche que murió?».

«Lo hice. Aquella noche tuvo muchas visitas. Joe fue a verle, y también Lorraine. Tuve que esperar un rato hasta que el despacho quedó vacío. Entré y le recordé mi pasado. Se le fue el color de la cara, pero luego se rió. ¡Se rió de verdad! Dijo que ya no importaba, que yo no podía demostrar nada y que hacía demasiado tiempo de aquello. Le conté lo mucho que había sufrido. No había podido volver a trabajar en la construcción por culpa de mi pierna». Fred se detuvo y volvió a enjugarse los ojos.

El DI Clarke dijo: «¿Necesitas un descanso?».

Fred negó con la cabeza. «Prefiero sacarlo todo. No se lo he contado a nadie y ha estado pesando mucho en mi mente. En el despacho de Karl me senté y le conté lo de mi lesión, lo de la espalda y la pierna. Me miró con cara de disgusto y me dijo que probablemente me lo estaba inventando. Así que... me remangué la pernera del pantalón y le enseñé mi pata de palo. Me di cuenta de que había despertado su curiosidad. Me desenrosqué la pierna y la levanté. Se acercó a mi lado y miró más de cerca. Y entonces...». Fred tragó saliva. «Me invadió la ira. Ya te he dicho que aquel día era el aniversario de la muerte de Thora, y la idea de que no estuviera conmigo hizo que el odio se apoderara de mi corazón. Le clavé la pata de palo en el pecho. Tiene una punta afilada en el extremo y se le clavó directamente en el pecho. ¿Quieres ver mi pata de palo? La hice yo mismo».

«No, gracias», dijo Julia.

«¡Sí, por favor!» añadió Caín.

El DI Clarke dijo: «Un vistazo rápido podría ayudar».

Fred se remangó la pernera del pantalón y se quitó la parte inferior de la pierna. La parte superior de la pierna de madera tenía un pequeño pincho de metal en el centro. Le pasó la pierna a Caín.

Caín tocó el pincho y dijo: «Es igual que el tacón de un zapato de aguja». Le dio la vuelta a la pata. «Oh, Julia, mira esto. Tiene la marca especial de Fred, de la que nos habló».

Julia asintió y sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Vio la F y la T entrelazadas y sintió una pena increíble por Fred y Thora.

Fred cogió la pierna. Dudó y miró hacia la inspectora Clarke. «¿Necesitas esto? Es un arma homicida. Tengo una de repuesto en casa, pero no es tan buena como ésta. Aunque ésta chirría cuando camino, tengo que solucionarlo».

Julia dijo: «Me preguntaba por qué hacías un ruido chirriante al andar». Se acordó de algo. «Y por eso no te dolió cuando Lorraine te pisó el otro día».

Fred se miró la pata de palo. «Thora se rió mucho cuando la hice. Estaba tan orgullosa de mí y de cómo conseguí seguir trabajando cuando perdí mi empleo en la construcción. Era el amor de mi vida y el Seguro de Inkwell es tan bueno como haberla asesinado. No me propuse matar a Karl Rayburn. Sé que no se lo merecía. Simplemente no pude evitarlo». Acercó la pierna al inspector.

El inspector Clarke negó con la cabeza. «Quédatela por ahora. Te llevaré a casa a recoger tu repuesto y luego me temo que tendré que llevarte a comisaría para que hagas una declaración completa».

«Está bien». Fred volvió a ponerse la pierna. Miró a Julia. «Siento mucho haberte causado tantos problemas esta semana. En cuanto maté a Karl quise confesar. Pero entonces te oí salir del ascensor y salí corriendo de la habitación y me escondí. Con el tiempo me di cuenta de que no

tenía valor para decir nada. Me siento fatal por haber engañado a todo el mundo. Sospechabas de todos los demás, ¿verdad?».

Julia asintió.

La inspectora Clarke dijo: «Si la Sra. Blake se mantuviera al margen de las investigaciones policiales, no se habría puesto en semejante situación».

«¡Lo intenté!» estalló Julia. «¿Verdad, Cain? Intenté mantenerme al margen, pero las cosas sucedieron y acabé en medio de ellas».

Cain miró hacia la inspectora Clarke y añadió alegremente: «Es la maldición, no puede evitarlo. ¿Puedo acompañarte a comisaría? Me gustaría hacerle compañía a Fred».

Fred le dio unas palmaditas en la rodilla. «Gracias, muchacho. Me encantaría. ¿Vendrás a verme a la cárcel?».

«Por supuesto. Será un cambio para mí recibir visitas».

El inspector Clarke se puso en pie. «Cain, eres más que bienvenido a venir con nosotros. Srta. Blake, debería irse a casa. Parece que te vendría bien dormir un poco. Espero que no volvamos a vernos pronto».

Julia se levantó. «Yo también lo espero».

«Pronto nos iremos de vacaciones», se levantó Caín y se unió a la conversación.

«Bien». El inspector asintió. Su boca se crispó ligeramente cuando se volvió hacia Julia y dijo: «Puede tomarse vacaciones del asesinato, señorita Blake».

Julia no dijo nada. Eso era exactamente lo que pensaba hacer.